

LA MUERTE DEL YO Y EL NACIMIENTO DE LA INDIVIDUALIDAD

TRABAJO DE GRADO

INVESTIGADORA:

CINDY JOHANNA BOHÓRQUEZ GONZÁLEZ

ASESOR DE INVESTIGACIÓN:

AVELINO NIÑO RODRIGUEZ

Magister en Filosofía

FUNDACIÓN UNIVERSITARIA LOS LIBERTADORES

BOGOTÁ, D.C, JULIO DE 2017

Resumen

El presente documento, de carácter reflexivo, surge como producto de la investigación adelantada sobre la configuración del yo y cómo ésta ha afectado los procesos de construcción de la individualidad. Para tal fin, se hace un recorrido histórico, contextual y conceptual que intenta aclarar el panorama germinador del yo, desde su nacimiento hasta el final traumático de sus días de gloria; además de la necesaria exploración de las nuevas concepciones de la identidad del yo y los innumerables autores que proyectan su inevitable fragmentación futura. El resultado sería la posibilidad de generar alternativas que liberen a la humanidad de la sombra eclipsante del yo, y que lleven al fracaso su última jugada, el posthumanismo maquínico. El surgimiento del individuo, que se encuentra condenado al ostracismo en el inconsciente freudiano, puede emerger ahora con la fuerza necesaria para abrir los nuevos horizontes al despliegue humano.

Palabras clave: Yo, Individuo, Posthumanismo, Identidad, Modernidad

Abstract

The present document, with reflective vision, arises as a product of the undertaken research on the configuration of the self and how it has affected the processes of construction of individuality. In order to get this goal, a historical, contextual and conceptual route is made to clarify the germinating panorama of the self, from its birth until the traumatic end of its glory's days; In addition to the necessary exploration of the new conceptions of the identity of the self and the innumerable authors who project its inevitable future fragmentation. The result would be the possibility of generating alternatives that liberate humanity from the eclipsing shadow of the self, and that lead to failure its last machinic posthumanism move. The emergence of the individual, who is ostracized in the Freudian unconscious, can now appear with the necessary force to open the new horizons to human unfurling.

Key Words: Self, Individual, Posthumanism, Identity, Modernity

LA MUERTE DEL YO Y EL NACIMIENTO DEL INDIVIDUO

“El individuo ha luchado siempre para no ser absorbido por la tribu.

Si lo intentas, a menudo estarás solo, y a veces asustado.

Pero ningún precio es demasiado alto por el privilegio de ser uno mismo”

Friedrich Nietzsche

Introducción

Este documento presenta los resultados del trabajo de grado que se adelantó para obtener el título de psicóloga de la Fundación Universitaria los Libertadores; surge como producto del proceso investigativo que se adelantó alrededor del tema relacionado con Los Procesos de Configuración del Yo.

Para alcanzar los propósitos planteados en la investigación, se realizó un paneo general en el que se pudo establecer la existencia de numerosas fuentes bibliográficas en las que aparece un destacado grupo de autores que ha realizado investigaciones, estudios y reflexiones sobre el yo con posturas modernas y posmodernas, que plantean múltiples cuestionamientos alrededor de tan importante concepto, particularmente, desde la psicología. Tales perspectivas nos permitieron establecer un amplio panorama del tema investigado para describir, evaluar, comparar y obtener los mejores resultados de este importante ejercicio reflexivo.

Asimismo, se delimitó la exploración a las contribuciones más importantes de autores clásicos versados en el tema especialmente Descartes, Kant y Freud, a quienes se les considera referentes obligados, y a un autor colombiano, Garavito, quien, a nuestro juicio, propone una visión muy particular al respecto.

En el recorrido realizado por los múltiples referentes bibliográficos, y que se presentan aquí plasmados en cuatro capítulos, se constata, en primer lugar, que el yo se comienza a construir desde el siglo XVII con Descartes (1974) y su libro *Discurso del Método*, en donde expone la idea de que se debe dudar de todo para llegar a la verdad; pero, a través de una moral que consiste en obedecer las tradiciones y las reglas, que dan lugar a su principio “Je pense, donc je suis”; traducido, “yo pienso, por lo tanto soy”, que quiere decir, en su significado más profundo, que los contenidos de mi pensamiento

configuran mi ser. Y, si ese pensamiento lo define la cultura, entonces, soy lo que la cultura hace de mí, por la imposibilidad, según el filósofo de la dualidad, de estar fuera de ella en una sociedad determinada.

Apoyado firmemente en los anteriores puntos de vista, Kant (2013), en la *Crítica a la Razón Práctica*, continúa desarrollando los alcances de ese concepto a partir de una filosofía ética y moral, en la que enfatiza al deber como morada de las acciones. Kant establece una diferenciación entre el imperativo hipotético que trata de los actos condicionales y el imperativo categórico, que se instala en la mente como autorregulador de las “buenas costumbres” y de la obligación absoluta, presentándolo como manifestación de la autonomía; resumido en la máxima kantiana: “*obra de tal modo, que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre, al mismo tiempo, como principio de una legislación universal*” (pág. 122).

Años después, Freud (1983), en su libro *Psicología de Las Masas*, presenta al yo que actúa como un controlador de los desmanes causados por esa fuerza impredecible del inconsciente, lugar en el que, según él, se encuentran los primeros deseos reprimidos y los miedos, reflejo de la existencia de una supuesta naturaleza perversa del ser humano.

Al pasar el tiempo, ya en el ocaso del yo, un filósofo colombiano Garavito (1997), se atreve a postular el yo como la sombra del otro, que eclipsa al individuo y lo encierra en una identidad dispuesta a luchar contra la tentación de la multiplicidad, ante lo cual, el pensador sugiere la muerte de ese yo usurpador como tránsito necesario hacia el humano *salto transcurativo*.

Al arribar a lo anterior, se define el yo, hasta ahora, como una estructura mental que incide de manera determinante en la individualidad humana. El abordarlo, desde su origen hasta la actualidad, en los diferentes contextos en los que se ha movido y desde la influencia que ha ejercido en la sociedad, ofrecía la posibilidad de establecer la magnitud real de su impacto en la vida cotidiana de la población. A partir de allí, se podían valorar las posturas de los enunciadores de paradigmas y autores de la psicología frente a un tema tan crucial y, también, se pondrían de manifiesto nuevos planteamientos que debatirían la configuración del yo y que propondrían la construcción de la individualidad como resultado del cuestionamiento de tal concepto.

Además, resulta muy significativa la incidencia que tiene ese yo sobre la individualidad, porque se cree que ésta surgió en el mundo moderno, pero no parece ser del todo cierto.

Aunque se habla del concepto de individuo, hasta donde sabemos, este se ha desarrollado muy poco. Cuando, en la modernidad, se le referencia, en realidad, como lo sostiene Kant, a lo que se hace alusión es al sujeto, quien, desde su propia definición, se encuentra sujetado a una identidad que niega la posibilidad de lo otro, de la alteridad, porque está sumido dentro de un contrato social, particularmente, el postulado por Hobbes (1987) en su libro el *Leviatán*.

Con base en los nuevos hallazgos, el individuo podía cuestionar su forma de vida (costumbres, rituales, reglas, estética, religión, ética, entre otras), es decir, de todo aquello que le rodeaba y que, de una u otra manera, lo restringía. El resultado obtenido es la posibilidad de la superación de la identidad y la probable muerte del yo como condiciones de la aparición del individuo.

A partir de su presencia, el individuo está en condiciones de crear y formar vínculos sociales más significativos con los seres vivos en cada una de sus relaciones; de una u otra forma, estos se interconectarían tan profundamente que su fuerza serviría de base para desplegar múltiples sentidos de vida. Así, culminaría la actual *Modernidad líquida* descrita dramáticamente por (Bauman, 2004).

De otro lado, al ponerse de manifiesto las múltiples formas de configuración del yo y la manera en la que afecta la vida cotidiana del individuo, se comenzaba a hablar de la posibilidad de una nueva psicología que dejara a un lado la teoría tradicional y se ubicara en el contexto de los problemas que afronta la humanidad actualmente, como por ejemplo, el poshumanismo, la paz, el posconflicto, el matoneo, el bullying, la bipolaridad, entre otros, que, de muchas maneras, afectan la vida de hoy.

Igualmente, se generaba una psicología al servicio de la humanidad, que proporcionara multiplicidad de alternativas, franqueando los límites y obstáculos que la mantienen en una situación de atraso y precariedad; una nueva psicología que se pronuncie sin temor ante los acontecimientos, en otras palabras, que supere la ya obsoleta identidad psicológica.

En lo que se refiere al tema investigado, este surgió como producto de las interlocuciones realizadas por profesores y estudiantes, en diferentes sesiones de discusión del semillero de investigación “Subjetividades Juveniles”, de la universidad INCCA de Colombia, que permitieron abordar el tema de la transcurividad a partir de las formulaciones enunciadas por Edgar Garavito, en el libro ya citado. La idea era que

los resultados obtenidos en esta investigación de revisión documental, sirvieran de base para la orientación de otras investigaciones que se venían adelantando en el semillero; a la vez que se ampliaban los conocimientos y la perspectiva que se tenía de la idea planteada en el proyecto.

Por otra parte, la facultad de psicología de la universidad de Los Libertadores contaba con nuevas miradas para el abordaje de la investigación alrededor de los temas del yo, el ello, el super-yó y el individuo, lo cual permitía naturalmente, ampliar las fronteras del conocimiento, específicamente, en el campo de la psicología colombiana.

En relación con la revisión bibliográfica básica del tema del yo, se podía constatar que, aunque hay distintas investigaciones que lo tratan, muy pocas lo hacen en la profundidad requerida para entender las consecuencias nefastas que el yo proyecta sobre el desarrollo individual; queda claro que los autores se han ocupado muy poco, de manera directa, del rol oculto, como sombra, que desempeña el yo en la vida cotidiana de las personas.

Por consiguiente, surgía la pregunta problema acerca de ¿Cuáles son los procesos de configuración del yo y su incidencia en la vida cotidiana de las personas?, y se planteaba como objetivo general la exploración de distintas maneras de configuración del yo y el propósito de develar su incidencia en la existencia común de la gente. Los objetivos específicos eran: primero, el análisis de los fundamentos teóricos del yo, desde la modernidad cartesiana y kantiana; incluyendo al psicoanálisis posmoderno freudiano; además de la transcurividad garavitiana; segundo, el establecimiento de los contextos de la configuración del yo y, por último, la puesta en evidencia de las consecuencias de la presencia del yo moderno en el pensamiento humano.

Con relación a la metodología de investigación aplicada al proyecto, su enfoque fue cualitativo, pues este aborda las realidades subjetivas e intersubjetivas como objetos legítimos de conocimientos científicos, a la vez que busca comprender, desde la interioridad de los actores, las lógicas de pensamiento que guían las acciones sociales. Por tanto, la investigación cualitativa rescata la importancia de la subjetividad, la asume y es ella el garante a través del cual se logra el conocimiento de la realidad humana. (Galeano, 2004).

En cuanto al diseño, se utilizó, la investigación documental, en la que la interacción con los informantes no es esencial; la perspectiva y el tema la construye el investigador de

acuerdo con las preguntas generadas y la viabilidad de la documentación disponible (Galeano, 2004). Además, según Rojas (2011), la investigación documental realiza aproximaciones, procesamientos y recuperaciones de información contenida en textos, independientemente del soporte documental en que se hallen. Este es un soporte material de fenómenos, hechos y manifestaciones de la realidad social que existen al margen de la acción del investigador. A la hora de la revisión literaria, la idea es detectar, obtener y consultar la bibliografía y otros materiales que sirvan para los propósitos de la investigación. Como no existe una guía que indique qué documentos son importantes y cuáles no lo son, lo fundamental es tener presente la finalidad de la investigación (Cortés & García, 2003).

De acuerdo con lo anterior, se utilizó como técnica de investigación la hermenéutica, que, para Sandoval (2002), constituye una alternativa apropiada para la investigación cualitativa, que no se agota exclusivamente en su dimensión filosófica, sino que trasciende a una propuesta metodológica, en la que la comprensión de la realidad social se asume bajo la metáfora de un texto susceptible de ser interpretado mediante el empleo de caminos metodológicos con particularidades propias que la hacen diferente a otras alternativas de investigación. Según Odman (como se citó en Sandoval, 2002), el propósito de la hermenéutica es incrementar el entendimiento para visualizar otras culturas, individuos, grupos, condiciones y estilos de vida, sobre una perspectiva doble de presente y pasado.

Como se desprende de todo lo dicho, el presente trabajo refleja el complejo proceso investigativo adelantado por el semillero “Subjetividades Juveniles” y, en consecuencia, del proyecto investigativo “*Los Procesos de Configuración del Yo*”, que da paso a la formulación de la idea sobre la hipotética “*Muerte del Yo y El Nacimiento del Individuo*”, proporcionando una perspectiva diferente, en el abordaje del Yo psicoanalítico. Al mismo tiempo, esperamos despertar el interés del lector sobre el tema, encontrar espacios en el mundo académico que permitan abrir las puertas a nuevos paradigmas que fundamente una psicología actual, pertinente, que responda a las necesidades contemporáneas.

CAPÍTULO 1.

EL SOMBRÍO NACIMIENTO DEL YO

*“La historia no es mecánica
porque los hombres son libres
para transformarla”*

Ernesto Sábato

Del sujeto incondicional a la fragmentación definitiva

El conocimiento del yo pasa por la necesaria comprensión profunda que este ha vivido desde los primeros instantes del cogito cartesiano, del siglo XVII, caracterizados por las supuestas ideas claras y distintas, hasta la más dramática agonía que hoy, siglo XXI, experimenta en su mente convertida en retazos.

Queda claro, entonces que su comprensión depende de la exploración detallada que se realice de cada uno de esos momentos por los que trasegó, con todo y sus ambivalencias, a partir de una profunda interpretación.

A continuación, haremos una aproximación a esa historia que, al parecer aún no se ha contado. ¿Cómo surgió el yo? ¿Cuál ha sido su significado? ¿Qué representaba para la modernidad? Son, entre otras, las preguntas que nos impulsan en esta ardua indagación.

Para iniciar el recorrido, nos remontamos al momento en el que surge, por primera vez, el enunciado del yo, íntimamente relacionado con la aparición de la modernidad; época de grandes avances técnicos, donde se profundiza en los conocimientos académicos y se forman fuertes corrientes filosóficas; también, se abre paso la clase social que lo haría posible, conocida como la burguesía¹, que da origen al nuevo mundo, identificado desde entonces con la denominación de sistema capitalista, o de mercado.

Con el propósito de contar con los mejores referente de esta historia, enseguida se presentan los más destacados pensadores que, a nuestro juicio, incidieron en la formulación del concepto del yo.

¹Término utilizado para identificar a la clase social compuesta por los habitantes de los "burgos" (las partes nuevas que surgían en las ciudades bajomedievales de Europa occidental).

Comenzaremos, en primer lugar, con René Descartes, el filósofo a quien más se le reconoce la paternidad del concepto del yo. Según algunos de sus biógrafos, nació en La Haye de Touraine, el 31 de marzo de 1596. Fue el tercero de los hijos de Joaquín Descartes y la primera mujer de este, la cual murió de pulmonía un año después de su nacimiento; desde entonces, él era muy enfermizo y con una salud endeble. Cuando tenía ocho años, lo retiran de los estudios elementales, por una enseñanza más compleja orientada a la formación superior. Este adiestramiento era exclusivamente clerical, el de la Compañía de Jesús, quienes ofertaban los mejores colegios, como el de la Fléche, en donde se instruyó Descartes, aproximadamente durante nueve años. Al principio de sus estudios, abordó las llamadas humanidades, cuya base eran las lenguas clásicas, pero en 1609, comenzó su exploración de la filosofía, así como de la física, áreas que se imparten en aquel momento, siguiendo los modelos de la escolástica medieval (Descartes, 1974).

Más tarde y de acuerdo con el texto que estamos citando, al terminar su educación superior, motivado por su profunda inclinación hacia la filosofía, el 10 de noviembre de 1619, tiene tres sueños sucesivos que interpreta como mensajes divinos para consagrarse a su misión filosófica; para él, estos sueños son la base que contendrían la idea de la posibilidad de fundamentar con certeza el conocimiento y con ello reconstruir el saber sobre cimientos firmes y seguros. Con esta premisa, comienza su trabajo escrito, en primer lugar su obra *El Tratado del Mundo y de La Luz*, terminada en 1633, que contiene su física de carácter mecanicista, sin embargo, al conocer la condena de Galileo impartida por la iglesia, renuncia a publicar su libro. Dado que no quería enfrentarse a la iglesia; además de que, por otro lado, concebía el conflicto entre la ciencia y la religión como una cuestión de malentendidos.

Por tal situación, publica ensayos que forman parte del *Discurso del Método*, 1637, que considera inofensivos para la iglesia. Posteriormente, en 1649, es invitado por la reina Cristina de Suecia para que la ilustre en su filosofía. No obstante, debido a su salud frágil y al rigor del invierno, muere Descartes de una neumonía a los 53 años, el 11 de febrero de 1650, en Estocolmo.

A partir de estos ensayos, el filósofo francés complementa su obra de mayor relevancia, el *Discurso del Método*, Descartes (1974), en donde advierte que, “(...) mientras quería pensar así que todo era falso, era preciso, necesariamente, que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa, y, observando que esta verdad, <<yo pienso, [luego] yo existo>>” (pág.

120). Fue tan consistente e infalible que las presunciones más extravagantes de los escépticos no tenían la capacidad para hacerla tambalear; con base en esto, el autor pensó que podía admitir tal enunciando, sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que buscaba. Además, Descartes agregaba que del hecho mismo de pensar en dudar de la verdad de las demás cosas, se seguía, de una manera muy evidente, que él era, es decir, mientras se hubiese dejado de pensar, aunque todo el resto de lo que había imaginado hubiese sido cierto, no tendría razón alguna para creer que él fuera; conoció, con eso, que él era una substancia, toda la esencia de la cual no es sino pensar, que no necesita, para ser, de ningún lugar, ni depende de ninguna cosa material; de manera que ese yo, es decir, el alma, por la cual él es lo que es, se presenta enteramente distinto del cuerpo, e incluso más fácil de conocer que éste, y que, aun cuando no fuese, el alma no dejaría de ser todo aquello que es.

Para precisar aún más la idea, el filósofo afirma: “Y habiendo observado que en la proposición <<yo pienso, luego yo soy>>, no hay nada que me asegure que digo la verdad si es que veo muy claramente que para pensar es preciso ser” (pág. 122). Él pensó que podría tomar como una regla general que todas las cosas que concebimos muy serena y distintamente son todas verdaderas; sino, hay solamente una cierta dificultad en prevenir bien cuáles son las que creemos distintamente.

En la nueva filosofía, formula Descartes el método que conducirá de manera propia la razón y la veracidad en las ciencias; la primera regla de este, es no aceptar nunca como verdadera ninguna cosa que no conociese con evidencia que lo era, es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la predicción, no comprender en los propios juicios nada más que aquello que se presentase tan clara y distintamente en el espíritu. La segunda pauta, consistía en dividir cada una de las dificultades que se examinan en tantas partes como fuera posible y como requiera su mejor solución, con el fin, de conocer a ciencia cierta lo que sucede; la siguiente, es conducir por orden los propios pensamientos, comenzando con los objetos más sencillos y fáciles de conocer, para acceder de a poco como por grados hasta el conocimiento de lo más compuesto e incluso suponiendo un orden entre los que no se preceden naturalmente, y por último, la cuarta norma, es hacer en todo enumeraciones como revisiones tan completas y generales que dieran la seguridad de no omitir nada.

Como se puede observar, hasta el momento, Descartes es el autor que marca el inicio del enunciado del yo con la premisa básica, “yo pienso, luego yo soy”, y también quien

direcciona la razón desde su famoso método cartesiano, dando así, pasó a la construcción de los cimientos de la nueva época, conocida como La Modernidad.

Con el paso del tiempo y luego del desarrollo de la filosofía cartesiana de la sociedad moderna, hace su aparición un nuevo personaje, que incidirá notablemente en el proceso de configuración del yo, se trata del filósofo Immanuel Kant, quien nació en Königsberg, Prusia, el 22 de abril de 1724. Su educación se nutrió de los ámbitos de la filosofía de la ilustración, gracias a las grandes peripecias históricas de la época, como la física de Newton 1642-1727, la independencia de los Estados Unidos 1776, la Revolución Francesa 1789, entre otros sucesos; favorecido por su ingenio, se convierte en el fundador de un nuevo período de la filosofía, la tercera en los Tiempos Modernos, la filosofía del criticismo. Lo que a continuación analizamos del filósofo alemán, se realiza de acuerdo con el texto *Crítica de la Razón Práctica*, Kant (2013).

Que conforme con algunos historiadores, fue el cuarto de ocho hijos del matrimonio de Juan Jorge Kant, talabartero de oficio, y Ana Regina Reuter; familia pobre educada en el rígido espíritu religioso del pietismo. Motivado por sus recurrentes inquietudes intelectuales Kant ingresa a la Universidad de Königsberg, en 1740, frecuentando las cátedras de matemáticas, física, filosofía, geometría y, algunas veces, de teología. Más tarde, al terminar sus estudios, en 1746, se vinculó a la docencia; primero, como maestro particular; después, como profesor de la Universidad y durante nueve años, fue preceptor de varias familias ilustres, entre las que se destaca la del conde Enrique Cristiano Keyserling.

A partir de sus habilidades como docente, se le concede el cargo de profesor libre en la universidad, tras la defensa de su disertación *Nueva elucidación de los primeros principios del conocimiento metafísico*, en 1755. Después de permanecer quince años como profesor libre, se ocupa, particularmente, de la cátedra de derecho natural, en 1767. Además, mostraba muchísimo interés en la enciclopedia de la filosofía y la historia de esta. En el período de 1777- 1797, impartió cátedra de antropología, teología natural y filosofía de la religión, lo cual lo encamina hacia el departamento administrativo, desempeñándose dos veces como rector de la casa de estudios, cargo que ocupó entre 1786-1787.

Tan destacado pensador, muere el 12 de febrero de 1804, en su ciudad natal. En aquel tiempo, su filosofía había alcanzado gran difusión y aceptación en los distinguidos círculos culturales de Alemania y de toda Europa.

En lo que tiene que ver con su tratado, el filósofo alemán desarrolló su pensamiento construyendo su filosofía crítica. Una de las obras más destacadas es la *Crítica de La Razón Práctica*, en la que formula los principios éticos como proposiciones que encierran una determinación universal de la voluntad, a esta determinación se subordinan diversas reglas prácticas; son máximas o visiones subjetivas cuando el requerimiento se considera por el sujeto como valedero solo para su voluntad; son objetivos o leyes prácticas cuando la condición es conocida como objetiva, es decir, válida para el hacer de todo ser racional.

A partir de lo anterior, Kant dice que se puede encerrar en sí un fundamento práctico, es decir, suficiente para la determinación de la voluntad, entonces, según él, hay leyes prácticas; pero si no se admite este hecho, todos los principios prácticos serán meras máximas. En una voluntad patológicamente afectada de un ser racional puede tener lugar un problema de las máximas frente a las leyes prácticas por él mismo conocidas, como puede ser el caso de que alguien puede adoptar la máxima de no aguantar ofensa alguna sin vengarla; y, sin embargo, comprender al mismo tiempo que ella no es ninguna ley práctica, sino solo su máxima y que, en cambio, como regla para la voluntad de todo ser racional en una y la misma máxima que no puede concordar consigo misma.

En resumen, lo que propone nuestro segundo autor es que la regla práctica es siempre un producto de la razón porque prescribe la acción como medio para el efecto considerado como intención. Esta regla, sin embargo, para un ser en el cual la razón no es el absoluto fundamento de delimitación de la voluntad, es un imperativo, o sea, una norma que es designada por un deber ser que expresa la obligación objetiva de la acción y significa que si la razón determinase la voluntad totalmente, sería distinta de las máximas, puesto que estas son principalmente subjetivas. Pero, aquellos determinan, o bien las acciones de la causalidad del ser racional, como causa eficiente solo en consideración del efecto y suficiencia para él mismo, o bien, definen únicamente la voluntad; sea ella o no suficiente para el efecto. Los primeros, se consideran imperativos hipotéticos y encerrarían meros preceptos de la habilidad; los segundos,

categoricos y exclusivamente leyes prácticas; así pues, las máximas son en verdad principios, pero no imperativos.

Asimismo, el filósofo alemán Kant (2013), afirma que la ley fundamental de la razón pura práctica es “*obra de tal modo, que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre, al mismo tiempo, como principio de una legislación universal*” (pág. 122). Como ejemplo de lo anterior, la geometría pura tiene postulados como proposiciones prácticas que no contienen, sin embargo, nada más que la presuposición de que se puede hacer algo si se exigiese que se deba hacer y estas son las únicas proposiciones de la misma que conciernen una existencia. Son, por consiguiente, reglas prácticas bajo una condición problemática de la voluntad. Pero, aquí, dice la norma que se debe proceder de cierto modo. La regla práctica es incondicionada, por ende, representada como proposición categóricamente práctica a priori, en virtud de la cual la voluntad se determina de manera absoluta, objetiva e inmediata.

En efecto, la razón pura, en sí misma práctica, es aquí inmediatamente legisladora; la voluntad se piensa como independiente a partir de condiciones empíricas; por consiguiente, como voluntad determinada por la mera forma de la ley. Y ese motivo de determinación se considera como la suprema condición de todas las máximas, vale decir, la razón pura es, por sí sola, práctica, y da al hombre una ley universal que se denomina la ley moral.

Con este autor, se finaliza el recorrido completo de la construcción del yo en la modernidad, pues, con su nueva filosofía del criticismo logra internalizar el yo de manera automática, instalándose, a partir del deber ser, generado por los universales, lo que se conoce ampliamente en el mundo de la psicología como el superyó.

Hasta este momento, el lector puede visualizar el nacimiento del yo y, al mismo tiempo, el de la modernidad con Rene Descartes y logra encontrar la relación con el filósofo Kant, en la creación del imperativo categórico que sirvió de base para la internalización del yo, como super yo cultural. Con estos dos autores surgen los soportes que mantendrán la estructura del yo, instalada en el sujeto durante más de dos siglos.

Agotados los postulados del mundo burgués y cuando la crisis de la sociedad moderna se veía venir, apareció sobre la escena el psicoanalista Sigmund Freud, quien nació el 6 de mayo de 1856, en Freiberg; hijo de Jakob Freud, quien era un pequeño comerciante

de lanas, y de Amalia Nathanson. Los biógrafos cuentan que era miembro de una familia judía sin mucha práctica de la religión (Tubert, 2000).

Posteriormente, Freud inicia estudios en el área de la medicina que le conducen, en 1873, a comenzar su formación en este campo en la Universidad de Viena. No obstante, en algunas de sus cartas, manifiesta no haber tenido mucho interés por esa ciencia, sino más bien, le llamaban la atención los problemas que aquejaban a la humanidad desde la parte psíquica. Una vez terminados sus estudios, en 1881, realizó un trabajo investigativo bastante importante para su profesión, sobre las afasias, publicado en 1891; su trayectoria en este campo lo llevó a convertirse en la máxima autoridad en el terreno de las parálisis cerebrales infantiles. Poco tiempo después, cuando conoció los postulados de Charcot, despertó en su interior una pasión por los estudios y hallazgos en la psicopatología; especialmente, le atrajo el tema de la histeria. Aunque, ya antes había tenido contacto con esta problemática, en el Instituto de Fisiología, a finales de los setenta, donde tuvo el placer de conocer a Josef Breuer. Con Charcot logró incursionar en nuevos métodos y técnicas para tratar la enfermedad (Tubert, 2000).

A partir de sus nuevas aspiraciones y de sus importantes investigaciones, entre 1892 y 1896, desarrolló un nuevo método terapéutico, conocido como asociación libre, que tenía como propósito permitirle al paciente acceder a recuerdos que parecían olvidados; se trataba de un análisis de las resistencias psíquicas y de las transferencias del sujeto. De este modo, Freud logró transformar los obstáculos que se contraponían a la emergencia de lo inconsciente creando instrumentos privilegiados para acceder a este (Tubert, 2000).

En su profesión, él autor elaboró numerosas publicaciones entre los años de 1910 y 1920; en medio de ellas, se encuentran, en particular, los ensayos agrupados bajo el nombre de *Metapsicología* (Freud, 1987), que recoge diferentes reflexiones acerca de los procesos inconscientes; también, el trabajo de campo que reúne la narración de cinco entrevistas, en su libro *Historias Clínicas* (Freud, 2003); a la vez, la *Introducción del Narcisismo* (Freud, 1993), en donde realiza una discusión sobre el desarrollo sexual y la relación del yo y los objetos externos. Por otro lado, su importante obra *Psicología de Las Masas* (Freud, 1983), en la que expone la realidad del individuo al ser sometido por la cultura; estos y otros escritos son la base de la construcción de la teoría psicoanalista (Tubert, 2000).

Nuestro tercer autor, protagonista del recorrido del yo, fue diagnosticado con cáncer de mandíbula, en 1923; desde entonces, y hasta su muerte en Londres, el 23 de septiembre de 1939, estuvo siempre enfermo, aunque no decayó su enérgica actividad (Tubert, 2000).

De la obra de Freud (1983), *Psicología de Las Masas*, seleccionamos el apartado titulado *Una Fase del <<yo>>*, en donde el psicoanalista sostiene que cada individuo forma parte de varias masas; que se halla ligado por identificación en muy diversos sentidos; y que ha construido su ideal del yo conforme a la gran cantidad de modelos que se le presentan. De esta manera, participa de muchas almas colectivas, como la de su raza, su comunidad, la clase social, el estado, entre otras. Tales formaciones colectivas, duraderas y permanentes, producen efectos uniformes que no se imponen tan intensamente al observador como las manifestaciones de las masas pasajeras en las cuales desaparece toda particularidad individual.

Esta premisa intentó explicarla Freud, suponiendo que el individuo renuncia a su ideal del yo, obstaculizándolo por el ideal de las masas encarnado en el caudillo; y sin embargo, el divorcio entre el yo y el ideal del yo es poco marcado en muchos individuos, puesto que, ambas instancias, aparecen confundidas y el yo contiene todavía su anterior perfil narcisista de sí mismo. La elección de caudillo queda facilitada en estas circunstancias, bastará que él mismo posea las cualidades típicas de tales individuos y que dé la impresión de una gran libertad libidinosa para que la necesidad de un caudillo salga al encuentro y le otorgue una omnipotencia jamás pensada; los otros individuos, cuyo ideal del yo no encuentra en la persona jefe una encarnación, son arrastrados, luego, sugestivamente por identificación.

Propone Freud (1983), que “La estructura libidinosa de una masa se reduce a la distinción entre el yo y el ideal del yo y a la doble naturaleza consiguiente del ligamen identificación y sustitución del ideal del yo por un objeto exterior” (pág. 66). En la composición psíquica está el yo coherente y el yo inconsciente reprimido. “En el sueño y en la neurosis dicho yo desterrado intenta, por todos los medios, forzar las puertas de la conciencia, protegidas por resistencias diversas, y en el estado de salud despierta recurrimos a artificios particulares para acoger en nuestro yo lo reprimido, eludiendo las resistencias y experimentando un incremento de placer” (pág. 67). El chiste, lo cómico y el humorismo se consideran desde este punto de vista.

Igualmente, se admite que la separación operada entre el yo y el ideal del yo no puede soportarse durante mucho tiempo y que ha de experimentar una regresión. A pesar de las privaciones y restricciones impuestas al yo, la transgresión periódica de las prohibiciones constituye la regla general, como lo demuestra la institución de las fiestas, por ejemplo, las saturnales de los romanos y los carnavales modernos. Freud (1983) manifiesta: “El ideal del yo engloba la suma de todas las restricciones a las que el yo debe plegarse, y de este modo el retorno del ideal al yo tiene que constituir para éste, que encuentra de nuevo el contenido de sí mismo, una magnífica fiesta” (pág. 68). Es sabido que hay individuos en los que su estado afectivo oscila periódicamente, pasando de una exagerada depresión a una sensación de extremo bienestar, a través de cierto estado intermedio.

En pocas palabras, el planteamiento freudiano rescata ese yo que se encuentra saturado por la obligación, el deber ser, lo moral y lo ético, todo esto impuesto por la cultura creada por los señores Descartes y Kant. Entonces, Freud redime al yo concediéndole un espacio, una extensión a la configuración mental, con el fin de que pueda el sujeto desfogarse; atreverse a hacer lo prohibido por la norma; a este método se le conoce como, *catarsis*², y al lugar que inventa el autor lo denomina, el inconsciente; este consiste en un conjunto de estados que no son ilustrados por la conciencia y que al parecer el sujeto no los advierte.

En aquellos mismos tiempos, y poco después de la muerte del señor Freud, nació en Bogotá el filósofo Edgar Garavito Pardo, el 1 de junio de 1948; hijo de Pedro Antonio Garavito y Cecilia Pardo, docentes de profesión, quienes fueron normalistas dedicados completamente a la enseñanza primaria. Garavito cursó el bachillerato en el colegio Antonio Nariño y estudio sociología en la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín, en donde conoció la filosofía francesa contemporánea que lo motiva a viajar a París, a mediados de los años setenta, con el fin de realizar un magister en la universidad de la Sorbona y, en esa ciudad, tiene la inesperada oportunidad de asistir a los seminarios de Foucault, Deleuze, Lyotard y Barthes, filósofos que en ese momento adelantaban sus investigaciones en París y en el colegio de Francia (Pabón, 2016).

² Viene del griego *kátharsis*, purificación. Josef Breuer y Sigmund Freud, iniciadores del psicoanálisis, retomaron este concepto en sus primeros trabajos, y denominaron método catártico a la expresión de una emoción presente reprimida o recuerdo pasado reprimido durante el tratamiento, en estado hipnótico o mediante la terapia cognitiva, lo que generaría un "desbloqueo" súbito de dicha emoción o recuerdo, pero con un impacto duradero.

Luego de terminar el magister, vuelve a Colombia y, a comienzos de los ochenta, escribe su proyecto de investigación doctoral, llamado *Transcursividad, Crítica de La Identidad Psicológica*, que lo conduce de nuevo a París a proponerle a Deleuze que asesore y dirija su tesis. Trabajo de enorme trascendencia que concluyó con éxito en la sustentación presentada en 1985. Después de tan importante logro, regresa a Colombia, acompañado de Consuelo Pabón, con quien mantiene una relación afectiva; ambos se dedican a la docencia a partir de la idea de continuar con la investigación filosófica (Pabón, 2016).

Luego de ubicarse nuevamente en su país, comienza a trabajar como docente de la Universidad Nacional de Colombia, en la Facultad de Derecho y en la Universidad Javeriana, en la Facultad de Psicología. No obstante, ante la imposibilidad de impartir su pensamiento en las facultades de filosofía de las diferentes universidades del momento, decide presentar sus cursos de manera independiente en la Alianza Colombo Francesa, ubicada en el centro de Bogotá. En ese lugar, se le permitió desenvolver su línea filosófica, recogiendo los postulados de Foucault y Deleuze. De esta manera, y con el paso del tiempo, es reconocido y nombrado profesor Asociado de la Universidad Nacional sede Medellín, en 1995; allí trabajó hasta el año 1999, cuando muere sorpresivamente de un cáncer fulminante (Pabón, 2016).

Ahora, vamos a presentar el pensamiento de Garavito basándonos en su libro *La Transcursividad Crítica a La Identidad Psicológica* (1997), de la manera más precisa posible, con el fin de que el lector tenga la posibilidad de valorar lo que probablemente será una idea de mucho impacto en la filosofía y, más específicamente, en la psicología del siglo XIX.

En primer lugar, según el filósofo colombiano, en su tesis doctoral, la transcursividad es el recorrido pulsional que franquea diversidad de formas y que implica pluralidad de identidades. Para él, es un forzamiento de la identidad en el que se atraviesa el grado máximo de intimidad psicológica de un yo identificado y el grado máximo de anterioridad lógica de un discurso organizado dando paso a la presentación de varias voces; se encuentra ligado al instante de transformación del espacio en donde habla el sujeto de enunciación.

Otro término trabajado por Garavito (1997), muy importante para la investigación, fue el de monólogo interior, que lo define como la forma de presentación del pensamiento

de quien está solo, o de quien se halla en presencia de otros; pensando o hablando para sí mismo. Según él, este se ubica en la frontera del psiquismo y de la lógica, en un borde más allá del cual se anuncia la disolución. Para el pensador colombiano, esta zona se presenta como intercambios de impresión y expresión; agrega, además, que el monólogo es una forma de auto conservarse por medio del diálogo constante con el propio espacio de significación.

A partir de lo anterior, la diferencia entre transcursividad y monólogo; transcursividad que está en la precisión temporal y espacial del transcurso como instante de transformación, frente a la profusión espacial, pero a la vez temporal, del monólogo interior como fondo de oscuridad. De igual manera, plantea el trascurso monologal, que no expresa lo más íntimo, ni lo anterior, sino aquella transformación que permanece en constante exterioridad y que tiende a romper lo íntimo y lo anterior.

Por otro lado, trabaja la categoría de discurso, abordada en su obra como una serie continua de frases y proposiciones ordenadas sistemáticamente, según una misma lógica susceptible de extenderse y profundizarse por medio de conceptos o inferencias racionales.

Por último, la categoría de diálogo, para Garavito (1997), es como una forma de presentación del pensamiento en el que dos líneas de discurso se manifiestan alternativamente, a partir de un espacio común de significación; también, existe el diálogo entre una línea de discurso y el espacio de significación que le sirve de auditor difuso y que actúa igual al otro discurso, implica así, la relación dinámica de la pulsión de muerte y la pulsión de conservación.

Para un mejor conocimiento por parte del lector, se ahondará en la teoría garavitiana, en el capítulo 3, del documento final, en donde se presentará el concepto y relación entre transcursividad, yo, monólogo, discurso, diálogo, tiempo/espacio, entre otros; que impulsaron el presente trabajo investigativo.

Con este autor, terminamos el recorrido del yo y se comienza el estudio de la transcursividad en el semillero investigación, puesto que, al realizar la revisión documental, encontramos que este último filósofo toma la teoría del yo moderno y la reestructura para acoplarla al pensamiento postmoderno.

Con lo anterior, se pretende visualizar un poco la vida, las circunstancias y las posturas de los autores que construyen los cimientos y la forma constitutiva del yo y, también, las del filósofo que realiza una aproximación a la muerte de ese yo. Ésto, con el fin de que el lector comprenda los procesos de transformación que ha venido experimentado el yo durante la historia reciente de la humanidad.

La hecatombe social detrás del yo

La construcción del yo acontece en el final trágico de la Edad Media³ y el comienzo de la sociedad del progreso, la modernidad, ocurrido el hecho por el cambio del modo de producción que, en el primer caso, era el feudal y luego, en el segundo, la fabril, evento que obliga a la transición del siervo al obrero, es decir, operario de máquina; a la vez, lo intuitivo desaparece del contexto y se traslada a la forma deductiva de razonamiento; dicho de otra manera, el contexto que rodeaba al yo, le proporcionó los escenarios adecuados para su creación y mantenimiento.

Naturalmente, es indudable que la aprehensión del yo necesita del estudio de las diferentes épocas por las que atravesó, hasta llegar el final trágico de sus días. Enseguida, se presentarán puntualmente los contextos históricos, con el propósito de que los lectores interesados comprendan la relación entre los hechos y la creación del yo.

Comenzaremos la exploración entre los años 1620-1630 y 1680-1690, cuando se produjo una verdadera revolución científica y filosófica, que tuvo como personajes principales a Descartes, Galileo, Kepler, Leibniz, Spinoza y Newton. En aquel momento, se sustituyó el viejo cosmos aristotélico, considerado como un organismo pleno y jerarquizado por la imagen de un universo vacío e infinito. De igual manera, en el área de la física aristotélica de las cualidades, ésta se reemplazó por una lectura matemática del mundo; además, se pasó de lo deductivo a una reflexión inductiva que, luego, dio lugar a la creación de un método basado en la duda y la razón que, más tarde, con Newton, abrió el mundo de la empírica, de la experiencia (Richet, 1997).

A largo plazo, esta conmoción del mundo y de la ciencia parecía obstruir los cimientos de la tradición, algo que Luis XIV no dejaría que pasara; él era absolutista, apartó a las

³La ciencia medieval no respondía a una metodología moderna, por ejemplo, las alteraciones de los precios de mercado de los productos, sometidos a tensiones nunca vistas de oferta y demanda cambió la forma de percibir las relaciones económicas; los salarios (un concepto, como el de circulación monetaria ya de por sí disolvente de la economía tradicional) crecían al tiempo que las rentas feudales pasaron a ser inseguras. Estas y otras situaciones comienzan a generar crisis en la época.

personas buscadoras de poder y se rodeó de nobles de toga, a la vez, hizo que Francia combatiera en tres grandes guerras, la de Holanda, los Nueve Años y por último, la Sucesión Española, todo esto con el objetivo de mantenerse el poder (Richet, 1997).

Asimismo, en ese momento se presentó un proceso de transformación de las estructuras económicas y sociales medievales que se centraban en las actividades agrícolas y la artesanía gremial, puesto que se comenzó a hablar del modo de producción proto-capitalista, tanto en el medio rural como en el urbano. El mundo que se conocía desapareció, las transiciones fueron amplias y diversas; en primer lugar, se produjo un proceso de acumulación de capital, que dio como resultado la aparición de organizaciones proto-industriales y comerciales que generaron riqueza en torno a las ciudades e hicieron emerger nuevas categorías de trabajadores; lo cual generó un proceso de urbanización mediante el cual los campesinos dejaron sus hogares y se trasladaron a las ciudades en búsqueda de más y mejores medios de subsistencia; y, por último, las nuevas administraciones municipales tomaron en sus manos nuevas modalidades de acción social, como el recogimiento y atención de los vagabundos y pobres que llegaban a las ciudades sin ningún porvenir. Con lo anterior, se comienza las estratificaciones sociales (Ferrer, Rodríguez, & Badanelli, 2014).

En este contexto de ruptura de los modos medievales de transformación económica, se produce un fenómeno de pobreza mayor que afectó fuertemente a las clases populares. Los factores que produjeron este fenómeno fueron tres tipos. 1) El alza continua de los precios durante todo el siglo XVI y parte del XVII, y las periódicas dificultades de subsistencias provocadas por las malas cosechas ocasionaron crisis de hambre y epidemias. 2) Factores estructurales relacionados con los cambios producidos en los ciclos de la vida individual y familiar causaron la imposibilidad de obtener los medios suficientes para sobrevivir en determinadas etapas críticas de la existencia y 3) Agentes accidentales como las enfermedades que pueden afectar al líder de la familia interrumpiendo con el ingreso económico. Todo ello definió la aparición de un número creciente de menesterosos de distintos tipos y condiciones (Ferrer et al., 2014).

Al otro lado del mundo, hacia 1770, Estados Unidos de Norteamérica declara su independencia de Gran Bretaña; puesto que, en 1760, las 13 colonias británicas de América del Norte, no solo habían demostrado su viabilidad al contribuir con un tercio a la economía británica, sino que era una sociedad en rápido proceso de cambio, que iba exponiendo unos rasgos distintivos con respecto a la metrópoli. Entre los años de 1730

y 1760, en ciudades, como Nueva York con 25 mil habitantes, Filadelfia 35 mil y Boston 25 mil, la élite de comerciantes incrementó su riqueza en torno a un cincuenta por ciento, amasando enormes fortunas e imitando los comportamientos de la clase alta británica (Bosch, 2010).

Así pues, la demanda de tierra fue motivo de los distintos movimientos de protestas que explotaron, para 1740, en New Jersey, luego, en 1750-1760, los de noreste de New York y el valle de Hudson, entre 1766-1771, que dan lugar al periodo revolucionario que amenaza las estructuras del sistema Británico. El Movimiento Regulator reunió a 2000 campesinos de los condados del oeste de Carolina del Norte, contra el sistema de impuestos. Las protestas sociales en el campo como en las ciudades ponían de manifiesto una ideología popular que retaba el poder de la elite, exigiendo ser partícipes de la política y la discusión de la distribución de las propiedades; cada vez se veía más cerca la derrota de los ingleses (Bosch, 2010).

Por otro lado, en el campo de las ciencias, en 1780, se realizaron avances sorprendentes en química, estrechamente relacionados con la tradición de la práctica de los talleres y las necesidades de la industria. La gran enciclopedia de Diderot y D'Alembert, tenía un compendio no solo de pensamiento progresista, político y social, sino también del porvenir técnico y científico (Bosch, 2010).

Era el contexto en el que surgía el pensamiento kantiano y nos basaremos en el libro de Hobsbawm, *La Era de la Revolución, 1789-1848* (2009). En efecto, la profunda convicción en el progreso, el conocimiento humano, la riqueza, el racionalismo, la civilización y el dominio de la naturaleza, que estaban brotando tan profusamente en el siglo XVIII, debieron su fuerza al evidente adelanto de la producción, el comercio, al racionalismo económico y científico que se creía asociado a ellos de manera inevitable, este momento se conoció como la Ilustración

Otro de los acontecimientos importantes, fue el poder productivo que, se libera en 1780, fecha en la cual los índices estadísticos tomaron el súbito y casi vertical impulso ascendente que caracteriza al take-off, el despegue hacia el crecimiento auto sostenido. Es quizás, probablemente el acontecimiento más importante de la historia del mundo y se inicia en Gran Bretaña, en cuanto a producción per-cápita y comercio.

Este adelanto británico no se debía a una superioridad científica y técnica, ya que en las ciencias naturales los franceses eran superiores, por ejemplo, en la Revolución Francesa.

Esta ventaja era muy notable, sobre todo en las matemáticas y en la física. Esto se dio debido a que, el gobierno francés promovía la investigación científica, mientras que el estado reaccionario británico las consideraba peligrosas. Los economistas de la época, en 1780, leían a Adam Smith, y quizás con más provecho a los fisiócratas y a Quesnay, Turgot y Dupont de Nemours, expertos hacendistas franceses. Además, la educación inglesa era de dudosa reputación y se compensaba con escuelas rurales y las democráticas universidades calvinistas de Escocia, que enviaban grupos de jóvenes brillantes y laboriosos al país meridional.

Por fortuna para la Revolución Industrial, eran necesarios pocos refinamientos intelectuales, sus inventos técnicos fueron modestos, pongamos por casos, la lanzadera volante, la máquina para hilar, el huso mecánico, hasta la giratoria de vapor de James Watt, de 1784, no requirió de muchos más conocimientos físicos asequibles de la época. Lo que conocemos hoy como la máquina de vapor, solo se desarrollaría ex post facto por el francés Carnot, para 1820, no antes.

Las condiciones legales en Gran Bretaña se dejaban sentir mucho, había pasado más de un siglo desde que el primer rey fue procesado en debida forma y en el que el beneficio privado y el desarrollo económico habían sido aceptados como objetivos únicos de la política gubernamental. Para fines prácticos, la única solución al problema agrario era la idea de contratar a un puñado de terratenientes de tenía una mentalidad comercial para lograr monopolizar la tierra, por entonces, era difícil hablar de un campesinado británico. La manufactura estaba difundida por el campo no feudal, la agricultura solo se preparaba para cumplir sus tres funciones fundamentales en una era de industrialización: 1. Aumentar la producción y la productividad para alimentar a una población que crece rápidamente y que no es agraria, 2. Proporcionar un cupo ascendente de potenciales reclutas para las industrias y 3. Suministrar un mecanismo para la acumulación de capital utilizable por los sectores más modernos de la economía.

Más adelante, el considerable volumen de capital social y el equipo costoso para poner en marcha toda la economía, ya estaba siendo construido, principalmente en buques, pues, este medio de transporte permitía mejores caminos e instalaciones portuarias muy bien equipadas. La mayor beneficiaria fue la política que, se encontraba engranada con quien poseía el poder; puesto que, todo lo que un industrial necesitaba adquirir para ser admitido entre los regidores de la sociedad era, ser dueño de sumas grandes de dinero. Estos hombres de alto prestigio eran los negociantes o comerciantes que, se encontraban

ganando más dinero, pues la mayor parte del siglo XVIII, fue para casi toda Europa un periodo de prosperidad y de cómoda expansión económica.

Las primeras manifestaciones de la Revolución Industrial ocurrieron en una situación bastante especial, en la que el crecimiento económico surgía de las decisiones entrecruzadas de innumerables empresarios privados e inversores, regidos por el imperativo de la época de comprar en el mercado más barato para venderlo en el más caro. Dado que se encontraban los cimientos sociales, sólo, se requerían dos cosas, una industria que ya para entonces ofrecía extravagantes retribuciones para el fabricante que pudiera aumentar avivadamente su producción total; y en segundo lugar, un mercado mundial monopolizado por la producción de una única nación. Entre 1789 y 1848, Europa y América, se vieron inundadas de expertos, maquinaria algodonera, máquina de vapor e inversiones de capital, completamente asfixiado por el sistema inglés.

Aun el mundo era preponderantemente rural, en 1789, en países, como Rusia, Escandinavia o los Balcanes, lugares en los cuales la ciudad no había florecido demasiado, el noventa por ciento de la población continuaban siendo campesina. Hasta, en la propia Inglaterra la población urbana solo supero por primera vez a la rural en 1851. Lo urbano comprendió a las dos ciudades europeas que, en 1789, tenían un gran número de habitantes, Londres con casi un millón y Paris con casi medio millón; también se encontraban ciudades provincianas que contenían a la mayor parte de la población y producción. En lo tratado con la Europa meridional, gran parte de la nobleza vivía de las rentas de sus fincas, es el caso de Alemania, en donde las burocracias de los innumerables principados que apenas eran más que inmensas fincas, obtenían riqueza de las rentas de un campesinado sumiso y obediente.

Sin embargo, se comienza a vislumbrar, en el año 1789, un gran problema agrario, lo que es fácil de comprender porque la primera escuela sistemática de economistas continentales, los fisiócratas franceses, consideraron indiscutible que la tierra y la renta de la misma eran la única manera de obtener ingresos y que el eje fundamental del problema agrario fuera la relación entre quienes son dueños de la tierra y quienes la cultivan, entre los que producen su riqueza y los que se encargan de acumularla.

Otros sucesos históricos de gran relevancia que marcaron los cimientos del mundo moderno, fueron la Revolución Francesa que aconteció entre 1789-1799, la cual, abolió la relación feudales agrarias en toda Europa central y occidental; los derechos humanos

y la división de poderes debían garantizar la igualdad y la libertad de los ciudadanos; el fallido intento de Prusia y Austria de intervenir en el país vecino a la fuerza, provocó el contra ataque de los ejércitos revolucionarios; bajo el asalto del ejército de Napoleón, que en Francia había tomado la herencia de la Revolución, se derrumbó definitivamente el imperio (Garzon, 1990).

Comenzó a evidenciarse un desmedido conflicto en medio de las fuerzas de la vieja sociedad y la nueva sociedad burguesa que no podía resolverse dentro de las estructuras de los regímenes políticos existentes, con excepción de los sitios, como Inglaterra, donde ya había triunfado el sistema burgués. Lo que hacía a esos regímenes algo vulnerables todavía, era que estaban sometidos a diversas presiones, como la tenaz y creciente resistencia de los viejos intereses, las nuevas fuerzas y los rivales extranjeros. Así como se ve, la expansión económica el desarrollo colonial y la tensión de las proyectadas reformas de despotismo ilustrado multiplicaron los conflictos entre los años 1770 y 1790 (Hobsbawm, 2009).

Para el siglo XX, época del psicoanalista Freud, estalla la primera guerra mundial a partir del asesinato el 28 de junio de 1914 del heredero del trono austriaco, con Alemania y Austria por un lado y Francia, Rusia, Inglaterra e Italia, por el otro. La rápida derrota de Francia prevista por el plan de ataque alemán que violara la neutralidad de Bélgica no se logró. Por el contrario, se encontraron preparados por el oeste, después de la derrota alemana en la batalla de Marne, se convirtió la lucha en una guerra de trincheras con inmensas pérdidas humanas y materiales de ambos bandos (Garzon, 1990).

A lo largo de la guerra en el campo de batalla, los débiles cancilleres del Reich tuvieron que someterse a la presión del ejército cuyo jefe nominal era el mariscal de campo Paul Von Hindenburg, pero quien estaba a la cabeza era el general Erich Ludendorff. Finalmente, el ingreso a la guerra, en 1917, de Estados Unidos trajo el resultado que ya hace tiempo se esperaba y que no pudo ser modificado por la revolución en Rusia y la paz en el Este. A pesar de que el país estaba completamente desangrado, Ludendorff insistió, hasta septiembre de 1918, en una paz victoriosa para terminar solicitando sorpresivamente un armisticio. La catástrofe militar fue acompañada del desastre político, en noviembre de 1918 el Káiser y los príncipes reinantes abdicaron a sus tronos y Alemania se transforma en República (Garzon, 1990).

Esta Primera Guerra Mundial fue un conflicto novedoso no sólo por su magnitud, sino fue la primera guerra general entre estados altamente organizados y con masivos recursos industriales. La población civil sufrió con los bombardeos y con el bloqueo naval pero más allá de eso, jugó un papel importante, puesto que, fue una guerra psicológica que arremetió contra la salud mental de los habitantes de ambos bandos, no son consideradas estas guerras tan solo militares y políticas, sino contiendas estratégicas para debilitar al enemigo anímicamente (Lozano, 2011).

Estos conocimientos psicológicos y sociológicos adquiridos desde finales del siglo XIX y comienzos del XX, fueron utilizados para influir en las conciencias de los combatientes y de la población a favor de las políticas respectivas. Se inundaron los países de cartelera, panfletos, fotografías y, finalmente, películas, con el fin, de desencadenar en la población civil odios que llevaron a una crisis de pánico inminente (Schulze, 2013).

Para entonces, la única arma tecnológica de 1914-1918 que tuvo importancia para el desarrollo de la guerra, fue el submarino, pues ambos bandos al no poder derrotar al ejército contrario buscaron provocar el hambre entre la población enemiga. Puesto que la Gran Bretaña obtenía por mar todos los suministros, decidieron intensificar la actividad alemana contra los navíos británicos. La estrategia estuvo a punto de ser un éxito en 1917, pero este fue, según ellos el principal argumento que motivó la participación de Estados Unidos en la guerra (Hobsbawm, 1998).

Por otra parte, en lo que concierne América del Sur, principalmente antes de 1991, Colombia se ubica entre los cinco primeros países de la región en cuanto a estabilidad, organización, coherencia y eficiencia; país del reconocido filósofo Edgar Garavito. El único punto débil estaba vinculado a la falta de participación política a nivel subnacional. Los alcaldes y gobernantes eran designados, en lugar de ser elegidos por el pueblo y ocasionalmente tenían raíces débiles en las jurisdicciones en las que les correspondía estar. De otro lado, este periodo se caracterizó por el uso discrecional y arbitrario que realizaban los legisladores de los recursos obtenidos mediante auxilios parlamentarios (Stein, Tommasi, Echebarría, Lora, & Payne, 2006).

Asimismo, aumentaron las demandas hacia una mayor participación política a nivel subnacional y nacional, situación que conllevó a factores importantes para la transición hacia la nueva constitución. La exclusión de la izquierda de los canales políticos generó

la guerrilla, una escalada de violencia que involucró al narcotráfico y que produjo el asesinato de tres candidatos presidenciales en la campaña de 1989, entre ellos la de Luis Carlos Galán. La idea de la reforma constitucional logra respaldo político en una situación de graves disturbios en el que se consideraba prioritario incorporar a los grupos insurgentes al sistema político (Stein et al., 2006).

Con la constitución de 1991, se limitaron las facultades del poder ejecutivo, incorporando la elección de gobernadores y dotando a las gobernaciones de importantes recursos fiscales. Otorga la constitución un rol más activo en la formulación de políticas al restringir al poder ejecutivo para legislar por decreto (Stein et al., 2006).

Se comenzó a hablar de nuevas maneras de comercio, puesto que el neoliberalismo propaga la idea de que el libre comercio es condición necesaria para la sostenibilidad, por dos argumentos importantes: primero, la especialización de cada país en sus productos más rentables, lo cual influye en el descanso obligado de los suelos marginales y de los depósitos minerales más débiles y segundo, el cambio tecnológico incitado por la competencia conduce al uso de procesos más limpios de producción (Carrizosa, 2003).

Actualmente, la competencia global de productos agropecuarios, como el café y productos del trópico ha bajado el precio y desequilibrado el sistema; algunos de los productores agropecuarios han abandonado sus propiedades, o han conformado bandos para protegerlas. Muchos de ellos para sobrevivir, se han relacionado con la producción de heroína o cocaína. Continuamente, grupos campesinos desplazados por múltiples factores, llegan a las ciudades y aumentan los procesos de desempleo, congestión, pobreza, entre otros. La delincuencia común y la corrupción política crece en este ambiente y le proporciona argumentos a la insurrección para robar, secuestrar, asesinar e, incluso, hasta conducir al exilio a los más amenazados (Carrizosa, 2003).

Durante la presidencia de Alfonso López Michelsen, el Banco de la República proporcionó un gran respaldo a los grupos traficantes de droga de manera indirecta lo que ayudó a legalizar sus fortunas. La economía del tráfico de psicoactivos, se amplió rápidamente involucrando a importantes sectores de la sociedad, asimismo, se desarrollaron nuevas actividades como lavado de dólares, seguridad privada, entre otras. La sobreabundancia del dólar negro impidió ajustar la devaluación con la inflación interna al tiempo que, se dispara el superávit de divisas, en tal situación la

política proteccionista aplicada en los años setenta, se fue flexibilizando y en su lugar impuso la filosofía del consumo de lujo importado, la corrupción y la economía ilegal; esto fue favoreciendo, por primera vez, lo que denominaban la izquierda y los sindicatos como neoliberalismo (Fernández, 2002).

Según Vizcaíno (2006), los medios de comunicación, principalmente la televisión en Colombia, comienzan, en 1952, a partir de la presentación que se realizó en Barranquilla con la familia Cala; sin embargo, fue en 1954 bajo la administración del General Rojas Pinilla. En este momento el Estado tenía la responsabilidad del desarrollo social, económico y político del país.

La comunicación ha jugado un papel importante en las transformaciones sociales, por ejemplo, *Los héroes en Colombia sí existen*, fue una de las tantas estrategias que utilizó el gobierno de Uribe para movilizar narrativas preponderantes como la heroicidad, el nacionalismo, el miedo, la seguridad y la guerra, que buscaban crear cohesión. El lenguaje es sutil, demuestra lo tecnológico, las conversaciones son ratificadas en un mesías que traerá la paz para Colombia. Se suma también a esto, una serie de dramatizados televisivos de canales privados que narran las más famosas historias de violencia que ha sufrido Colombia, entre los más recientes, se encuentra *Pablo Escobar, El patrón del mal, El cartel de los sapos, La virgen de los sicarios*, entre otras, que llevan al usuario a considerar la historia de su país de manera superficial y nada crítica (Gordillo, 2014).

Más tarde, para el 25 de junio del 2010, estalla el llamado carrusel de la contratación, cuando, se revela una grabación que involucraba al contralor de Bogotá con la presunta negociación de comisiones con contratistas, a los pocos días la Fiscalía, la Procuraduría y la Corte Suprema de Justicia anunciaron la investigación para establecer la responsabilidad de Miguel Ángel Moralesrussi, contralor, al ex congresista Germán Olano, al senador Iván Moreno hermano del alcalde Samuel Moreno Rojas y a Miguel Nule empresario que por aquel entonces manejaba gran parte de la contratación en Bogotá. Para noviembre del mismo año, la Procuraduría tenía cargos contra 18 funcionarios y ex funcionarios del IDU, entre ellos Liliana Pardo Ex directora de la entidad. El 21 de diciembre, se embargaron los bienes de Samuel Moreno y Luis Eduardo Garzón por el contrato de la calle 26 adjudicado al grupo Nule (Caracol Radio, 2011).

Lo anterior permite contextualizar al lector en las variadas circunstancias que tuvieron mucha importancia, desde el siglo XVI al XXI, a la vez, que posibilita comprender los hechos históricos que han atravesado la vida de los principales autores y la influencia que estos eventos tuvieron para favorecer la difusión del yo, super yo y el ello, en la existencia del sujeto.

Incursión conceptual

Luego de haber realizado el recorrido a través de lo histórico y contextual, es de suma importancia ahondar un poco en la terminología que contribuye a desenlazar al yo moderno, desde diferentes autores, encontrando diversas funciones y correlacionando ciertos aspectos entre sí. De la misma manera, se ampliarán las definiciones desde los campos de la filosofía, la psicología, biología, antropología, el psicoanálisis, epistemología, entre otros. Con el objetivo, de que el lector pueda tener varios puntos de referencia para ubicar las distintas posturas.

Partiremos del concepto de realidad planteado por los sociólogos Berger & Luckmann (2013), quienes postulan en su trabajo que la realidad de la vida cotidiana se encuentra objetivada, desde antes del nacimiento del sujeto, o sea, esta constituida por un orden de objetos que se designaron de una u otra forma así, antes de que apareciera en escena la persona. Por ende, la herramienta más importante en la construcción de la realidad es el lenguaje que juega un papel fundamental en el diario vivir, proporciona frecuentemente las objetivaciones indispensables y dispone el orden dentro del cual éstas adquieren sentido y significado para el sujeto.

De esta manera, el lenguaje marca las coordenadas de la vida de cada individuo en la sociedad ocupándola de objetos significativos, y se organiza alrededor del “aquí” del cuerpo y el “ahora” del presente, es decir, el "aquí y ahora" son el foco de atención, es lo real de la conciencia, que se presta a la cotidianidad. Y aun así, la realidad no se agota por estas presencias inmediatas, sino que también puede abarcar fenómenos que van más allá del presente (Berger & Luckmann, 2013).

En esto está de acuerdo Giddens (1994), quien afirma que la realidad no es simplemente el aquí y el ahora, ni el contexto de la percepción sensible inmediata, sino la identidad y el cambio en lo ausente (alejado de la vista por el momento o, de hecho, no encontrado nunca sino meramente aceptado como algo que está <<ahí>>). Así pues, el aprendizaje de la realidad externa es en gran medida un asunto de experiencia mediada" P.60

Además, para Berger & Luckmann (2013), la realidad se muestra como un mundo intersubjetivo compartido con otros que le dan origen a partir de sus pensamientos y acciones; esta ya se encuentra validada no requiere verificaciones adicionales sobre su sola presencia y más allá de ella. Está ahí, sencillamente, como facticidad evidente de por sí e inevitable. "Sé que es real. Aun cuando pueda abrigar dudas acerca de su realidad, estoy obligado a suspender esas dudas puesto que existo rutinariamente en la vida cotidiana" (pág. 39).

Pero en contra posición, asegura Garavito (1997), que la realidad es impuesta por la cultura de manera espacio temporal y que de esta forma se maneja la existencia de los seres humanos, siguiendo códigos definidos y específicos. Por lo que quiere decir, que en ningún momento los individuos tienen la tarea de aportar nuevas construcciones de realidad, sino que se adaptan a las ya existentes.

Lo mismo piensa Guattari & Rolnik (2006), en el caso del capitalismo que es proyectado tanto en la realidad del mundo como a nivel psíquico en las personas, actuando sobre los esquemas de conducta, de acción, de gestualidad, de pensamiento, de sentido, de sentimiento, de afecto, entre otros; también, en los montajes de la percepción, de la memorización y en la modelización de las instancias intersubjetivas que el psicoanálisis ratifica en las categorías de Ego, Superego, Ideal del Ego.

Como fórmula Gergen (1992), el mundo factico es remplazado por el entretenimiento y la enajenación y la ganancia. Así lo expone el comentarista político Murray Edelman, los encargados de planificar las noticias, informar sobre ellas o editarlas, se ven estimulados a darles una forma que atraiga a la audiencia, y algunas veces a impulsar, con el contenido o la forma, interminadas interpretaciones. Los grupos económicos, los funcionarios públicos y los editores solo tienen objetivo claro que las noticias sean sensacionalistas. Así, pues, los elementos económicos, psicológicos e ideológicos se refuerzan mutuamente, en consecuencia, la realidad de las personas es manejada y moldeada.

Al haber una realidad predispuesta para cada ser humano, comienzan a surgir distintas enfermedades acuñadas a lo psíquico, como las que trabajó el psicoanalista Freud (1983), es el caso del neurótico, por ejemplo, no representa valor alguno la realidad objetiva y si únicamente la realidad psíquica que el mismo elabora; asimismo, un síntoma histérico se instaura en una fantasía y no en la reproducción de algo

verdaderamente vivido; por otro lado un sentimiento obsesivo de culpabilidad reposa en el hecho real de un mal propósito jamás llevado a cabo; estas indisposiciones anímicas se encuentran moderadas por la realidad cultural.

Opuesto a lo previo, Llinás (2003), explica que la función cerebral es la que elabora la realidad, por ende, algunas enfermedades neurológicas revelan que la capacidad de reconocer y de responder al mundo exterior puede alterarse de innumerables maneras, y estos trastornos nos permiten descubrir el sorprendente cooperativismo de la función cerebral. A la vez, el neurólogo colombiano, explica que las neuronas tiene la habilidad de unificar la realidad combinando los aspectos individuales fraccionados que cada de ellas posee; y que a este fenómeno de interrelación temporal, se le denomina coherencia temporal.

Igualmente, el sociólogo Giddens (1994), refiere que "Nuestro conocimiento de la realidad no nace de percibirla tal cual es sino como un resultado de las diferencias establecidas en la práctica diaria" (pág. 60). Con esto quiere decir, que las rutinas adquiridas en la primera infancia del ser humano y las formas de control asociadas a ella, son mucho más que simples modos de ajuste con un mundo previamente dado de personas y objetivos. Son elementos constitutivos de una aceptación emocional del mundo externo, sin la que sería imposible una existencia humana segura.

Ahora, se abordara el término de transcursividad que tiene inusitado interés para los planteamientos de la investigación. Esta concepción se toma del filósofo Garavito (1997), que la define como el forzamiento de la identidad en el que se atraviesa el grado máximo de intimidad psicológica de un yo identificado y el grado máximo de anterioridad lógica de un discurso organizado, dando lugar a la presentación de varias voces, o sea, es el recorrido pulsional que franquea diversidad de formas y que implica pluralidad de identidades. Por lo cual, no se encuentra situada espacialmente, no se organiza como forma, ni se constituye como identidad, porque este es su principal obstáculo, el cual quiere atravesar.

De igual modo, Garavito (1997), sostiene que el transcurso no está compuesto por todo aquello que pasa por un cerebro, sino por el conjunto de fuerzas y de factores que permiten la transformación que conduce a desprenderse de sí mismo. Puesto que, existe una discontinuidad de la conciencia y la actividad se registra a partir de la pluralización del yo sin tener en cuenta las determinaciones del otro.

Para comprender en detalle a lo que alude Garavito es necesario establecer el significado del yo, por esta razón, es importante comprender el significado que él mismo le da; el yo es como la presencia del otro en lo mismo, que cumple la función organizadora de entregar un individuo identificado y dispuesto a luchar, como en el caso del anacoreta, contra la tentación de multiplicidad.

Explica, James (como se citó en Garavito, 1997), que la identidad del yo psicológico es un enlazamiento de estados de conciencia que se mantienen a pesar de múltiples fuerzas que introducen el cambio y la discontinuidad. Desde, los referentes del cambio, el yo psicológico se abandona, sustituyéndose por otros yo, pero desde el punto de vista de lo permanente, se trata de un solo yo; para que suceda esto, se necesita del entrelazamiento de estados conscientes que permitan el reconocimiento.

No obstante el diccionario de psicoanálisis de Laplanche, Bertrand, & Lagache (2004), explica que el yo se encuentra en una relación de dependencia, tanto a las reivindicaciones del ello como a los imperativos del superyó y a las exigencias de la realidad. Aunque es mediador encargado de los intereses de la totalidad de la persona, su autonomía es relativa. Desde lo dinámico, el yo representa en el conflicto neurótico, el polo defensivo de la personalidad, motivado por la percepción de un afecto displicente. Desde lo económico, el yo aparece como un factor de ligazón de los procesos psíquicos; pero en las operaciones defensivas, las tentativas de ligar la energía pulsional se contamina de los caracteres que definen los procesos primarios adquiriendo un matiz compulsivo.

Asimismo, el psicoanalista Freud (1923) en su libro *El Yo y El Ello*, aclara que "Nos hemos formado la representación de una organización coherente de los procesos anímicos en una persona, y la llamamos su yo" (pág. 18). De este yo depende la conciencia, a la vez, gobierna los accesos a la motilidad y las descargas de las excitaciones en el mundo exterior. Es necesario subrayar, que del yo parten, también, las represiones a raíz de las cuales ciertos deseos anímicos deben excluirse no sólo de la conciencia, sino de las otras modalidades de vigencia y hacer. Se ha encontrado en el yo mismo algo que es inconsciente, que se comporta exactamente como lo reprimido, esto es, que exterioriza afectos intensos sin devenir a su vez consiente, y se necesita de una labor particular para hacerlo consciente.

Además, el yo se empeña en hacer valer sobre el ello el influjo del mundo exterior, así como sus intenciones propias; se afana por remplazar el principio de placer, que gobierna irrestrictamente en el ello; por el principio de realidad. Freud (1923) reitera que: "El yo es el representante {repräsentieren} de lo que puede llamarse razón y prudencia, por oposición al ello, que contiene las pasiones" (pág. 27). Todo esto concuerda con notorios distingos populares, pero sólo, se lo ha de entender como algo idealmente correcto

A lo que refiere al área de la filosofía "yo" ha sido usado con el artículo "el" en " el yo", o "el Yo". En este caso, "yo", o como se escribe más comúnmente, "el Yo", suele designar una realidad, correspondiente a la persona, a la conciencia, o a la identidad personal. "El Yo" comúnmente es entendido para la psicología como designando aquello que subyace a sus manifestaciones, esto es, a cualquier acto mental, o serie de actos mentales; ese yo es entendido entonces como una substancia que permanece, lo que quiere decir, que sigue siendo idéntica debajo de todos sus posibles actos (Ferrater, 2001).

Hablando epistemológicamente, el yo es una substancia cognoscente que generalmente forma una unidad o estructura, de actos conscientes actuales. En el caso del yo metafísico es habitualmente concebido, como una substancia que es más fundamental que toda realidad psicológica o epistemológica, o sea, como el alma. Aunque se ha hablado del yo cognoscente, emotivo o del volitivo, existe en sí, un yo que representa la unidad de todos los actos y que abarca todas las facultades (Ferrater, 2001).

Para el filósofo del criticismo, el señor Kant (2002), desarrolla un concepto trascendental del yo, lo que permite distinguir entre el yo psicológico (empírico), el yo epistemológico y el yo metafísico (alma). Este nuevo concepto es la unidad trascendental de la apercepción, entidad cuyo carácter objetivo la distingue del elemento subjetivo de la conciencia, lo que significa, según Kant, una determinación del sentido interno mediante la cual, lo diferente de la intuición se da empíricamente para agruparse de este modo.

Como lo menciona Freud, existe una dinámica entre el yo, el super-yo, y el ello, por esta razón, a continuación ahondaremos en la función del super-yo o ideal del yo, que al parecer es comparable a la de un juez con respecto al yo, considera la conciencia moral, la formación de ideales y la auto observación. Clásicamente se define el superyó como

el heredero del complejo de Edipo, se forma por interiorización de las prohibiciones parentales (Laplanche et al., 2004).

Refiere el psicoanalista Freud (1923) que "El superyó no es simplemente un residuo de las primeras elecciones de objeto del ello, sino que tiene también la significatividad {Bedeutung, <<valor direccional>>} de una enérgica formación reactiva frente al ello" (pág. 36). Su vínculo con el yo no se acaba en la adversidad: "<<Así (como el padre) debe ser>>" (pág. 36), sino que entiende a la vez, la prohibición: "<<Así (como el padre) no te es lícito ser">>" (pág. 36), lo que quiere decir, no puede hacer todo lo que él hace, muchas cosas le están reservadas. Por ende, el yo conservaría el carácter del padre, y cuanto más agudo, fue el complejo de Edipo y más rápido causó su represión (por el influjo de la autoridad, la doctrina religiosa, la enseñanza, la lectura), "tanto más riguroso devendrá después el imperio del superyó como conciencia moral, quizá también como sentimiento inconsciente de culpa, sobre el yo" (pág. 36).

Aclara Freud (1923) que "En el posterior circuito del desarrollo, maestros y autoridades fueron retomando el papel del padre; sus mandatos y prohibiciones han permanecido vigente en el ideal del yo y ahora ejercen, como conciencia moral, la censura moral."P.38

Esto refiere al imperativo de Kant (2013), que es una regla práctica dada aun así a cuya razón no determina enteramente a la voluntad. Tal regla revela la necesidad objetiva de la acción, de tal modo que la acción tendría lugar inevitablemente de acuerdo con la regla si la voluntad estuviera enteramente determinada por la razón. Éste es el motivo por el cual los imperativos son objetivamente válidos en oposición a las máximas, que son principios subjetivos, o sea, los imperativos categóricos establecen solo la voluntad, tanto si es adecuada al efecto como si no lo es.

Reanudaremos la exploración con el concepto del ello, que, según el diccionario de Laplanche et al. (2004), es el constituyente del polo pulsional de la personalidad; su expresión psíquica de las pulsiones son inconscientes, en parte innatas, hereditarias, reprimidas y adquiridas. Desde el referente económico, el ello es, para Freud, el reservorio primario de la energía psíquica; a partir del punto de vista dinámico, entra en conflicto con el yo y el super-yó que, desde lo genético, constituyen diferenciaciones de aquél.

Desde la visión de Freud (1923), "Lo reprimido sólo es segregado tajantemente del yo por las resistencias de represión, pero puede comunicar con el yo a través del ello" (pág. 26). De la doctrina de la represión Freud extrae el concepto de lo inconsciente.

De otro lado, desde el campo de la filosofía, Ferrater (2001) insinúa que se denomina inconsciente a lo que no ha penetrado, o que, por algún motivo, no tiene la posibilidad de acceder en el dominio de la conciencia. Con frecuencia para la psicología, lo inconsciente es el conjunto de estados o procesos que no son ilustrados por la conciencia; que tienen parte de la zona psíquica, pero aun así no son advertidos por el sujeto. Según el punto de vista de Ferrater, para el psicoanálisis lo inconsciente termina siendo la capa más profunda de los procesos psíquicos, eso es, la región oscura de la psique, en contra posición a la claridad y brillantes de la conciencia y casi de lo subconsciente. Por esta razón, estos tres conceptos definen el perfil general de la vida psíquica.

A partir de este planteamiento, no todos los procesos inconscientes llegan a ser conscientes, sino a la inversa, la parte más formidable de la vida anímica se desenvuelve en lo inconsciente, sea que esté ejerciendo una constante presión sobre la conciencia, la cual censura o no los actos; o determinando la conciencia misma sin que ésta lo advierta (Ferrater, 2001).

Sin embargo, en tiempos pasados de la psicología se consideraba que los procesos mentales eran siempre conscientes, lo que significaba, que el yo coexistía con la conciencia; pero esto lo debatió el señor Freud, quien insistía que tal equivalencia formaría un prejuicio inadmisibles para el buen entendimiento de los procesos psíquicos y que admitir la existencia de procesos mentales inconscientes representaba un paso definitivo hacia una nueva orientación en las ciencias y el mundo. Con esto está de acuerdo Jacques Lacan, aludiendo a que el inconsciente desempeña un papel fundamental, debido a que en el juego de los significantes entre los niveles conscientes e inconsciente se produce la descentralización del sujeto, así como la relación no explícita por el sujeto, entre el otro y el deseo (Ferrater, 2001).

No obstante, fenomenólogos como Sartre y Heidegger, rechazaron la postura freudiana de lo inconsciente por considerar que no valía la pena hablar de procesos mentales inconscientes, ya que todo objeto, en cuanto objeto intencional, lo es de una conciencia;

y aun si hubiese inconsciente, tales actos serían objetos premeditados de la conciencia (Ferrater, 2001).

Para contextualizar al lector con las anteriores nociones, es de suma relevancia abordar lo referente a la identidad y al sujeto. Afirma Freud (1983) que la identificación “es conocida en el psicoanálisis como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona, y desempeña un importante papel en la prehistoria del complejo de Edipo” (pág. 42). Con esto quiere decir que el niño muestra dos órdenes de enlace psicológicamente diferentes; el primero, francamente sexual, dirigido a la madre; el segundo, una identificación con el padre al que considera como modelo de imitación; el padre es lo que el niño quisiera ser y la elección del mismo como objeto sexual es lo que quisiera tener.

Incluso, la identificación es siempre posible antes de toda elección de objeto; el niño anhela construir el propio yo análogamente al otro, tomándolo como modelo; esto representa la forma más temprana y primitiva del enlace afectivo. Sucede reiteradamente, que en la elección de objeto, deviene una nueva identificación, absorbiendo el yo las cualidades del objeto; pero lo único claro es que en estas identificaciones el infante copia el yo, unas veces, a la persona no amada, y otras, en cambio, a la amada (Freud, 1983).

De modo similar lo explica Laplanche et al. (2004), pues la identificación es el proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un atributo de otro, total o parcialmente; es por esto que la personalidad se constituye y se diferencia a través de una serie de identificaciones que viene desarrollando el sujeto a través de las circunstancias.

Antes de todo, es imprescindible conocer el sustantivo identificación en un sentido transitivo, que corresponde al verbo identificar, y un sentido reflexivo con el verbo identificarse. Esta distinción se halla en los dos sentidos del término que diferencia Lalonde; uno de ellos es la acción de identificar, de reconocer como idéntico, puede ser, numéricamente o en su naturaleza, se reconoce un objeto como perteneciente a una determinada clase; el otro, como acto del cual un individuo se vuelve idéntico a otros (Laplanche et al., 2004).

En algún momento, Ferrater (2001) exponía que el principio de causalidad para Mayerson era el principio de identidad aplicado a la existencia de los objetos en el

tiempo, y es el caso más característico de esta identificación a que tiende tanto la ciencia como el pensamiento habitual.

Este término va muy ligado al de sujeto que se conoce como <<concepto-sujeto>> y se menciona a un objeto que es desde el punto de vista ontológico, el objeto-sujeto. Este objeto-sujeto es denominado también, a menudo como objeto, pues constituye todo lo que puede ser sujeto de un juicio. Aunque, existen ciertas confusiones comunes entre "sujeto y "objeto", estas pueden ser eliminadas mediante la comprensión de que ontológicamente todo objeto puede ser sujeto de juicio, es decir, mediante la advertencia de que "sujeto" y "objeto" pueden designar dos aspectos del <<objeto-sujeto>>. En efecto, este último puede no ser exclusivamente la primera substancia, el ser individual, sino que puede ser cualquiera de las realidades clasificadas por la teoría del objeto, o sea, un ser real, ideal, una entidad metafísica o un valor (Ferrater, 2001).

Un claro ejemplo de lo planteado previamente se halla en el Contrato Social de Rousseau (1999), donde especifica que el hombre pierde su libertad natural y el derecho limitado a todo cuanto desea y puede alcanzar, ganando en cambio la libertad civil y la propiedad de lo que posee. El hombre se encuentra sujetado al contrato con el fin de protegerlo de su libertad natural, así lo precisa el señor Hobbes (1987): "En definitiva, el motivo y fin por el cual se establece esta renuncia y transferencia de derecho no es otro sino la seguridad de una persona humana" (pág. 131).

Por otro lado, desde lo gnoseológico, el sujeto es el sujeto cognoscente, el que es definido como <<sujeto para un objeto>> a favor de la correlación sujeto-objeto que se da en todo fenómeno del conocimiento y que, sin negar su mutua independencia, hace imposible la exclusión de uno de las unidades (Ferrater, 2001).

Por último, profundizaremos en el tema del individuo, que es el punto central del proyecto de grado. Iniciaremos por la ubicación que le proporciona el psicoanalista Freud (1923), "Un in-dividuo {Individuum} es ahora para nosotros un ello psíquico, no conocido {no discernido} e inconsciente, sobre el cual, como una superficie se asienta el yo, desarrollado desde el sistema P como si fuera su núcleo" (págs. 25-26). Por ende, lo que en la vida anímica individual ha concernido a lo más profundo, deviene, por la formación de ideal, lo más sublime del alma humana en el sentido de la escala de valoración.

Más tarde Freud (1983), define que la psicología individual estudia al hombre aislado e investiga los senderos por los que el mismo pretende alcanzar la satisfacción de sus instintos, sin embargo, muy pocas veces y bajo determinadas circunstancias excepcionales le es dado prescindir de las relaciones del individuo con su sociedad.

Porque cada individuo forma parte de varias masas a las que se halla adherido, por identificación, en muy distintas formas y ha construido su ideal del yo acorde con los más variados modelos. Este individuo renuncia a su ideal del yo, troncándolo por el ideal de la masa, encarnado en el caudillo⁴; aquellos otros individuos cuyo ideal del yo no se topa como una encarnación en la persona del jefe por completo satisfactoria, son arrastrados, luego, sugestivamente, esto es, por identificación (Freud,1983).

Ahora, se detallará el vocablo latino Individuum que designa algo a la vez in-diviso e in-divisible. Empero, aunque se dice que el individuo es algo indiviso, eso no quiere decir que es necesariamente indivisible. Pero esta premisa se disuelve, tan pronto como se divide un individuo, éste desaparece como tal. Lo mismo, afirma Séneca, quien define los individuos como entidades en las que nada puede separarse sin dejar de ser. Este no es necesariamente un ser singular y aislado, único, en relación con los demás, es decir, un ser que exista una sola vez (Ferrater, 2001).

El autor Duns Escoto hizo notar que la concepción de individuo contiene, por lo menos, dos principios; por un lado, su naturaleza, y por el otro, su entidad individuante, entre las cuales no hay distinción real, ni mucho menos racional; más bien, formal. Para Kant, la noción de individualidad está determinada por la aplicación empírica de diversas categorías. En el caso de Hegel, el individuo meramente particular es imperfecto, solo en el proceso del desenvolvimiento dialéctico alcanza el individuo a superar la negatividad de su ser abstracto. En lo que refiere, al campo biológico, se denomina individuo a un conjunto de células interrelacionadas y espacio-temporalmente distinguibles de otro conjunto de células de estructura parecida. Con esta premisa, se hace habitualmente la distinción entre individuo y especie (Ferrater, 2001).

Se ha finalizado el recorrido conceptual de los términos de mayor relevancia, usados en este proyecto y, que a la vez, es necesario dilucidar para comprender su función y relación mutua. Por lo tanto, es de esperar que con este abordaje se hubiese podido esclarecer ciertas dudas y concretar la terminología que se utilizó para la investigación.

⁴ Persona que guía y manda a un grupo de personas, especialmente a un ejército o gente armada.

CAPÍTULO 2.

LA AGONÍA DEL YO EN LA POSMODERNIDAD LÍQUIDA

¿Qué es el hombre dentro de la naturaleza?

Nada con respecto al infinito.

Todo con respecto a la nada.

Un intermedio entre la nada y el todo.

Blaise Pascal

Con la llegada del siglo XX, comienza una nueva etapa para el yo moderno creado por Descartes en el siglo XVIII. A esta nueva era se le denomina la posmodernidad, época que abarca la mitad del siglo XX hasta hoy. Este momento tiene, sin duda, grandes avances en ciencia, tecnología, psicología, física, química, astronomía, entre otros. Por esta misma razón, el sujeto, también, sufre de diversos cambios provistos por la sociedad líquida en la que se sumerge constantemente.

A partir de los recientes cambios, las actuales posturas y los novedosos desarrollos culturales, el yo llega a su más alta cima de fragmentación, es decir, podemos visualizar un yo que fractura la mente en retazos creando, de esta forma, numerosas identidades ¿Qué sucede cuando un sujeto se encuentra con diferentes identidades?, ¿Cómo se genera la descomposición del yo?, ¿Cuál el propósito de la fragmentación? Estas y otras preguntas nos llevan a comenzar este recorrido por la posmodernidad.

Para resumir, en el primer capítulo se expuso el surgimiento del yo, construido por Descartes, el cual, abre paso a los tiempos Modernos; luego, el distinguido filósofo del criticismo, Kant, elabora minuciosamente la segunda estrategia de configuración del yo, el super yo, que se instaura con el imperativo categórico, el deber ser del sujeto; y, más tarde, Freud que, aunque no hace parte de la modernidad, sino más bien se encuentra en el tránsito entre ésta y el posmodernismo, cimienta las bases que dan lugar al inconsciente, el ello; este espacio de catarsis permite al hombre que se encuentra reprimido desbordar toda su energía y liberar, así, lo que ellos llaman la bestia.

A continuación, se expondrá el recorrido final del yo moderno y el comienzo de una nueva era, en donde no habrá cabida para la biología del ser humano, ni del mundo natural, en pocas palabras, la completa y dramática transformación del mundo, como lo conocemos hasta hora.

Comenzaremos en el punto de la finalización de la segunda guerra mundial, donde aparecen nuevas corrientes filosóficas que intentan comprender al hombre desde otras dimensiones; es el caso del existencialismo creado por Jean Paul Sartre, que expone sus argumentos en la obra *El Existencialismo es un Humanismo* (1946). En este documento pretende defender el existencialismo de algunos reproches y destacar dos versiones de este enfoque.

Estas maneras de concebir la existencia conduce a distintos reclamos, como por ejemplo, el de invitar a las personas al quietismo desesperante, dar relevancia a las cosas turbias y sordidas de la vida humana, o el de ignorar los mandamientos divinos dejando al hombre hacer lo que le plazca, sin importar nada. Y versiones tales como el del existencialismo cristiano y el existencialismo ateo, entre los que él se incluye; y a Heidegger. La idea a debatir es si la existencia precede a la esencia, o al revés. Ya que, el afirma que no hay naturaleza humana porque no existe un Dios para concebirla; más bien, el hombre no es otra cosa que lo que él hace de sí mismo. Para Sartre, el hombre es ante todo un proyecto que se vive subjetivamente, puesto que nada existe anteriormente a éste; y el hombre será, ante todo, lo que habrá proyectado ser, no lo que quiera ser.

Esto se da porque el querer es una decisión consciente, que sería posterior a lo que el hombre ha hecho de sí mismo. En efecto, si la existencia precede a la esencia el hombre es totalmente responsable de lo que es. Por ende, la primera etapa del existencialismo es poner a todo hombre a cargo de lo que es y fijar sobre él la responsabilidad total de su existencia; y no solo la de él, como individuo, sino el compromiso con todos los hombres. Por esta razón, el existencialismo es una doctrina que hace posible la vida humana y que a la vez, declara que toda verdad y toda acción involucra un medio y una subjetividad.

Ese subjetivismo, en una primera definición, puede ser, por una parte, elección del sujeto individual y, por otro lado, la imposibilidad para el hombre de sobrepasar la subjetividad humana. En un sentido profundo del existencialismo, al decir que cada hombre se elige, también, conlleva a elegir a todos los hombres; lo que quiere decir, que al elegir el hombre sus actos crea al mismo tiempo una imagen de ese hombre que debería ser socialmente. Esa elección que se realiza siempre es buena y nada puede ser bien para el hombre sin serlo para todos.

Otra de las diferencias con el existencialismo cristiano es que, si Dios no existe, todo estaría permitido y, con esta premisa parte el existencialismo sartriano al decir que todo está aprobado y que el hombre está abandonado; sin encontrar a qué aferrarse, esto significa que, al ser la existencia la que preceda a la esencia, no se podrá hablar de un determinismo natural humano; dicho de otra forma, el individuo es libre y a la vez es libertad. Sin embargo, él sostiene que el hombre está condenado a ser libre, refiriéndose con esta frase a que se encuentra condenado, porque no se ha creado así mismo y, por otro lado, es completamente libre y responsable de sus actos.

Y, al no existir ninguna naturaleza humana, no se puede confiar en la bondad humana o en el interés del hombre por el bienestar social. Esto no equivale a abandonarse al quietismo, porque Sartre explica que solo hay realidad en la acción y como el hombre es nada más que su proyecto, no existe más que en la medida en que se realiza, o sea, que el destino del hombre está en el mismo.

Con esto intenta exponer demostrar que el hombre no es más que una serie de empresas, que es la organización, el conjunto de las relaciones que constituyen estas compañías. Hace referencia a que el hombre elige lo que quiere ser, tiene la posibilidad de cambiar el rumbo de su existencia, puede pasar de ser un cobarde a un héroe, lo que importa es el compromiso total y no las falsas esperanzas; y esto no es un frío y absurdo pesimismo, sino más bien una dureza optimista.

Afirma Sartre que el punto de partida del existencialismo es la subjetividad, y no puede haber otra verdad que “pienso, luego soy”. Para él esta es la verdad absoluta de la conciencia percibiéndose a sí misma, todo fuera del cogito cartesiano, es considerado tan solo probable, y un conjunto de probabilidades que no está fundado en una verdad se hunde en la nada, significa que para definir lo probable hay que tener lo verdadero.

Este postulado existencialista intenta dar una dignidad al hombre y no verlo como objeto; por el contrario, el materialismo tiene por objeto tratar a todos los hombres a partir de un conjunto de reacciones determinadas que en nada se diferencian del conjunto de cualidades y fenómenos que componen una mesa o cualquier otro elemento inerte.

Por su puesto, esa subjetividad que se alcanza a modo de verdad no es completamente individual, puesto que Sartre demostró que con el cogito cartesiano uno no se descubre solamente a sí mismo, sino también a los otros. Por el “yo pienso” opuestamente a la

filosofía de Descartes y Kant, nos captamos a nosotros mismos frente a los otros y por ende, el otro es tan cierto para nosotros como nosotros mismos, lo que quiere decir, el hombre que se entiende directamente por el cogito, descubre al tiempo a todos los otros y estos son la condición de su existencia.

En resumidas cuentas para obtener una verdad sobre sí mismo es necesario que pase por otro. O sea, que el otro es indispensable a esa existencia tanto como el conocimiento que posea de sí mismo. Dice Sartre (1946), “En estas condiciones, el descubrimiento de mi intimidad me descubre al mismo tiempo el otro, como una libertad colocada frente a mí, que no piensa y que no quiere sino por o contra mí” (pág. 14). A esto lo denominó intersubjetividad y en este mundo la persona decide lo que es y lo que son los otros que le rodean.

Aclara Sartre que es imposible hallar en cada hombre una esencia universal que organice la naturaleza humana, aunque, existe una condición universal humana; esta es el conjunto de los límites a priori que esquematizan su situación principal en el universo. Las circunstancias varían: el hombre puede nacer esclavo en una sociedad pagana, proletario o señor feudal; lo único que no cambia es la necesidad, para él, de ubicarse en el mundo, de encontrarse en el trabajo, allí, en medio de los otros y de ser mortal. Estos límites tienen un perfil objetivo y uno subjetivo; el primero, porque se encuentran todos y son absolutamente reconocibles; y, en el segundo, son vividos y no existirían si el hombre no los viviera, esto es, si no se estableciera libremente en su existencia por relación a ellos.

En conclusión, el existencialismo sartreano no busca hundir de ninguna forma al hombre en la frustración y desesperación de su ser. Por el contrario, clama que es necesario que el hombre se encuentre a sí mismo y se convenza de que nada puede salvarlo de sí mismo. De esta manera, el existencialismo es un optimismo, que implica un sentido de acción que hace posible la vida del hombre.

Con este personaje se comienza a vislumbrar la nueva proyección del yo moderno como un yo fragmentado, aunque, se refiere a Descartes, para contrastar su postura existencial en la cual defiende al hombre desde sujeto y no objeto, describiendo la importancia que tiene la subjetividad por encima de la objetividad que defendían a capa y espada los modernos. Esto acontece porque Sartre se da cuenta de que es una amenaza la idea

dualista, “el en sí” cartesiano, mientras que el plantea “el para sí”, que quiebra toda rigidez racional y permite hablar de la subjetividad e intersubjetividad.

Más tarde el sociólogo Anthony Giddens, con su libro *Modernidad e Identidad del Yo. El Yo y la Sociedad de la Época Contemporánea* (1994), refiere qué aspectos muy triviales de la acción y el discurso diarios se encuentran acechados por el caos; y este no es solo desorganización, sino la ausencia de sentimientos de la realidad misma de las cosas y de los otros. Acudir a la demanda cotidiana más simple y dar respuesta a la observación más simple exige una serie de posibilidades con que cuenta el individuo; lo que hace apropiada una respuesta dada requiere de un marco comparativo, empero, no demostrable de realidad.

Igualmente, la vida del ser humano pasa por diferentes cuestiones relativas al tiempo, espacio, identidad y continuidad, que se denominan existenciales, de algún período de crisis filosófica. De esta forma, las existencias suponen una adaptación implícita de las categorías de duración y extensión, junto con la identidad de los objetos de las demás personas.

Por esta razón, según Giddens, la confianza en los hilos existenciales de la realidad en un sentido emocional y hasta cognitivo, se basa en una certidumbre, en la fiabilidad del hombre adquirida en la vivencia temprana de la niñez; lo que Erickson denominó confianza básica, haciéndose eco de Winnicott, forma el nexo original del que surge una orientación hacia los demás, hacia el mundo objetivo y la identidad humana que transforma lo emotivo con lo cognitivo.

Con esto, la experiencia de la confianza básica es el centro de la esperanza, de la que habla Bloch y se encuentra en el fundamento de lo que Tillich, denomina el coraje de existir. Aclara Giddens que la confianza básica se desenvuelve por los vínculos afectuosos de los primeros cuidadores; de esta manera se enlaza decisivamente la identidad del yo a la estimación que se tiene de los demás. Aunque existe esa reciprocidad con los cuidadores, se trata de una sociedad inconsistente que precede a la aparición de un “yo” y de un “mi” y es el paso previo de divergencias entre ambos.

Giddens plantea que la confianza básica está conectada, esencialmente, con la estructuración interpersonal del espacio y el tiempo, es decir, que la conciencia de la identidad diferenciada de las figuras parentales tiene partida en la aceptación emocional de la ausencia. Es la fe puesta en que los cuidadores regresarán, aunque no se hallen ya

en presencia del pequeño. Esto se forja mediante lo que Winnicott espacio denomina potencial, o sea, un fenómeno espacio temporal.

En definitiva, el espacio potencial se construye como medio por el que el niño pasa de la omnipotencia a la comprensión del principio de realidad. Pero, aquí realidad no es entendida comúnmente como un mundo de objetos dado, sino un conjunto de experiencias organizadas constitutivamente por el vínculo bilateral entre el niño y los cuidadores.

Al construir esa confianza, el niño con sus cuidadores, podría suponerse que servirá como un tipo de vacunación emocional contra las angustias existenciales, por ejemplo, protección contra amenazas y riesgos futuros que permiten quizás al individuo mantener la esperanza frente a diferentes situaciones debilitadoras que tenga que afrontar luego. Con respecto a Giddens, la confianza básica se manifiesta como un dispositivo de seguridad de las circunstancias de la acción e interacción. Consiste en un apoyo emocional de coraza defensiva que todos los humanos llevan consigo como medio que les ayuda a salir vencedores en los asuntos de la vida cotidiana.

Por otra parte, al insistir en la interdependencia entre las rutinas presupuestadas y la seguridad ontológica, Giddens no quiere decir que el sentimiento de la “bondad de las cosas” derive de un apego a los hábitos. Por el contrario, una sumisión a los rituales establecidos es una señal fuerte de compulsión neurótica. Esta tiene su origen en la capacidad del niño de abrir o no un espacio potencial y desenvolver arduamente una confianza básica.

Para lograrlo necesita de la creatividad que significa la capacidad para actuar o pensar de manera novedosa en relación con los modelos preestablecidos. Asimismo, la confianza es en un cierto sentido creativa por su misma naturaleza, pues involucra un compromiso que es un “salto a lo desconocido”, es decir, implica una disposición a aceptar experiencias nuevas.

Por consiguiente, si los individuos no pueden vivir creativamente, debido a la actividad compulsiva de hábitos o por ser inexpertos o inútiles en atribuir una solidez plena a las personas y objetos que los rodean, es bastante probable que terminen sumergidos en la melancolía crónica, o peor aún, en la esquizofrenia.

Es por eso que la instauración de la confianza básica determina la elaboración tanto de la identidad del yo como de las demás personas y objetos. Este espacio potencias construido por el pequeño y sus cuidadores permite los medios para rechazar el objeto extraño como “no yo”. En cambio, como ha sugerido Giddens, el espacio que deja la aparición de un “no yo”, por separación, concuerda con el estadio de divorcio alcanzado por el adulto en cierto momento de la psicoterapia.

Del mismo modo, la impresión de no realidad que puede desafiar las vidas de los individuos cuya infancia temprana se desarrolló pobremente la confianza básica puede tomar diferentes formas. Aquellas personas consiguen percibir que el mundo objetivo u otras personas tienen una existencia difusa o ser incapaces de conservar un sentido organizado de continuidad de la identidad del yo.

Con relación a la angustia, explica Giddens que se ha de entender en relación con el sistema de seguridad global que el individuo despliega, y no solo como fenómeno situacional específico enlazado a unos riesgos precisos. Este difiere del miedo, que es una respuesta a un peligro concreto y tiene, así, un objeto definido; en efecto, la angustia es un estado generalizado de las emociones de la persona. Señala Freud que la medida en que se capte angustia, en alguna circunstancia, dependerá, en buena parte, del conocimiento de poder de un individuo con referencia al mundo externo.

Por lo tanto, la angustia es, en esencia, un miedo que ha perdido su objeto debido a presiones emocionales instauradas inconscientemente y que esbozan peligros internos, más que advertencias externas. Para esto, las personas instituyen un marco de seguridad ontológica basado en variadas rutinas, ya que recurren a fórmulas emocionales y de comportamiento que han pasado a ser parte del pensamiento cotidiano.

Para que se de origen a la angustia, aclara Giddens, ésta se ha debido experimentar por medio de un sentimiento ficticio de desaprobación del cuidador, mucho antes de que se amplíen las respuestas a la desaprobación del otro, conscientemente creadas. Al aparecer, la angustia amenaza con la conciencia de la identidad del yo, que se ensombrece en relación con los atributos integrales del mundo de los objetos. El individuo advierte el yo en relación con un mundo de seres humanos y objetos, cognitivamente ordenados por medio de la confianza básica, solo así, en función del sistema de seguridad, se origina el sentimiento de seguridad ontológica.

Es importante hacer notar que para el individuo, ser, es tener conciencia ontológica, que no es lo mismo que conciencia de la identidad del yo, aunque su relación sea muy íntima en la experiencia evolutiva del niño. La batalla del ser contra el no ser es la tarea continua del individuo; que no radica en aceptar la realidad, sino en crear puntos de referencia ontológica como un elemento integral del “salir adelante” en los momentos diarios de la vida. Así pues, la muerte subjetiva no es, ni más ni menos, que la transición del ser al no ser, y el miedo que se crea al no ser es una de las angustias primordiales del niño ante el sentimiento de pérdida.

Y dado que el yo es un elemento un tanto amorfo, la identidad del yo no puede referirse únicamente a su persistencia en la prolongación del tiempo, en el sentido que proveerían los filósofos a la identidad de los objetos. La identidad del yo, en comparación con el yo, en cuanto fenómeno genérico, presupone conciencia refleja. Es aquello de lo que es consciente el individuo en la noción, “conciencia del yo”, es decir, la identidad del yo, no es algo dado como resultado de las continuidades de la técnica de acción personal, sino algo que ha de ser inventado y sostenido cotidianamente en las actividades reflejas del individuo.

Es de suma importancia comprender que el yo es un conector lingüístico que toma su significado de las relaciones de término por las que se adquiere un sistema discursivo de subjetividad. La habilidad para utilizar el yo y demás conceptos asociados de subjetividad es una condición para que aparezca la conciencia del yo, aunque no la defina en cuanto tal.

Esta identidad del yo no viene siendo un aspecto distintivo, ni mucho menos un conjunto de elementos poseídos por el individuo. Más bien, es el yo ilustrado reflexivamente por la persona en función de su biografía. De esta manera, identidad supone continuidad en el tiempo y el espacio; pero, la identidad del yo es esa permanencia interpretada reflejamente por el emisario; lo que incluye el mecanismo cognitivo de la personalidad. Por ende, ser una persona no es solamente ser un acto reflejo, sino poseer una definición de persona en su manejo del yo y a los otros.

Obviamente, el término “persona” cambia, por supuesto, de una cultura a otra, permaneciendo, sin embargo, elementos de esa premisa, comunes a todas las culturas. El talento para utilizar el yo en contextos cambiantes es el rasgo fundamental de las concepciones reflejas de la personalidad. Por esto Giddens aconseja que la mejor

manera de analizar la identidad del yo, en la mayoría de los casos, es compararla con los individuos cuyo sentido del yo está trastornado. Y recordar que la identidad de una persona no se halla en el comportamiento, ni en las reacciones de los otros, sino en la competencia para llevar a cabo una crónica particular.

Finalmente, un sentido estable de la identidad del yo admite los otros elementos de la seguridad ontológica, aprobación de la realidad de las cosas y de los demás, a pesar de que no deriva directamente de ellos. Al mismo tiempo que hay aspectos existenciales de la seguridad ontológica, las impresiones de identidad del yo son, a la vez, frágiles y fuertes. Frágiles, porque la biografía que el individuo guarda reflejamente en la mente es simplemente una historia; entre otras historias probables que podrían ser referidas acerca de su evolución en cuanto yo; y robustas, porque casi siempre se conserva con bastante seguridad un sentimiento de identidad del yo como para sortear tensiones o cambios significativos del medio social en el que se moviliza la persona.

Por otro lado, Foucault analizó el cuerpo en concordancia con los mecanismos de poder, focalizándose en específico en la aparición del poder disciplinario en condiciones de modernidad. El cuerpo se convierte en el punto óptico del poder y este en vez de tratar de marcarlo externamente, como ocurría en épocas pre-modernas, lo somete a una disciplina interna de autocontrol. Según la representación trazada por Foucault, los mecanismos rígidos provocan cuerpos dóciles.

Puede suceder que el individuo, en realidad, se sienta invisible para los demás, pues el cuerpo deja de ser el vehículo del yo. Por este motivo, Giddens muestra que la ropa juega un papel primordial en todas las culturas, es evidente que se convierte en instrumento de exhibición simbólica, busca dar forma externa a la crónica de la identidad del yo; y en consecuencia las modas son gran relevancia para la identidad del yo, puesto que conectan hábitos con aspectos concretos de la apariencia corporal.

El autor Laing describe cuatro tipos de la patología de la persona con el falso yo; la primera, el sistema del falso yo se hace progresivamente más envolvente y omnipresente; segundo, se independizan cada vez más de las rutinas corporales; tercero, se siente hostigado por fragmentos de conducta compulsiva; y, por último, las acciones del cuerpo se resaltan progresivamente muertas, ilusorios, falsas y automáticas.

Antes que nada, Giddens sugiere que la identidad del yo es un problema moderno, que de pronto, tiene sus orígenes en el individualismo occidental. La imagen de que toda

persona posee un carácter singular y aptitudes especiales, susceptibles o no de realizarse, es extraña a la cultura pre-moderna. Al contrario en la Europa medieval el género, el rango social y otras características decisivas para la identidad estaban respectivamente asentadas. Y aunque, se producían diversos cambios a lo largo de los estadios de la vida, estos se encontraban direccionados por procesos institucionalizados y el rol del individuo en ellos era parcialmente inerte.

Por decirlo así, en cierto sentido, comenta Durkheim, que el individuo no existe en las culturas tradicionales, pues no hay elogios hacia la individualidad. Tan solo con la aparición de las sociedades modernas y más definidamente, con la división de trabajo, el individuo se convierte en foco de atención. Pero, para Giddens, el origen de la existencia del individuo y la del yo no se halla arraigada a la modernidad, sino más bien, a los puntos de referencia que están fundados desde adentro, en función de cómo el individuo construye y reconstruye su historia de vida.

Giddens propone descomponer estos aspectos en detalles más agudos; por ejemplo, del esbozo que realiza Rainwater sobre lo que es la psicoterapia se podrían extraer los siguientes componentes:

1. El yo esta visto como un proyecto reflejo del que es responsable el individuo, es decir, somos lo que nos hacemos; el conocimiento propio está sometido al propósito más incluyente de reedificar un sentido de identidad coherente.
2. El yo realiza una trayectoria de desenvolvimiento del pasado a un futuro previo. Este recorrido del yo tiene una coherencia de conciencia cognitiva de las diversas fases del tiempo.
3. La reflexividad del yo es continua, puesto que, en cada momento, se exige al individuo que se pregunte a sí mismo por lo que sucede.
4. La identidad del yo como lógica, supone una crónica del yo, donde un diario por ejemplo, permite mantener un sentimiento integrado del yo.
5. La actuación del yo implica el control del tiempo, por ende, es necesario mantener diálogo con el tiempo para alcanzar la autorrealización.

También, se encuentra que,

6. La reflexividad del yo se extiende al cuerpo como parte de un sistema de acción más que de un objeto pasivo.
7. Al desprenderse del pasado genera una multiplicidad de oportunidades para el desarrollo propio, lo que quiere decir, que el yo se entiende como un equilibrio entre oportunidad y riesgo.
8. La ruta moral de realización del yo es de autenticidad y se basa en ser fiel a uno mismo, esto se refiere, a que el progreso personal depende de la superación de tensiones emocionales.
9. El

proceso de la vida se contempla como un vínculo de pasajes que no están regularizados. 10. La línea de desarrollo del yo es internamente referencial. La integridad personal nace del yo auténtico y del conjunto de experiencias en la crónica del desarrollo del yo. Todo esto indica algo real en torno al yo y a su identidad en el mundo contemporáneo.

Es indispensable comprender que el yo de la modernidad reciente no es un yo minúsculo, sino que los hábitos de seguridad están atravesados, a veces de manera dócil y, otras, turbadoras, por fuentes de malestar generalizadas. Ya que pueden combinarse sentimientos de inquietud, desesperación y malos augurios con la fe en la seguridad de ciertas formas del marco técnico social.

Es que el vivir en el mundo de la modernidad tardía⁵, conlleva diferentes tensiones y dificultades particulares en el yo. Giddens, sugiere analizarlas más fácilmente, si se interpretan como dilemas que pueden resolverse, de una u otra forma, a fin de conservar una crónica congruente de la identidad del yo.

No obstante, la modernidad fragmenta, pero a la vez une; desde el individuo hasta los compuestos de los sistemas planetarios, las disposiciones que llevan a la dispersión compiten con las que impulsan la integración. En lo que refiere al yo, el problema de la unión perjudica al cuidado y reedificación de las crónicas de la identidad del yo frente a los cambios intensivos y extensiones provocadas por la modernidad.

Lo que alude a la fragmentación tiende a verse estimulada por la transformación de las circunstancias de la interacción. En otras palabras, los individuos, en momentos modernos, se ven envueltos en una pluralidad de encuentros y ambientes, cada uno de los cuales puede requerir distintas formas de conducta apropiada. Se tiene en cuenta al autor Goffman, teorizador de este fenómeno, quien comenta que un individuo está en la capacidad de dejar un acercamiento e iniciar otro, acomodando, sencillamente, la presentación de su yo en favor de lo que se exija en cada momento preciso.

En virtud de ello se cree rutinariamente que esta elucidación implica en el individuo tantos yoes como contextos contrarios de interacción y opinión, que se parece en algo a las interpretaciones posestructuralistas del yo, si bien desde una perspectiva teórica diferente.

⁵ O también conocida como modernidad líquida.

Con referencia a este dilema de unificación en oposición a fragmentación tiene sus propias patologías, opina Giddens; por una parte, existen personas que constituyen su identidad en perspectiva de un conjunto de objetivos asentados que sirven como destilador mediante el cual, se entienden distintos ámbitos sociales. Un ser humano de esta manera será tradicionalista, rígido, auto controlador, compulsivo y se opondrá a cualquier tipo de transformación circunstancial. Por otro lado, en el caso de un yo que se diluye en las alteradas circunstancias de la acción responderá adaptativamente a la conformidad autoritaria, como lo afirma Erich Fromm.

Lo que quiere decir Fromm es que el individuo, se aparta de él mismo y acoge por completo el tiempo de personalidad que imponen las pautas culturales, o sea, se convierte en una réplica idéntica de lo que son los otros y de lo que estos esperan que sea. Este mecanismo es comparado al camuflaje que utilizan ciertos animales como prevención, en el cual, sus atributos son tan similares a su contexto que apenas se distinguen de él.

Podría afirmarse que el falso yo se impone a las acciones nuevas de pensar, sentir y querer que encarnan los motivos ciertos del individuo y los esconden por completo. Lo poco que queda del yo verdadero se siente solo y falto de naturalidad; aunque, este vacío no puede llenarse con “seudo-yoes” que el individuo pone en marcha en situaciones diversas, pues el origen de estos es tanto la ansiedad de las respuestas dadas por los demás como los principios íntimos de la persona.

Como indica Giddens, hay un argumento esencial que une a casi todos los teóricos que han escrito acerca del yo en la sociedad moderna y es la afirmación de que ante un universo social diverso y de grandes proporciones, el individuo advierte sentimientos de impotencia. En comparación con el mundo tradicional, en donde el individuo probablemente controlaba, en esencia, muchas de las configuraciones que afectaban su vida, en las sociedades modernas ese manejo ha pasado a manos de externos. En el caso del concepto de alienación, tal como lo definió Marx, ha ayudado de punto focal de análisis en esta cuestión. A medida que la producción se desarrolla sobre todo bajo el mando del capitalismo, el individuo entrega la administración de las situaciones de su vida a los influjos dominantes de máquinas y mercados.

Lo que en principio es humano, se hace distinto; las habilidades humanas, se entienden como fuerzas emanadas de un contexto social objetivado. Como lo especifica Giddens,

la modernidad despoja por completo al hombre de sus atributos; el alejamiento espaciotemporal y la pérdida de capacidades provocada por los sistemas abstractos son las dos autoridades más relevantes. Precisamente, los procesos de despojamiento son parte complementaria de la maduración de los agentes modernos y alcanzan no solo el campo de la cotidianidad, sino el corazón de yo.

De igual manera, la duda entre impotencia y apropiación posee, a la vez, sus propias patologías; por ejemplo, cuando un individuo se siente agobiado por una emoción de impotencia en los entornos fundamentales de su mundo fenoménico, se puede hablar de un proceso de desmoronamiento. Es decir, el individuo comienza a tener una sensación de que dominan sus fuerzas y lo invalidan desde afuera y sin poder oponerse a la agresión. La situación le llevará a sentirse seguido por fuerzas crueles que le sustraen de toda autonomía de actuación, o bien presa de un torbellino de sucesos en el que rueda impotente.

En pocas palabras, la modernidad da la bienvenida al proyecto del yo, pero en situaciones reciamente influidas por los efectos legisladores del capitalismo mercantilista. Este es uno de los primordiales aspectos de la modernidad y que el proceso de recolección capitalista significa una de las principales fuerzas promotoras que se encuentran tras el conjunto de las entidades modernas. Y la mercantilización afecta, además, de manera definitiva, a la fuerza de trabajo; de hecho, ésta comienza a existir cuando se aparta de la labor en general como mercancía.

Por consiguiente, la mercantilización influye por completo en el proyecto del yo y en la formación de estilos de vida. Puesto que el mercado capitalista con su continua expansión rompe con las tradiciones. Esta difusión del capitalismo pone en manos de los mercados de productos y de labores amplios sectores de la reproducción social. Los mercados operan sin importar las formas preestablecidas de conducta que, en su totalidad, constituyen dificultades para la creación de un intercambio sin trabajo.

Por esta razón, los mercados provocan, en primer lugar, el individualismo, creando gran insistencia en los derechos y compromisos individuales; no obstante, al comienzo este fenómeno influyó a la libertad de contrato y a la movilidad privada que caracteriza al empleo en el capitalismo. Y el problema es que este individualismo se amplió al mundo del consumo, ya que para la permanencia del sistema es necesario concretar los deseos

del individuo y la libertad de elección individual, direccionada por el mercado, se transforma en un mercado arrollador de la expresión individual del yo.

En definitiva, el consumo perseverante de recientes bienes se convierte en cierta manera en un sustituto del desarrollo auténtico del yo; la apariencia suple a la esencia cuando los signos visibles de un consumo apto consiguen superar de hecho los valores de uso de estos bienes y servicios en cuestión. En cierto modo, la mercantilización es más aun insidiosa, pues el mismo proyecto del yo puede quedar fuertemente comercializado, o sea, no solo los estilos de vida, sino la realización del yo son distribuidos según criterios de mercado influyendo en estrategias globales.

Giddens contemporáneo a los demás autores citados en este capítulo, sigue justificando más a fondo que el yo moderno comienza a diluirse y que ahora el individuo vive su vida reconstruyéndose continuamente por los criterios del mercado global. La identidad del yo queda desamparada al enfrentarse a un mundo de diversidad cultural que advierte la necesidad de crear nuevas configuraciones que se adapten a los nuevos propósitos económicos. Ante tales circunstancias, se genera un falso yo, dice el autor, que piensa y siente de manera distinta a la del verdadero yo; pero, esta falsedad permite en cierta medida que el hombre logre la seguridad ontológica en el mundo de consumo.

Otro autor de gran relevancia para la investigación, fue el señor Kenneth Gergen con su obra *El Yo Saturado* (1992), en donde plantea la existencia de una saturación social, por causa de las nuevas tecnologías que han favorecido las relaciones directas e indirectas en círculos cada vez más enormes de individuos. El objetivo de su trabajo era analizar el impacto de la saturación social en la forma como se conceptualiza el yo y las pautas de vida que le son adicionadas.

Un aspecto que resalta el autor, era el vocabulario utilizado para la comprensión del yo el cual se ha venido reformando, claramente, a lo largo del siglo y a este le acompaña los intercambios sociales. No obstante, el aumento de saturación cultural deja en peligro todas las premisas anteriores acerca del yo, y transforma en algo ajeno las pautas de relaciones habituales.

En consecuencia a esta expansión del vocabulario de la manifestación del yo, el repertorio de relaciones social, se vuelca completamente. Los términos y conceptos de los que se pueden disponer hacen asequible la personalidad, por ejemplo, los vínculos,

las motivaciones, emociones, opiniones, pensamientos, entre otros, asignan límites al comportamiento.

Sin embargo, el yo de cada persona está constituido por procesos como la atención, la razón, percepción, entre otros, que permiten que el sistema educativo no se desplome por falta de soportes. El lenguaje del yo individual es bastante importante en las relaciones cotidianas. Sin el lenguaje del yo de los estados, procesos y rasgos propios de la persona la vida social sería irreconocible, pues ésta se apoya en sentimientos, necesidades, deseos, aptitudes, temperamentos, etc.

Gergen intenta localizar al yo históricamente, relatando un estudio interesante de John Lyons, quien explica que la ubicación original del yo se establece como producto del pensamiento de finales del siglo XVIII; que antes de esta época, las personas se inclinaban a comprenderse a sí mismas como especímenes de categorías más universales, como de la religión, la profesión, la clase, la etnia, entre otras. También, el alma era una posesión estrictamente individual, se concebía como algo que Dios había introducido en la carne humana por cierto periodo.

Al mismo tiempo, el conjunto de tipologías atribuidas al yo individual, también, se transformó evidentemente, a lo largo de los siglos, difuminándose las que se valoraban en el paso y ocupando su lugar otras nuevas. Como es el caso del concepto de instinto materno, que según la historiadora Elisabeth Badinter, en Francia e Inglaterra, durante los siglos XVII y XVIII, los niños y niñas vivían en forma marginal. Los escritos del momento esbozan una generalizada antipatía hacia ello, porque nacían en el pecado, significaban un fastidio o servían únicamente para jugar; entre los pobres que no tenían acceso al control de natalidad, abandonaban las criaturas en cualquier parte, esto era una costumbre difundida. Lo que quiere decir, que el amor materno instintivo, como término, es un producto de la evolución actual de occidente.

A partir de esto, Gergen explica que en un mundo en el que ya no se experimenta un sentimiento constituido del yo, y en que cada vez se poseen mayores dudas acerca de la condición de una identidad apropiada, cumple un rol decisivo la propuesta, según la cual, la saturación social acarrea un quiebre general de la premisa sobre la existencia de un yo auténtico. Puesto que, al ir absorbiendo el individuo múltiples voces constata que cada verdad se ve relativizada por la consciencia compartida de otras opciones no menos soberbias y al final, se percata de que cada realidad sobre sí mismo es una

cimentación instantánea, aprobada solo para un momento o espacio de tiempo fijado y en la trama de seguras relaciones.

Siguiendo con el recorrido histórico que nos hace Gergen, en los siglos XVII y XVIII, la razón y la observación cobraban gran preeminencia en escritos de Descartes, Hobbes, Spinoza y Newton, quienes montaron la plataforma de la llamada Ilustración o Iluminismo, de pensadores como Locke, Hume, Voltaire, entre otros; quienes le asignaron un papel fundamental al poder de la observación del individuo. Énfasis de enorme repercusión social y político, esto es, porque la razón y la observación desafiaron a la autoridad divina.

Estos y otros elementos integrantes de la naturaleza humana imputaban al hombre la capacidad de discernir lo real y ser responsable de su actuar (en el caso de la mujer no era relevante). Esta noción del yo influyó en las organizaciones democráticas, las oportunidades de educación general y el apego a las ciencias. Por ejemplo, se subraya la terminología como demente, débil mental, irracional, anormal, enfermo, que eran peyorativos para señalar o etiquetar a los individuos.

En cambio, advierte Gergen, que la postura romántica del yo no se circunscribía al discurso, más bien, se apremiaba la acción, el cambio de la vida o se podría precipitar a la muerte. Pues, el suicidio era un elemento tan significativo para la sociedad romántica, que tenía la propiedad de la angustia frente a decadencia del ambiente humano, aunque esa misma visión contaba, también, con la posibilidad de conducir a la exaltación de la vida.

Menciona Gergen el área de las artes del romanticismo, donde tuvo gran relevancia lo que se llamó la presencia de lo oculto. Como se ha notado, el discurso romántico del yo construyó sentimientos y emociones de la realidad del momento más allá de la conciencia sensorial inmediata, en lo que la sustancia era lo latente.

Por otro lado, señala Gergen, que la mención del vocabulario romántico del yo no estaría completa si no de aludiera a Sigmund Freud, autor de transición entre lo romántico y lo moderno; su importancia radica, primordialmente, en su destreza para congrega estos dos discursos antagónicos. Constituiría más de un siglo de vida cultural el abono de la teoría freudiana. Y no fue solo el interior de la mente, el que se significó como un hito, sino que pensadores como Schopenhauer, propusieron que la preexistencia del hombre se apoyaba alrededor de un eje irracional y dinámico; y poetas

como Baudelaire y Poe abarcaron la posible apariencia de un mal profundo congénito al ser humano.

No era racional que en este ambiente Freud planteara que la principal fuerza promotora de la conducta estuviera situada más allá de la eficacia de la conciencia y, encontrándose bloqueada en gran parte su expresión directa, se abriera camino escabrosamente hasta la superficie en los sueños, las obras de arte, las deformaciones o las equivocaciones del razonamiento y el comportamiento neurótico. Ese medio interior era en esencia la energía del deseo y, especialmente, del deseo de realización sexual.

Con respecto a la razón, se confiaba que esta suministraría las respuestas a los interrogantes de lo moral. Con el fin de que cada individuo actuara como un agente moralmente responsable. En cambio, a medida que lo profundo del yo se descubría tangible, se transformaba, poco a poco, el vocablo de los estudios morales y, entonces, lo ético pasó a ocupar el espacio de la racionalidad.

Más tarde, fue la psicología la que comienza la tarea de aclarar el origen del yo básico, aplicando de manera sistemática la razón y la observación, con el fin de que la naturaleza del hombre pudiera ser concebida por el mismo, es decir, para fomentar un saber principal acerca de los fundamentos del generador del saber. Algunos intentaron, en primer lugar, aislar y estudiar los mecanismos simples de los organismos inferiores, y después, paulatinamente, desplazarse hacia la comprensión de la complejidad del ser humano.

Es el caso de los procesos cognitivos que tuvieron gran atención y acogida por los diferentes autores, dimensión resaltada desde el punto de vista de la modernidad y en este siglo, a la vez, se va dando la evolución del psicoanálisis, que con el tiempo fue desapareciendo las fuerzas reprimidas de Freud, que eran tan centrales para el concepto romántico del individuo y su lugar lo ocupa el yo, que para Freud era el centro bloqueado de la racionalidad.

Otra solución alterna que ofreció la modernidad, fue que si el ser humano era racional prestaba atención al mundo y adaptaba sus proceder en consecuencia, de esta manera, las acciones humanas debían, entonces, provenir de los sucesos del mundo adyacente. En suma, no es virtud de la herencia que seamos como somos, sino de la observación del contexto.

Esta perspectiva romántica del hombre naturalmente bueno aunque corrompido por la sociedad, continuó demostrada en las obras de Erick Fromm, Carl Rogers y Karen Horney, para ellos las condiciones sociales eran la causa primordial de las neurosis y de la depresión, a la que se le considera no como un impulso instintivo, sino más bien, como secuela de condiciones en las que el individuo no puede practicar un control racional de los sucesos.

Como lo describe Gergen, el individuo romántico era un misterio; su esencia vital era extraordinariamente desconocida, en contraste con el yo modernista que es completamente reconocido, presente en el aquí y ahora; escasamente envuelto en la superficie de sus acciones. No es factible que se deje transportar por una moción súbita, o que caiga en alguna pasión desmedida, ni mucho menos que ceda al arrebató suicida; es, por otro lado, digno de confianza.

Por esta cuestión, Gergen pretende mostrar, que los nuevos lugares circundantes de la comunicación tienen un rol crítico para comprender la postura tanto de la parte romántica como de la noción moderna del yo. Lo que denominó las tecnologías de la saturación social, que se focalizan en la destrucción contemporánea del yo individual. Puesto que, existe una colonización del ser propio que revela la función de las identidades momentáneas por obra de la saturación social. O sea, tanto la colonización del ser propio como la fase multifrenética son los preliminares significativos de la conciencia posmoderna.

Ya que, se puede ver que hace un siglo las relaciones sociales permanecían al perímetro de las distancias que podían recorrerse sin cansancio, es decir, lo más cercano era la familia, el vecindario, pueblos de residencia, lugares cercanos y personales. En cambio, con las tecnologías crece incesantemente la cantidad y diversidad de relaciones que se construyen, la potencia de contactos humanos, la intensidad y duración de dichos nexos; por esta razón, cuando comienza a tornarse extremo, se llega al estado de saturación social que plantea Gergen.

Porque con estas tecnologías, no solo implica las relaciones humanas, sino la modificación de las preexistentes, ya que, al desplazarse al vínculo electrónico, las relaciones, con frecuencia, se descomponen; por ejemplo, un individuo poseedor de las sensaciones de una identidad auténtica, luego, se halla impulsado sorpresivamente por motivaciones contrarias, termina por trastornarse y desubicarse.

Tomar estas consideraciones de variación y contradicción consigo mismo son síntomas introductorios de la saturación social, símbolos, tal vez, de una colonización del yo, de la adquisición de variados y dispares posibilidades del ser. Este desarrollo de colonización del yo se ha propuesto quebrantar el apego tradicional de las modalidades románticas y modernistas de ser; y juega un papel primordial porque ha dispuesto la escena para el acontecimiento de lo posmoderno.

Paulatinamente progresa la saturación, el individuo se va convirtiendo en imitaciones poco valiosas de los demás. Cada persona, se vuelve otro, solo representante o parecido. Dicho de otro modo, al pasar el tiempo, el yo de cada hombre se impregna cada vez más del temperamento o actitud de todos los otros, o sea, se coloniza. Es un yo de multitudes; que aunque en la superficie se presenta como singular e integral, en realidad, está saturado, envuelto en diversidad de yoes que permanecen latentes y esperando la condición adecuada para surgir a la vida.

Con esta colonización del yo, no solo, se abren nuevas relaciones sino que la vida subjetiva queda por completo recubierta. Estos yoes que se adquieren de los demás influyen en el dialogo interno, en los debates privados que se mantienen consigo mismo respecto a la clase de sucesos, sujetos y cuestiones. A estas voces profundas se les ha denominado de diferentes maneras como visitas invisibles de Mary Watkins o espectros sociales de Mary Gergen, quien evidencio que la mayoría de los jóvenes que integraban la muestra de estudio podían realizar con destreza muchas experiencias de ese tipo. Casi todos los espectros eran de amigos íntimos, parientes (abuelos, padres, etc.) o etapas previas de la vida.

Un hecho sorprendente es que casi la cuarta parte de los espectros mencionados eran individuos con quienes esos jóvenes nunca habían tenido una relación directa. En su mayor parte eran personas del mundo del espectáculo, como estrellas de rock, actores y actrices, cantantes, o incluso eran figuras religiosas. Las personas encuestadas subrayaron la enorme influencia que tenían esos espectros sociales en sus propias vidas. Puesto que, no solo eran objetos de contemplación, sino modelos de vida admirados y emulados totalmente.

Con este estudio, se pone de manifiesto que el saber que no hay una cosa en sí a la cual ajustarse con exactitud puede llevar a percibir una sensación de libertad; ésto en cuanto haya alguien que diga "que interesante es eso" o "parece verosímil" o "es razonable", la

persona es libre de construir o describir el mundo como quiera. Y con esto, las diversas disciplinas pierden su sustento.

Esto acontece, igualmente, en la escritura, donde se desdibujan los límites. Durante la etapa modernista podían establecerse fácilmente las distinciones entre lo fáctico y la ficción con respecto a la escritura. Asimismo, las novelas históricas conseguían oponerse a los informes históricos formales, y el lenguaje de la literatura científica era clasificado como objetivo, en tanto el lenguaje metafórico era exclusivo del arte. Pero, con la nueva sensibilidad frente a las realidades múltiples esas barreras comenzaron a diluirse. En particular, la ficción comienza a semejarse a la historia, biografía o autobiografía; algunos documentos de enfoque antropológico, psicológico y sociológico, empieza a semejarse a la ficción.

Por otro lado, música popular no se limitaba a una tradición o a una gama circunscrita de instrumentos, más bien, se desplazaron con toda libertad por el espectro musical, por ejemplo, los cánones de rock and roll se mostraban fragmentados de música hindú; estas y otras canciones infantiles o psicodélicas desmontaron la belleza de la melodía; continuando en el mundo del pop como los festivales de jazz que mezclan ritmos latinoamericanos, violines gitanos y tambores africanos.

Para concluir, Gergen resalta al individuo de la modernidad como una entidad aislada y automática, previsible y auténtica; impulsado por un mecanismo central coherente que, actualmente, se rompe con el aumento de las voces contrarias que plantea un reto a la premisa de las cosas en sí, ya que, cada voz dibuja a un individuo completamente diferente que tiene la opción de cambiar cualquier parte de su cuerpo, incluyendo los genitales. Esto se da porque se esfuman los límites que definen las cosas y desaparece, incluso, el supuesto de la identidad del yo.

Por ende, las pautas de conducta de las personas se someten al modo en el que el individuo es edificado socialmente y no existe la manera de trascender esas construcciones en busca de lo auténtico que se ubicaría mucho más allá. Y es en este momento que la postura romántica y modernista del yo identificable empieza a desaparecer, y el resultado no es el vacío o la ausencia de ser, es pues el ingreso a una nueva era que caracteriza al yo, en el que el sentido de la autonomía individual da lugar a una exploración en la interdependencia, donde las relaciones del yo son las que lo cimientan.

En pocas palabras, los románticos y los modernistas nunca se iban a poner de acuerdo en si el yo esencial es espíritu o materia; pero con lo posmoderno las voces antagónicas proponen que este pertenece a muchos contextos como la estética, la rítmica, la robótica, el dominio simbólico, económico, literario, entre otros. Cuando la discrepancia entre sujeto y objeto deja de ser imperativa y los bordes entre las categorías se difuminan, cada vez menos se distingue lo que soy yo y lo que es mío de lo que eres tú y lo que es tuyo.

El yo saturado, muestra claramente el propósito de modificación del yo moderno para enfrentar la posmodernidad. Gergen, abiertamente en su libro, exhibe la muerte del yo moderno, su nostalgia por el romanticismo y la posmodernidad como la agonía del sujeto. El escritor trabaja la fragmentación dándole origen en la saturación tecnológica que trajo la globalización y que afectó fuertemente el lenguaje y las relaciones entre los individuos, que en épocas pasadas se encontraban limitadas por la distancia y que ahora sobrepasan a cada persona.

Ahora nos dirigiremos al otro lado del mundo, a Colombia, para ser exactos al lugar donde hallamos al neurofisiólogo, el señor Rodolfo Llinás, escritor del libro *El Cerebro y El Mito del Yo* (2003), en el que plasma que el yo no es algo tangible, es tan solo un estado mental específico, una entidad abstracta organizada, a la cual se le denomina “yo” o “sí mismo”. Por ejemplo, en el caso de que una persona tenga una lesión en el plexo braquial⁶, su brazo será flácido e insensible y dirá el sujeto: esto no soy yo ya que no puedo sentirlo. Lo que significa que el soy yo o es parte de mi, depende de si se siente o percibe como propio.

Existe una extraña cosmología fisiológica de que solo se posee lo que se inerva. Es difícil de comprender, pero, así funcionan las reglas del sistema que las genera. Lo bueno es que se coloca todo en una sola entidad llamada “el sí mismo”, que a la vez posee una estructura espacial, ubicada en el núcleo vestibular y con su centro de comando en el cerebro, lo cual le da un sentido de posición de arriba y abajo, y todos los elementos sensoriales que ya se conocen.

A la pregunta ¿Qué es el sí mismo o yo? Llinás responde que consiste en una estructura relevante y útil, de complejos “vector exigen”, que es el valor del “sí mismo”. En

⁶ Es una estructura nerviosa localizada en la base del cuello y el hueco axilar, responsable de la inervación muscular y cutánea del miembro torácico.

concreto, al leer en el periódico “el Tío Sam atacó Belgrado”, se entiende que el ejército de los Estados Unidos, se ha enfrentado contra dicha ciudad, sin embargo, ninguna entidad corresponde al “Tío Sam”; es un símbolo que implica una existencia aunque, es una categoría sin elementos. El yo es tan solo un concepto útil referente a un suceso tan abstracto como el término del Tío Sam respecto de la realidad de algo tan complejo como son los Estados Unidos.

Es de suma importancia comprender que las representaciones fragmentadas de las características de estímulos individuales, encontrados en las áreas sensoriales arcaicas del cerebro, se pueden mezclar para formar un estado funcional ideal, lo que se conoce como la cognición.

Además, el sistema tálamo⁷ cortical⁸, se asemeja a una esfera isócrona cerrada que vincula sincrónicamente las propiedades del ambiente, referidas por los sentidos con las motivaciones y memorias internas. Este suceso, auténtico en el tiempo, que integra los elementos fraccionados, tanto del mundo externo como del interno, en una estructura exclusiva, es lo que se denomina el “sí mismo”. Consiste en un mecanismo totalmente sencillo y apropiado por parte del cerebro. La congruencia del tiempo, no solo, evoca el “sí mismo”, como una organización funcional, sino que concibe un espacio a la centralización, en el cual los desempeños predictivos del cerebro tan críticos para la sobrevivencia, pueden intervenir de manera coordinada. De esta manera, la subjetividad o “el sí mismo” se produce mediante el dialogo entre el tálamo y la corteza, en pocas palabras, los eventos unificadores repetidos constituyen el sustrato del “sí mismo”.

En el caso de pacientes con lesiones en los núcleos talámicos intralaminares⁹, estos no perciben los impulsos provenientes del tálamo hacia la corteza a través de los circuitos tálamo cortical intactos. Aunque los impulsos son recibidos, el paciente no los siente ni mucho menos reacciona ante ellos. En esencia el sujeto no existe desde la perspectiva cognoscitiva y no obstante, los impulsos sensoriales intactos que llegan a la corteza son enteramente desconocidos; esto ocurre porque el sistema no logra unir las imágenes sensoriales con las actividades del cerebro.

El autor Llinás explica que la predicción es la actividad cerebral más significativa para una óptima eficiencia, ésta debe suministrar una ubicación y una conectividad

⁷ Es una estructura neuronal que se origina en el diencéfalo.

⁸ Hace referencia a la corteza cerebral, como capa protectora.

⁹ Como su nombre lo indica, constituyen una agrupación de núcleos cerebrales en el aspecto intersticial de las fibras de la lámina medular interna del tálamo cerebral.

funcionales resistentes; de cierta forma, ocupa un espacio central dentro de la perspectiva estratégica que el cerebro efectúa para su interacción con el mundo externo. Esta centralización de la predicción es la idealización que se conoce como el “sí mismo.”

Y este “sí mismo” es una creación de la semántica intrínseca del SNC que existe dentro del sistema cerrado de este, como una base de atracción cuya existencia real es la que trasmite el ímpetu común de fracciones dispersas. Es un coordinador de representaciones derivada intrínseca y extrínsecamente, a la vez, es un telar en el que se teje la conexión entre el organismo y la percepción interna del contexto.

Desde la neurofisiología se logra científicamente probar que existe una fragmentación natural en el cerebro del homo sapiens y que por ende es normal esos retazos mentales que arriesgan la salud mental. A este lugar, donde se forman esas fracciones variadas de procesamiento de información la denominó el “sí mismo”, que podría considerarse el mismo yo quebrantado, del cual hemos estado hablando.

Ahora, para terminar, se proseguirá con el señor Sygmunt Bauman y su obra *Modernidad Líquida* (2004), allí describe con detalle los tiempos actuales donde se descompone paulatinamente el yo moderno. Describe el consejo y la guía como una adicción que, cuanto más se realiza, tanto más se requiere; es cuando más desgraciada se siente la persona privada de la droga imprescindible, como medio de encontrar satisfacción; todas las adicciones son autodestructivas, destrozan la probabilidad de estar satisfecho alguna vez.

Las fórmulas para alcanzar un bienestar de vida y los elementos importantes para ese logro tienen una fecha de vencimiento. Estos son disminuidos y despojados de sus características por el mercado de ofertas nuevas y mejores; en la competencia del consumo, la línea continuamente se desplaza más veloz que el consumidor más ágil; pero muchos de estos corredores tienen músculos excesivamente frágiles y pulmones bastante pequeños como para llegar antes.

Esta historia del consumismo es la misma de la ruptura y la supresión de los repetidos obstáculos sólidos que circunscriben el libre curso de la fantasía y disminuyen el principio de placer al tamaño requerido por el principio de realidad. La necesidad estimada por los economistas del siglo XIX, el resumen de la solidez rígida constantemente limitada y finita, fue desechada y sustituida por el deseo que era mucho

más líquido y ampliable a causa de sus relaciones no del todo legítimas con el voluble y variable sueño de verdad de un yo interior que esperaba poder manifestarse. Por ende, actualmente al deseo le toca el turno de ser desestimado.

El anhelo es ese sustituto esencial que completa la liberación del principio de placer, tratando de suprimir y abandonar los últimos despojos del principio de realidad; la sustancia sencillamente gaseosa ha sido definitivamente liberada de su envase.

Explica Bauman que la sociedad posmoderna trata a sus sujetos, principalmente, en calidad de consumidores y nunca de productores. Esa distinción es relevante para la vida ordenada alrededor del rol de productor. Existe una base de lo que se necesita para seguir con vida y ser calificado de hacer lo que demanda el rol de productor, pero, a la vez, hay un techo de lo que se puede desear, contando con la aprobación social de las particulares ambiciones, o sea, sin temor de ser repudiado, recriminado, afligido.

Esta vida organizada en favor del consumismo debe componérselas sin reglas, ya que se encuentra dirigida por la seducción, la aparición de deseos cada vez mayores y las volátiles aspiraciones, y no por normatividad cultural. Como no hay leyes para convertir algunos deseos en necesidades y retirar legitimidad a otros, convirtiéndolos en falsas necesidad, no existen reverencias para calificar el estándar de conformidad.

El caso respecto de la salud, los diagnósticos, ya no consideran como objeto de estudio al individuo, sino que se centran en el cálculo de probabilidades, la valoración de lo que puede suceder en la condición en que se ha encontrado al paciente en el momento del diagnóstico. En otras palabras, la salud se trata cada vez más con la optimización de los riesgos; eso es lo que, al menos, esperan los miembros de la sociedad de consumo dedicados a poner en forma sus cuerpos y esa es la expectativa, a la vez, de los médicos.

En el caso de las compras compulsivas, es siempre la tradición diurna, destinada a bendecir la horrible aparición en la incertidumbre que acosa las noches. Éstas se deben realizar diariamente, puesto que en las góndolas de la tienda del mercado todos los artículos llevan consigo la fecha de vencimiento, ya que el tipo de certeza que se vende en los establecimientos no logra cortar las raíces de la inseguridad que apremia al consumidor a salir a comprar. No obstante, lo más fundamental, lo que incentiva el juego, a pesar de su indiscutible conclusión y de su falta de aspectos de un final, es el atributo más grandioso de los exorcismos, los efectivos apremiantes, no tanto porque logren esfumar los fantasmas, sino por el sencillo hecho de ser llevados a cabo.

Bauman subraya que la sustancia que se busca moldear, a partir de la maleable materia de la vida, se llama identidad, que cuando se estudia la identidad aparece una pálida imagen de armonía, coherencia y lógica; todos esos elementos de los que el flujo de la experiencia infortunadamente carece. La búsqueda constante de la identidad es el enfrentamiento continuo por parar el flujo y solidificarlo, e intentar dar forma a lo informe. La persona trata de esconder o al menos de encubrir la horrorosa fluidez que reina debajo del envase de la forma; a la vez, intenta apartar los ojos de imágenes que no pueden comprender ni asimilar.

Pero, lejos de aminorar el flujo, señala, Bauman que las identidades son similares a la costra que se endurece una y otra vez encima de la lava volcánica y que luego, regresa a fundirse y a diluirse antes de haber tenido tiempo de enfriarse y solidificarse. Haciendo alusión a los postulados de Deleuze y Guattari, el deseo adapta constantemente el flujo constante con objetos por naturaleza fragmentarios y fragmentados. Las identidades solamente parecen solidas cuando se observan en un centelleo, desde afuera, o cuando se admiran a partir del interior de la propia experiencia biográfica, toda solidez sugiere fragilidad y debilidad despedazada por fuerzas cortantes que dejan al descubierto su flujo y por corrientes cruzadas que advierten con desgarrarlas y con llevarse consigo cualquier forma que pudiera haber tenido.

Y, dada la inestabilidad y fluidez de casi todas las identidades, la habilidad de ir de compras al mercado de identidades y el grado de libertad propio del consumidor para escoger una identidad y sostenerla tanto tiempo como lo desee, se transfigura en el camino real hacia la precisión de las fantasías de identidad. Por tener esa capacidad, al parecer, se podría ser libre de hacer y deshacer identidades a voluntad.

En esta sociedad de consumo repartir la dependencia del consumo es la condición de libertad individual, sobre todo, la de ser diferente y tener identidad; esa identidad singular e individual que solo puede esculpirse en la sustancia que todo el mundo compra y que es de la única manera que se obtiene, o sea, la forma de ganar independencia es rindiéndose.

Según Bauman, el carácter propio de la libertad de elección del consumidor, principalmente su libertad de auto-identificarse por el modo de uso de productos masivos y comercializados, es un asunto discutible. Esas tales libertades no existen sin

las sustancias y los materiales surtidos por el mercado. Su dependencia, aclara el sociólogo, no es obstaculizada al acto de comprar, ya que los medios de comunicación masiva influyen sobre los imaginarios individuales y colectivos. Imágenes más reales que la propia realidad de las pantallas, constituyen los modelos de la vida y condicionan la necesidad de hacer más ameno el mundo que habitan.

Partiendo de lo anterior, la vida deseada se percibe como el mundo que se presenta en la televisión. Esta representación visual atenúa y elimina el encanto de la realidad auténtica; y, más bien, esta última es la que se concibe como irreal, en tanto no sea recuperada de imágenes filmables.

Aparentemente, estos escenarios son un sendero de escape para aflojar la agitación del yo interior, de hecho, son transportes de la versión de educación sentimental que ha acogido la sociedad de consumo; confieren aprobación pública a un rango de estados emotivos y sus expresiones, a partir de los cuales pueden elaborarse identidades absolutamente particulares. Como lo sostiene Harvie Ferguson, en el mundo posmoderno todas las diferencias se vuelven fluidas, las fronteras se disuelven y todo puede parecer su opuesto; la ironía se transforma en la perpetua impresión de que los objetos podrían ser distintos, pero nunca radicalmente diferentes.

Las preocupaciones por la identidad en ese mundo tienden a tener un aspecto nuevo, como la era de la ironía que pasó hacer reemplazada por la era del glamour, la cual consiste, en que la apariencia se glorifica como solo una realidad. De esta manera, la modernidad se traslada, de un período de identidad “irónico” a otro de identidad “genuino”, hasta toparse con la cultura contemporánea, que podría llamarse la “identidad asociativa”, que radica en un constante aflojamiento del cordón entre el alma “interior” y la forma de la relación social “exterior”. Así pues, las identidades son persistentes oscilaciones.

En consecuencia, en una sociedad de adictos espectadores y compradores, las personas pobres no pueden alejar los ojos; de por sí, no tienen hacia donde desviarlos. Cuanto mayor es la libertad de la pantalla y más atractiva es la tentación que genera las vitrinas, tanto más intensa se vuelve la impresión de empobrecimiento de la realidad, tanto más sobrecogedor se convierte el deseo de saborear, aunque sea un instante, el éxtasis de elección. Cuanto más significantes parecen ser las opciones de la gente rica, tanto menos soportable para todos se vuelve una vida sin capacidad de elección.

Al mismo tiempo, los estilos de vida de las elites con recursos sufren un cambio abominable durante el camino de su procedimiento electrónico; que se filtra hacia abajo en la jerarquía, a través de los ductos del sinóptico electrónico, disminuyendo el volumen de bienes. El producto último de ese "goteo" está saqueado de casi todos los placeres que garantizaba el original, y su potencial demoledor queda al desnudo.

Afortunadamente, los clientes con recursos se protegen de los horribles resultados del consumo, puesto que pueden eliminar las pertenencias desagradables y obtener las que deseen; y, aun mejor, se encuentran cubiertos contra el veloz envejecimiento de los deseos y contra su efímera satisfacción. En resumen, tener recursos representa tener libertad de elección; pero, igualmente, significa libertad de aguantar las consecuencias de las pésimas decisiones y, por lo tanto, libertad de la propiedad menos deseable en el campo de opción.

En conclusión, ésto se convierte en un fuerte conflicto que actúa como disparador de impulsos incompatibles entre sí, es decir, se convierte en una tarea que compete a todos los miembros y que se lleva a cabo individualmente; divide las circunstancias humanas y exhorta a una competencia despiadada, en vez de agrupar una condición humana que tienda a suscitar cooperación y solidaridad.

Este autor final realiza una descripción total de la vida de estos individuos fragmentados desde el amor, la sociedad, la educación, el trabajo, el espacio tiempo, etc. Con la intención de ilustrar el funcionamiento del mundo que actualmente habitamos y validar cada una de estas actividades. Así, Bauman permite comprender el alcance que han tenido las elites en la manipulación de las masas.

CAPÍTULO 3.

LA ESTOCADA FINAL DEL YO MODERNO

“Temo el día en que la tecnología sobrepase nuestra humanidad.

El mundo solo tendrá una generación de idiotas”

Albert Einstein

En este momento el lector ha podido ilustrarse satisfactoriamente del sendero que ha recorrido el yo desde los Tiempos Modernos hasta finales del siglo XX, atravesando las fronteras del progreso, las guerras que de una u otra manera han beneficiado su posición actual, las revoluciones sexuales, tecnológicas, religiosas y culturales, y a la vez pasando por una gran variedad de autores que le han permitido alcanzar sus perversos objetivos contra el individuo.

Por esta razón como, se anunciaba en el capítulo 2, y ahora en este apartado, el yo ha llegado a la cima de la fragmentación, comienza la incursión por la posmodernidad, apareciendo en escena el poshumanismo y el transhumanismo, los cyborg, los robots y los androides; que dan principio a un nuevo mundo que solo hemos contemplado a través del cine convencional, con películas, como A Space Odyssey, dirigida por Stanley Kubrick, Terminator, Transcendence que consiste en tomar la mente humana y convertirla en algoritmos, con el fin de entrelazarlos con la nube, o también, el filme de Elysium muestra dos mundos separados, uno habitado por la pobreza y el hambre, mientras que en el otro se encuentran las elites del poder; estas y otras más dejan ver el futuro que le reserva al ser humano como lo conocemos.

Estas visiones de la agonía del yo moderno son bastante catastróficas, su fragmentación golpea y atormenta al individuo, desdibujando cualquier optimismo de salvación. Igualmente, nos embargan las preguntas acerca del significado profundo de los efectos colaterales que trae la segmentación que rodea al mundo, tales como: ¿En qué consiste el fraccionamiento? ¿Cómo se quiebra al yo moderno cartesiano? ¿Qué papel cumple el yo en la posmodernidad? ¿Existe algún contraataque al poshumanismo? ¿Qué significa matar al yo? Estas y muchas más cuestiones se intentan responder en esta sección del trabajo con el apoyo de los postulados filosóficos de Edgar Garavito.

Se proseguirá ahora con el fallecimiento del yo moderno y la nueva apariencia fragmentada que abre las puertas al posthumanismo, detallando el fin de una época y el

comienzo de otra; no obstante, se contemplan posturas que permiten dar luz al surgimiento del individuo y a un nuevo paradigma psicológico denominado transcurividad.

Damos apertura con el libro *Biotecnología y Posthumanismo* del señor Ballesteros (2007), en el que desarrolla la teoría computacional de la mente, parte de la inteligencia artificial, que reduce la actividad del cerebro al funcionamiento del ordenador, o sea, a los algoritmos. La mente no sería sino programación de ordenadores, simplemente información. Para este objetivo se postula la solución CYBORG, que es una prueba de síntesis entre la carne y el metal, que es bastante diferente al ROBOT que es estrictamente metálico.

Pero Ballesteros antes que nada nos ubica históricamente en el principio del poshumanismo, como exclusión de las deficiencias humanas insoportables para la ideología puritana, que como el estoicismo, puede tomarse como una antropología que apremia la perfección y aborrece la deficiencia; es el narcisismo de la virtud. La doctrina puritana acepta únicamente la dignidad moral de aquellos admirados como virtuosos y se opone a la dignidad ontológica, la consideración del carácter intrínseco de dignidad, como eso que no puede perderse.

En efecto, esta ideología conlleva a la tortura, como lo afirma Franco Birardi, las nociones puritanas del cuerpo cambian la sexualidad por violencia hacia el cuerpo. Con ésto, se ha demostrado que la biopolítica, como paradigma que direcciona a la eutanasia y la eugenesia, deriva de la ambiciosa autarquía¹⁰ del hombre, dirigida por la razón calculadora, en donde se perdieron los sentimientos. No es de sorprenderse que el puritanismo obstaculice la humanidad del otro. Por esto, Oliver Cromwell refería que los irlandeses eran animales y rechazaba sus derechos.

A la vez, el puritanismo no solo humillaba al cuerpo humano de la deficiencia moral, sino que, también, rechazaba la deficiencia física, conduciendo así al posthumano. Y es lo mismo que sucedió con el dualismo que desprecia el cuerpo humano, debido a su fragilidad, a esa condición de mortalidad sufriente, pensando que es suprimible en función de su insuficiencia.

Entonces, el objetivo de la biopolítica es la disminución de la vida a solo materia viviente, que se divide, a su vez, en digna o de no supervivencia, dependiendo del juicio

¹⁰ Sistema económico en el que un estado se abastece con sus propios recursos, evitando en lo posible las importaciones.

de la normalidad. A la vez, en sincronía con el dualismo, anhela un cuerpo venerable, y no por medio del camino de la resurrección cristiana, sino más bien de la inmortalidad, del enfrentamiento contra la entropía¹¹; para esto se protege el paso del cuerpo de carbono al de silicio, conservándose únicamente el cerebro, o sea, el cyborg.

Además, debido al aumento industrial que precipita el desarrollo de la entropía con la conversión no renovable de combustibles fósiles en gases corrosivos, Co₂, que no tienen posibilidad para reciclarse. Wiener halló el ahorro energético que iba a implicar la cibernética, a prescindir del transporte de cosas materiales, reemplazado por el transporte virtual de información. Según él, el cerebro será sobrepasado por lo artificial en cuanto se logre complejizar aún más a este, puesto que el cerebro humano es tan solo una máquina de carne. Con este argumento, propone la copia del cerebro, y así sus funciones serían realizadas por circuitos integrados.

De modo similar, Hans Moravec, estima que el cuerpo del hombre es un anacronismo¹² que camina. Para él, el cyborg sobrepasará al ser humano en el 2050, debido al incremento veloz de la evolución de la robótica, en base a la teoría de Gordon Moore, en contra con el desarrollo humano. Por esto el futuro es el cyborg, la mente en el ordenador y la inmortalidad del yo.

Además, se pueden encontrar versiones inhumanas de la biotecnología como la que plantea el señor Joseph Fletcher protector del útero artificial, postulando que el materno es bastante peligroso para llevar a cabo la construcción de la vida, ya que se pueden llegar a deficiencias mentales y a malformaciones; por otro lado, piensa que los cyborg servirán para realizar las tareas molestas que el hombre intenta evitar. Con todo este ambiente filonazi, es necesario situar al posthumanismo que, ligado con el homo patiens, no tendría impedimento en exterminar al homo sapiens; el posthumanismo es un paso más de la biopolítica.

Esta insatisfacción con el cuerpo se ve también en la Grecia antigua con el señor Platón que da origen al pensamiento dual y con el mayor exponente, Descartes, de los Tiempos Modernos, que plantea la res extensa y res cogitans. De esta forma, el cuerpo pasa a ser una categoría principal para el pensamiento occidental separando al cuerpo del alma. Esta corriente posthumanista, también, parece tener fuertes lazos con el Superhombre de Nietzsche, que por todos los medios quiere superar al ser humano, aunque, sus

¹¹ Se conoce como la tendencia natural a la pérdida de orden en un sistema que implica la transformación de energía.

¹² Se trata del error que resulta de situar a una persona o cosa en un período de tiempo que no se corresponde con el que le es propio.

argumentos están en total contradicción con Nietzsche, porque menosprecian, lo que más, le importa a este, que es el cuerpo y su habilidad de aguantar el dolor y el amor fati¹³. Por consiguiente, los autores del posthumanismo son, más bien, anti- biólogos y les repugna el cuerpo, para ellos la res extensa se ha vuelto en res cogitans, la máquina que piensa. Entonces, ahora, se trata de ir más allá de lo humano, el robot, el cyborg, el androide, de las películas de ciencia ficción advierten el deterioro del hombre como se conoce.

Por el contrario, Llinás (2003) advierte que las discusiones filosóficas con respecto al grado en el cual la percepción de la realidad se superpone o encaja con la realidad real tiene escasa importancia práctica. Únicamente, es necesario que las cualidades predictivas de los estados funcionales del cerebro se trasladen en una interacción eficiente con el entorno. El modo como el cerebro enfrenta lo anterior, dada la naturaleza fragmentada de las entradas sensoriales, es el punto medular del estudio neurocognoscitivo contemporáneo.

Pero a esto, Ballesteros responde que en la exaltación permanente de la ingeniería genética, neurotecnología y la inteligencia computacional, se realiza una doble pérdida, primero la del cuerpo humano y segundo la relación con el ambiente natural, en otras palabras, la postura socio-biológica de la genética tienen la investigación del gen presidiendo toda la historia vital, y por el otro lado, el cyborg se aísla completamente del contexto; en cambio, el ser humano es ante todo interdependiente con el entorno.

No es en vano que el concepto cyborg hiciera su aparición en los años sesenta, con Manfred Clynes y Nathan Kline, en las investigaciones del Rockland State Hospital de Nueva York, que tenían como objetivo describir así un organismo humano apto para sobrevivir en un medio alienígena; luego, la noción se hizo célebre gracias a las novelas de ciencia ficción y, más aun, a la cultura cyberpunk que, para los ochenta, promovía la llegada de un híbrido mitad hombre mitad máquina. Esto significa que el cuerpo queda reducido a la condición de objeto, manipulable y modificable, sujetado al control de calidad.

La admiración por lo inmortal y lo informático forma la creencia en la posibilidad de reemplazar el cuerpo entrópico de carbono por el cuerpo de silicio, peleando contra la muerte; sin embargo, esto implica, al mismo tiempo, perder la individualidad y la

¹³ Es una frase latina que se traduce como (amor del destino) o (el amor al destino). Ver algún suceso doloroso como positivo.

subjetividad. Con el posthumanismo, también se genera la exclusión de las diferencias sexuales, de lo femenino y se resalta la perversión y el maltrato al cuerpo.

También existe un rechazo a la maternidad natural, con el argumento de que no es funcional para construir vida saludable, proponiendo, en su lugar, la idea de un útero artificial que pueda ser controlado; a la vez, se repudia la identidad de la mujer y sus órganos, negando la sexualidad coital, defendiéndose únicamente la vida analsádica.

Este postfeminismo adquiere, en Foucault, la resistencia al cuerpo especie, visto que tras él se esconde la biopolítica; en otras palabras, la negación de los individuos, considerados anormales y la justificación de Sade. Este se presenta, para Foucault, en el ámbito de su sexualidad privada y como ratificación de la eliminación del sujeto. En algunos escritos del psicólogo, ya los últimos, vuelven el sadismo y el sadomasoquismo, en los que afirma que se debe pretender el placer más allá del sexo y que cada pieza del cuerpo es una herramienta de búsqueda del dolor placentero.

De la misma manera, el sadomasoquismo es el motivo de otros precursores del ciberfeminismo; Deleuze y Guattari, quienes se apoyan en la teoría de Antonin Artaud, del cuerpo sin órganos, principio de las subjetividades nómadas, en las que el adversario es el organismo del mismo tipo que lo es la idea de significado.

Enseguida, Ballesteros presenta unas críticas al posthumanismo; en primer lugar, que les obsesiona el conflicto permanente contra la entropía, hasta el grado máximo de llamarse extropianos¹⁴. También, que intentan superar la muerte por medio de la tecnología, la búsqueda incanzable por la inmortalidad, lo que resulta ridículo y cómico.

Por otro lado, el cuerpo del ser humano es irreductible a la máquina y lo mismo el cerebro al ordenador o algoritmos. Pues, con esa reducción a lo informático, se abandona por completo la diferencia ontológica entre el hombre y los demás seres vivos. Los posthumanistas desconocen, de esta manera, la singularidad humana, ya que ésta va ligada precisamente a su desamparo biológico.

Otra crítica es que la biotecnología de mejoras se basa en la reducción del ser humano a información en una doble forma: primero, pérdida del cuerpo a genoma, socio biología; y, segundo, reducción de la mente a programa computacional, software. Estos dos abandonos, uno instruccionalista y el otro funcional, tiene un solo objetivo, reducir todo

¹⁴ Es un marco de valores y normas transhumanistas para la mejora continua de la condición humana y su meta es la modificación a voluntad de la mente y el cuerpo humanos.

ente a materia de trabajo del materialismo, por Heidegger; y, al mismo tiempo, volver todo sujeto objeto de mercado. Con este programa de economía se cosifican las relaciones humanas, volviendo a los hombres mercancías y, así, acabando con el respeto y la no violencia de lo humano.

Luego, Ballesteros expone una crítica filosófica a la burocratización y al despojo del cuerpo del ser humano por la información. Sostiene que la intersubjetividad consiste en tratar al otro como toi y no como lui; si se llega a tratar al toi como lui conllevaría a verlo al mismo tiempo como objeto y como ajeno, sin que el hecho de que se halle presente físicamente forme un impedimento para que se le considere ausente. Es esto precisamente lo que permite objetivarlo, hablar de él, considerarlo y tenerlo en cuenta; igualmente, caracterizarlo, es decir, darle predicado y atributos. Por esta razón, verlo como toi es tratarlo como ser, sujeto. Así, la intersubjetividad se concibe como una conexión de ser a ser.

De otro lado, se aprueba la antropología de Marcel y, en forma específica, sus reflexiones acerca de la intersubjetividad, con su redundante rechazo de la objetivación del otro y con su declaración de que la auténtica comunicación entre los humanos no se queda solo en la superficie, algo cualitativamente distinto de la sencilla transmisión de datos.

Marcel dice que la deshumanización, expuesta previamente, constituiría una genuina crisis metafísica y se mostraría como no reconocimiento del carácter importante de la vida humana y, más bien, como desvalorización de ésta. La deshumanización reside en el olvido del carácter secreto de una existencia humana y en su reducción a problema.

En resumen, como subraya Ballesteros, el fundamento del posthumanismo se presenta en la reducción de la realidad humana a una simple transmisión de datos genéticos o electrónicos; la indiferencia por el cuerpo y su fragilidad, por su forma mortal y adolorida, esa reducción del cuerpo a un simple objeto andante, modificable y sometido a la cultura.

Actualmente, cuando se toca el tema de ciborg, no se hace referencia a una fantasía o a una novela ficción o a comics, nada de eso; por contrario, se hace hincapié en el futuro, en una realidad en la que las innovaciones biotecnológicas de la era posmoderna han alterado la relación de los humanos con sus cuerpos.

En contraposición con lo anterior, la filósofa Rosi Braidotti en su libro, *Lo Posthumano* (2015), sugiere que el hombre hace mucho tiempo ha estado dispuesto a destruir a la humanidad y que la muerte del hombre no es algo actual. En primer lugar, explica el ideal clásico del hombre, reconocido por Protágoras, como la medida de todos los objetos; más tarde, en el Renacimiento italiano, se eleva a nivel de modelo universal, que lo representa Leonardo da Vinci con el Hombre Vitrubiano¹⁵. Un claro ejemplo de ideal de perfección corporal, que transmite valores intelectuales, discursivos y espirituales.

Braidotti advierte sobre el antihumanismo, que se ha generado durante toda la historia. Es el caso de la generación de los baby boomers, que ha sido marcada por la herencia traumática de los fracasados experimentos políticos del siglo XX, como el fascismo, el holocausto, el comunismo y el Gulag; todo esto se equilibra en la balanza ensangrentada de la historia de los horrores. Momentos en los que el fascismo defiende una inhumana censura de las raíces del concepto ilustrado de respeto por la independencia de la razón y de la moral; el socialismo defiende una visión comunitaria de la solidaridad humana.

Por otro lado, la teoría y la práctica han logrado el mejor equipo de trabajo en muchos movimientos sociales de los años setenta; éstas han logrado construir herramientas originales y estrategias de análisis que han accedido a relatos más creíbles, de cómo actúa el poder. Igualmente, las feministas han identificado abiertamente en la izquierda, probablemente revolucionaria, conductas machistas y costumbres sexistas y los han denunciado como opuestos respecto a su ideología, precisamente como intrínsecamente insultantes.

Braidotti describe el surgimiento del antihumanismo como el grito de guerra de aquella generación de intelectuales rígidos que, con el pasar del tiempo, habría sido reconocida en todo el mundo como postestructuralistas; en efecto, ellos abandonaron el pensamiento dicotómico dialéctico y ampliaron un tercer método de acercamiento a los cambios en la noción de la subjetividad humana.

Con la muerte del hombre, declarada por Foucault, se pone de manifiesto una crisis epistemológica y moral que va mucho más allá de las contradicciones binarias, reduciendo, en ciertos puntos, el espectro político. Señala al implícito humanismo del

¹⁵ Hace alusión a un famoso dibujo acompañado de notas anatómicas de Leonardo da Vinci que representa una figura masculina desnuda en dos posiciones superpuestas.

marxismo, específicamente, a la arrogante intención humanista de seguir ubicando al ser humano en el centro de la historia mundial.

Así, el antihumanismo pretende desconectar al agente humano de su posición como centro, exigiéndole que rinda explicaciones de las acciones concretas que está realizando. Una vez que el hombre, antes dictador, se ha separado de sus delirios de grandeza y ya no es el responsable del avance histórico, emergen distintas y más evidentes relaciones de poder.

El individualismo no es un ingrediente innato de la naturaleza humana, como los intelectuales liberales están dispuestos a pensar, sino más bien una formación discursiva particular, desde la perspectiva histórico-cultural, una formación que, además, se está tornando cada vez más problemática.

De esta manera, la generación filosófica de los años setenta era antifascista, postcomunista, postcolonial y posthumanista, con una multiplicidad de variedades entre los términos. Lo que conduce al concepto de Deleuze y Guattari sobre cómo devenir máquina, atraídos por las máquinas célibes de los surrealistas; una conexión con la tecnología lúdica y propenso al placer que no se basa en el funcionalismo. Para Deleuze, esto está enlazado con el proyecto de liberar la personificación humana de su alusión a la productividad socializada, con el fin de devenir cuerpo sin órganos, es decir, cuerpo privado de validez organizativa.

Para Félix Guattari, la condición posthumana despierta una nueva ecología social virtual que comprende ingredientes éticos, políticos, sociales y estéticos; así como las conexiones transversales entre ellos. La subjetivación autopoietica, la autosubjetivación, es otra manera de denominar a la subjetividad, según Guattari, y ésta puede emplearse para los organismos vivos, los humanos como unidad que se autoorganiza, o puede ser también para las máquinas.

El planteamiento de Deleuze y Guattari en el sentido de que la labor del pensamiento es inventar novedosos conceptos es una grandiosa fuente de inspiración para las ciencias humanas, en cuanto que se funda en el paralelismo de arte, ciencia y filosofía. Este término no debe ser mal entendido con el de nivelación de las semejanzas entre estos entornos intelectuales, desde el instante que con él se quiere resaltar la unidad de intenciones entre estas tres áreas del saber.

Asimismo, Deleuze y Guattari quisieron mostrar las diferencias de los variados estilos de comprensión de la ciencia, la filosofía y las artes que pertinentemente encarnan. Explican, también, que estos estilos continúan anclados en el plano usual de la energía vital autotransformadora. Este continuum soporta la ontología del devenir que representa el impulso conceptual del pensamiento nómada posthumano.

En la medida en que la ciencia deba acomodar las cuentas con los desarrollos físicos reales del mundo contingente y específico, ésta aparece menos propensa a las evoluciones del devenir y de diferenciación que identifican la ontología monista de Deleuze. De igual forma, el principio dominante de la semejanza, la analogía, la identidad y la rivalidad se alcanzan impidiendo el pensamiento de lo virtual y del devenir intensivo. Deleuze invita a construir un informe de lo que nos permite ciertos juicios y que constituye concretas relaciones.

Estos dos autores abordan el tema del posthumanismo; viéndolo como una corriente que permite dar el fallecimiento fulminante al yo moderno; aunque Ballesteros muestra con interés las repercusiones que conlleva este nuevo fenómeno, además, que explica claramente las transformaciones que va ir viviendo el ser humano al pasar del carbono al silicio; al final, el tan esperado cyborg que persiste en la inmortalidad de la mente. La filósofa Braidotti, por otro lado, valida tales argumentos antihumanistas y no conserva una postura estable frente a estas nuevas construcciones. De todos modos, es necesario que el lector logre ver perspectivas a favor y en contra, para que, de esta manera, tenga la posibilidad de ubicarse con argumentos consistentes en alguna de ellas.

Entonces, luego de conocer algunas posturas acerca de la inminente muerte del hombre, como lo conocemos, se intentará visualizar otros caminos que permitan hacer frente a la destrucción del ser humano, y uno de esos es el propuesto por Edgar Garavito en su libro *La transcurividad crítica de la identidad psicológica* (1997), asesorado por Deleuze, para su doctorado, en donde plantea una nueva era del yo moderno y el nacimiento de la transcurividad.

En primer lugar, comprende la noción de monólogo que se sitúa en la frontera del psiquismo y la lógica, zona de reciprocidad de impresión y expresión, que lucha contra el problema espacial; en el caso de Joyce, concerniría a un horizonte espacial que se separa hasta cierto momento del tiempo cronológico continuo a pesar de la conexión que guarda con el instante y con la profundidad del tiempo.

Es, ante todo, un lugar poblado por multiplicidades que se dispersan por contacto próximo; que pertenece a una reducción al minúsculo de todo forzamiento con el fin de poder sujetar de manera rápida todo lo que aparece, o sea, intenta sencillamente apresar aquello que tiende a fugarse por los límites de la conciencia, pero que no encaja en un forcejeo, ni de la conciencia ni de la identidad. En cambio, a niveles de manifestación discursiva reproduce el pensamiento que se inquieta en el individuo; en este caso, se trata de asir y no de forzar.

Se entiende entonces, la imagen tiempo es fuerza de transformación y figura espacio es la de un ambiente dinámico de acopio de impresiones no controladas por la conciencia. Por lo tanto, el monólogo es un fenómeno combinado al espacio fuerza que desboca la identidad y la individuación: y el tiempo, fuerza que la descompone y la suspende en un instante de metamorfosis.

Según Garavito, el monólogo tiene el atributo de preservar al sujeto, precisamente, por la separación que quiere instaurar con el orden y la cultura. Puede comprenderse como el modo de presentación del pensamiento de quién se encuentra solitario. o de quién estando en presencia de otros piensa y habla como si estuviera solo. Este se encuentra expuesto al principio de realidad que ejerce como su impedimento y al que busca destruir. Lo que quiere decir que el monólogo es una forma de auto-conservarse por medio del diálogo perseverante con el propio espacio de significación.

Otro concepto relevante en la postura garavitiana es el discurso que trata de destruir la dureza del lenguaje; en latín, *discursus*. Éste denota la acción al aire libre; trasladarse de un lugar a otro; *discurrir*, del latín, *discurrere*, comienza a diferenciarse de correr, en que el primero supone pasar continuamente por un mismo lugar.

Este término se halla desde el siglo XVI, inminentemente oral como razonamiento de un sujeto dirigido a otra y otras personas. Ya para el siglo XVIII, comienza a ser una corriente, puesto que aparece como sinónimo del vocablo razón, es decir, se percibe como un tratado escrito sobre una materia particular y, desde entonces, es un sistema de proposiciones y oraciones que tienden a encerrarse en su propio régimen de abstracción y en su juego de contradicciones. Y en este encierro discursivo, aunque se propaga, tiende a crear una pesada coraza de paupérrima autoprotección, “bulimia del discurso”, lo llama Garavito.

Para Kant, el discurso es una forma de pensar que necesita conceptos y su contexto es el orden metafísico, es decir, se basa en el entendimiento. Por otro lado, Bakhtine precisa el discurso del otro afirmando que es el conjunto de esquemas lingüísticos y que las modificaciones que convergen en la lengua que sirve para la transferencia de las enunciaciones del otro y para su unificación, en tanto que proceden de otro en un ambiente monologado coherente.

También, existe en el monologo un discurso que tiende a imposibilitar la entrada de otros discursos; por el contrario, el diálogo trata la más eficiente comprensión del discurso del otro, ya que tiende a desdibujar el discurso narrativo. Garavito llama discurso a una serie permanente de proposiciones ordenadas sistemáticamente según una misma lógica e irascible de extenderse y profundizarse por medio de términos o inferencias racionales.

En el caso del diálogo, lo describe Garavito como la forma de manifestación del pensamiento en la que dos líneas de discurso se manifiestan sucesivamente a partir de un espacio común de significación. El diálogo entre una línea de discurso y el espacio de trascendencia que se usa de auditor indefinido y que procede también como el otro discurso. Este espacio habitual nutre y protege el diálogo, por el contrario, la diferenciación de líneas discursivas lo direcciona a la muerte; por ende, el diálogo incluye, así, la correlación dinámica de la pulsión de muerte y la pulsión de conservación.

Para Bakhtine, por ejemplo, no se halla enunciado que no tenga conexión con otros enunciados y ese nexo ha de conocerse como dialógica. A la vez, distingue dos tipos de interlocutor, dos personas que dialogan entre sí o una persona que dialoga con el auditorio difuso que le ayuda como referencia. Este dialogismo, se inscribe desde el principio en el orden del otro y los fundamentos del yo o individuos son en verdad un resultado de funcionamiento de dicho orden. Es necesario tener en cuenta que, para que se vuelvan dialógicas las conexiones lógicas y las relaciones semánticas objetales, deben personificarse, o sea, necesitan entrar en otra esfera de existencia, lo que se llama devenir discursivo.

Por ende, dice Bakhtine, a nivel de confrontación psicológica individual, el diálogo interior es de alguien confrontando su norma; a la altura del conflicto político-social es el diálogo interior de un individuo y su norma con otra ley con la cual se implanta el

enfrentamiento y la disputa; y por el lado de la locura, es el diálogo interior con un patrón ilógico de respuestas dictadas por situaciones de la ocasión.

El concepto más relevante de la investigación que realizó Garavito, y del cual es precursor, es el transcurso, que lo define como "forzamiento de la identidad en el que se atraviesa el grado máximo de intimidad psicológica de un yo identificado y el grado máximo de anterioridad lógica de un discurso organizado dando lugar a la aparición de una o varias voces" (pág. 203). Fenómeno adherido a un instante de transformación; sin embargo, también ligado al abandono del lugar en donde habla el individuo de enunciación.

Advierte Garavito: "Llamo transcurso al recorrido pulsional que franquea diversidad de formas y que implica pluralidad de identidades" (pág. 25). Es una dejadez de la forma monólogo, diálogo y discurso, y no se cambia por una forma transcurso, sino por el contrario existe una transformación que sigue el sendero vinculado al deseo. No se sitúa espacialmente, ni se organiza como forma, tampoco se edifica como identidad, tal vez, sea una ajena máscara del tiempo.

Esta máscara hace referencia a lo que expone Bauman (2004) de los no-lugares. El primero señala que las imágenes de los templos de consumo se transforman en realidad y las multitudes que llenan los corredores del shopping se acercan tanto como es posible a la comunidad ideal inventada que no comprende la diferencia. Más específicamente, no conoce ninguna diferencia relevante que reclame confrontación o enfrentamiento con la otredad del otro. Aunque, a diferencia de La Défense, ese espacio destinado solamente al tránsito y que debe ser desatendido rápidamente como sea posible, y a diferencia de los espacios interdictorios, cuyo cometido consiste en evitar el acceso y que están predeterminados a ser cercados y no atravesados; los no-lugares, en cambio, admiten la inevitabilidad de una continuidad ampliada de extraños, de tal forma, que estos lugares conceden la presencia únicamente física, pero diferenciándola muy poco de la separación de sus miembros, puesto que invalidan, igualan o desocupan toda subjetividad.

Los habitantes de los no-lugares, afirma Bauman, cambian y cada variedad tiene sus propias tradiciones y perspectivas; la trampa consiste en convertirlos en irrelevantes durante su tiempo de estancia. Sean cuales fueren sus desigualdades, deben repetir los mismos patrones de conducta y las claves de homogeneidad de estos deben ser

comprensibles para todos, independientemente de los lenguajes que favorezcan o los que usen rutinariamente. No importa lo que haya para hacer en los no-lugares, todo el mundo debe sentirse como en su casa, sin embargo, nadie debe actuar como si estuviera en su hogar. El no- lugar es un espacio desprendido de los aspectos simbólicos de la identidad, las relaciones y la historia, ejemplo, las autopistas, los cuartos de hotel, aeropuertos, el transporte público, entre otros. En toda la historia del mundo, nunca antes los no-lugares habían invadido tanto espacio.

Los espacios vacíos están principalmente desocupados de sentido, no quiere decir que sean insignificantes por estar abandonados, sino que, por no tener sentido, son considerados como no visibles. En esos lugares resistentes al sentido jamás emana el tema de negociación de las diferencias, ya que no hay con quien hacerlo. Estos espacios vacíos consideran las diferencias con un grado de extremismo que no pueden asimilar las otras clases de lugares imaginados para rechazar el impacto ejercido por los extraños. Los espacios vacíos, que Kociatkiewicz y Kostera mencionan, son lugares no colonizados; lugares que ni los creadores ni los supervisores de los presuntos usuarios desean colonizar. Se podría decir que son los lugares "sobrantes", que quedan después de que se ha llevado a cabo la tarea de estructuración de los espacios que efectivamente importan; deben su apariencia espectral a la falta de casualidad entre la elegancia de la estructura, a la desprolijidad del mundo y a su dificultad de ser catalogados claramente.

Alude Bauman que el vacío del lugar está en la perspectiva de quien lo observa, en las piernas de las personas o en las ruedas del auto. En resumen, son vacíos los lugares en los que no se entran y en los que se sentirían perdidos, vulnerables y un poco asustados ante la vista de otros seres humanos.

Prosiguiendo con Garavito, el transcurso no se encuentra nunca formado por todo aquello que transita por el cerebro, sino por el conjunto de fuerzas que permiten la transformación que conlleva a desprenderse de sí mismo. Su mayor obstáculo es el principio de identidad y persiste en atravesar las restricciones que éste le impone y para esto requiere una gama alta de silencio y secreto, ya que concierne a un vacío originario con el que se hace viable señalar las reglas impuestas a las cosas y al yo.

Con la transcurividad existe una posibilidad de discontinuidad de la conciencia y la impresión de la pluralización del yo, sin tener en cuenta las delimitaciones del otro; por ende, se registra la actividad a partir de distintas identidades. No obstante, el transcurso

halla en este sujetamiento de identidad su primordial obstáculo y desafío. En consecuencia, es necesario instituir, desde ahora, qué es el yo y cómo la transcurividad es la práctica de su abandono, franqueando variedad de formas e involucrando transformaciones de identidad.

Según Garavito, el yo es "La sombra del otro, así ese otro sea el propio yo" (pág. 23); el yo es la aparición del otro en lo mismo y como tal, efectúa la actividad organizadora de otorgar un individuo identificado y preparado, como por ejemplo, el anacoreta, a enfrentarse contra la atracción de la multiplicidad y a distanciarse frente a las obligaciones despóticas del yo, delegado para adecuar la pulsión creadora a las demandas del super yo cultural.

Por otro lado, hasta el mismo Freud "Califica al yo como omnipotente y despótico, y señala que todo daño que le sea inferido es considerado en el fondo como un crimen de "lesa majestatis" (pág. 24); y según William James, la identidad del yo como conexión de estados de conciencia que continúan a pesar de múltiples fuerzas que implantan el cambio y la discontinuidad. Entonces, explica James, desde el nivel de cambio, el yo psicológico se desampara y se reemplaza por otros yo; y desde el punto de vista de lo que continua, se trata de un solo yo. Esto sucede, por el entrelazamiento de estados conscientes que proporcionan el reconocimiento.

Aclara Garavito que hay transitividad cada vez que se abandonen campos diversos de determinación y se franqueen múltiples formas sin que ello implique transformaciones de identidad. Por el contrario, existe transcurividad cada vez que se produzcan diferentes yo, como resultado del franqueamiento de los límites de la conciencia.

El filósofo Garavito, en su libro, contempla un apartado sobre la *Transcurividad y muerte del yo*, en el cual expone que es inofensivo realizar un ordenamiento discursivo del transcurso. Puesto que una explicación teórica es aprobada para el mundo de la teoría, por el contrario, no es avanzando en una explicación teórica como el mundo de la transcurividad llega a ser vivido sensiblemente. La diferencia entre el discurso y transcurso, entre transitividad y transcurividad no son distinciones únicamente teóricas, ni es tan solo en el mundo del discurso donde debe ser prevenida su importancia.

El transcurso se presenta a nivel de la sensibilidad y, asimismo, se reconoce a nivel del discurso. Entre la sensibilidad y el discurso existe la misma separación irreductible que entre las palabras y las cosas. Es el mismo caso con el enunciado que no realiza una

función de síntesis de la imaginación que acepta reunificar en entendimiento y la sensibilidad o la identidad con un nuevo espacio y tiempo. Y que en vez de actuar como un puente que tienden a unir dos universos, el transcurso confirma, sin embargo, un instante de muerte, es decir, un corte de disipación. De este modo es posible que la intuición se grave en el discurso, pero no como práctica lógica y consciente de un yo que se preserve y se engrandezca con esa impresión.

Toda acometida de la intuición en el discurso, debida a un fenómeno transcursivo, demanda, en el borde, la muerte del yo. El yo es, entonces, en ese sentido, aquella certeza que se difunde en el momento en que la intuición de un transcurso penetra en el discurso. No existe un transcurso que en el fondo no comprenda una muerte.

El intento de Garavito ha sido el de mantener la escisión principal, considerando que solo puede acercarse a ese precipicio que seduce y a la vez abrumba, aquel que abandone el sendero estrictamente discursivo, aquel que renuncie al yo entretelado en el discurso y sea calificado, en el límite, de dejar el ser en las puertas del barranco.

Por otro lado, intenta describir un monólogo transcursivo:

Que se produce al atravesar el grado máximo de interioridad psicológica de un yo identificado o el grado máximo de anterioridad lógica de un discurso organizado, dando lugar a la aparición de un voz que enuncia un nuevo monólogo sin que haya por ello, aparentemente, un abandono del yo institucional. (Garavito, 1997, pág. 33)

Expresa aquella transformación que se conserva en perseverante exterioridad y que suele quebrar lo íntimo y lo anterior. Más que una deformación es la manifestación de una transformación por medio de la que se diversifica la identidad. Significa que, "En apariencia hay un yo que no se ha destituido y sigue apareciendo ante el otro social como un solo yo que expresa un solo monólogo" (pág. 36).

Asimismo, presenta un discurso transcursivo que consiste en la "(...) desterritorialización del discurso con relación al otro" (pág.134). Se trata de una pluralización y desidentificación del sujeto de enunciación; Garavito (1997) lo llama:

Transcurso discursivo a todo recorrido pulsional que alcanza nuevos contenidos de la intuición y se enuncia como acontecimiento de ruptura del contexto lógico y narrativo remitido a una sola identidad aplicando la irrupción de voces diferentes que expresan discursos diferentes. (pág. 159)

Finalmente, refiere un dialogo transcurtivo:

"Llamo transcurso dialogal el recorrido pulsional que al atravesar el grado máximo de intimidad psicológica de un yo identificado y el grado máximo de anterioridad lógica de un discurso organizado, produce una multiplicidad de voces, simulacros o formaciones de identidad que conversan entre sí, estableciendo un espacio común de agenciamiento". (Garavito, 1997, pág. 83)

Esta variedad de voces provienen de un mismo yo; pero, a la vez, ninguna de ellas recompone debidamente al yo del cual proviene. De este modo, se abre una dimensión transversal que introduce al primer yo en una incursión por fuera de su propia identidad psicológica y repitiendo unas mismas intensidades pulsionales.

Esta comunicación de voces entre sí es la diferencia fundamental con el transcurso monologal, en la cual, a la vez, se atraviesa el grado máximo de intimidad psicológica de un sujeto con el fin de dar lugar solamente a la aprensión de una o varias voces que no entablan entre sí una relación dialogal, sino que se limitan a conservar su diferencia con el yo del cual provienen.

En cambio, en el transcurso dialogal al comunicarse las voces entre sí, se favorece el espacio común de agenciamiento al que le llamó región transcurtiva. Tal espacio consolida las voces o simulacros que descienden del transcurso y accede a que cada voz se comunique con los demás en una relación dialogal.

Al toparnos con la postura garavitiana comienza a existir la gran posibilidad de que el problema fundamental es el yo moderno y que es necesario asesinarlo, con el fin de que se abra la puerta al individuo, utilizando, como medio, la transcurtividad que plantea este filósofo. Sus argumentos nos llegaron a cautivar y a creer que él intentaba romper definitivamente con el régimen absolutista del yo, pero, como se visualiza anteriormente, sus planteamientos se centran en mostrar a un yo fragmentado como la gran solución al problema de la posmodernidad y que al ser instruido por el señor Deleuze, el único sendero a seguir era el de la contracultura.

Con este apartado se buscó presentar todo un esquema del planteamiento posthumanista con el objetivo de que lector comprendiera la importancia que tiene plantearnos la posible muerte del yo moderno, a la vez, que entendiera que pueden existir otras maneras que permitan dar otro futuro más sensible a la vida del ser humano. Al mismo tiempo, cabe resaltar que la posmodernidad solo intenta quebrar la humanidad dejándola

abatida en un mundo de consumismo y adicciones que saturan al individuo, provocando su extinción.

Por ende, el cyborg, los robots y los androides, son, al parecer, la escala final de la evolución del homo sapiens; el repudiar al cuerpo y someterlo al sadomasoquismo representa el más grande deterioro cultural al que es sometido el individuo y también el fragmentar al yo lo deja vulnerable, con el fin de que no existan resistencias a los nuevos ordenes antihumanistas que se están generando en todo el mundo.

Se resalta al filósofo Garavito, quien realiza un aporte de gran importancia al cuestionamiento del yo moderno, al proponer la muerte de este como despliegue de transformación. Esto nos ayudó a considerar que la posible solución a las dificultades que enfrentan los individuos tiene salida a través de la transcursividad, concepto creado por él, y clave para el desarrollo de un nuevo paradigma psicológico que tenga como objetivo favorecer la vida humana. Es necesario aclarar que este concepto es primordial para la construcción del individuo y que por supuesto tenemos algunos reparos para enriquecer este pensamiento.

CAPÍTULO 4.

SURGIMIENTO DEL INDIVIDUO TRANSCURSIVO

*“Los seres humanos no nacen para siempre el día
En que sus madres los alumbran, sino que la vida
Los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez”*

Gabriel García Márquez

Se pudo constatar, con los anteriores capítulos, la gran fuerza que tiene el yo moderno a través de la historia; en la medida en que Descartes, Kant y Freud, le dan las bases suficientes para edificarse y adaptarse a las situaciones sociales, esto funciona, así, por más de un siglo, pero más tarde, la identidad del yo, se ve fracturada por completo para ubicarse en la generación X, de los millennials y de los centennials; de esta forma los retazos que deja a su paso dan origen al mundo actual.

En estas circunstancias de agonía del yo moderno, el mundo comienza a dividirse entre ilustrados, lógicos y racionales del progreso, y sujetos bipolares, ambivalentes y sin postulados claros. Esta situación es bastante evidente en los colegios y universidades, el mundo que se concebía desde la razón y la ciencia se esfuma por completo y lo único que queda son borrosas estructuras mentales de la época.

Por esta razón, es clara la necesidad de dar una respuesta humana sensible a tan doliente precariedad de vida y hacerle frente al posthumanismo (cambio de carbono por silicio), en este caso la psicología intentará abogar por la existencia humana dando nacimiento a la resignificación del concepto de individuo, el cual, en nuestra revisión documental, se encuentra desahuciado en la profundidad del inconsciente freudiano, repudiado en los confines recónditos de la mente, aplastado por el contrato social y sujetado a la cultura.

Se intentara dar respuesta a cuestiones tales como: ¿Qué es el individuo? ¿Cuál es su origen? ¿Cómo se ha disfrazado su auténtico aspecto? ¿Qué relación tiene con la transcurividad garavitiana? ¿Por qué se ha reprimido la participación del individuo? ¿Qué conexión tiene con la naturaleza y los demás seres vivos? Entre otras. Esto con el propósito de lograr comprender la importancia que tiene el término individuo en afinidad con la transcurividad como nuevo paradigma.

Enseguida, se pretende acercar al lector a una nueva perspectiva psicológica que permita favorecer el despliegue múltiple del ser humano, e intentar explorar la riqueza del concepto de individuo, a la vez, que se interrelaciona con el transcurso que busca romper con las formas de la identidad del yo.

Antes que nada, se abordaran las perspectivas que dibujan el concepto del individuo. En primer lugar, para Garavito (1997), el individuo es el resultado de lo social y más específicamente la consecuencia y no la causa de la formación de la noción de otro. El marxismo, por ejemplo, presentó claramente que toda rivalidad entre el individuo y lo social es de origen cultural o, por lo menos, de una clase especial de sociedad que hace tal obstrucción. Para Bakhtine, a través de un individuo se comunica toda una comunidad lingüística entera, se enuncia un dialecto y un estilo y únicamente en último lugar y difícilmente hablan las formas individuales de expresión.

Refiere Bauman (2004) que dar a sus miembros el rol de individuos es una etiqueta de origen de la sociedad moderna. Ese título de roles, no obstante no fue un fenómeno exclusivo, es más bien un ejercicio resignificado cotidiano. La época de la modernidad se abre paso por su incesante acción individualizadora, así como la acción de los individuos reside en modificar y en renegociar habitualmente la red de conexiones mutuas que se denomina sociedad.

Puede afirmarse que así como Elías dio paso histórico a la teoría del individuo civilizado de Freud, incursionando en la civilización como fenómeno de la historia moderna, Beck dio marco histórico a la exposición de Elías sobre el nacimiento del individuo, al constituir ese nacimiento como un aspecto de la permanente, persistente y obsesiva modernización.

Dicho de otra manera, la individualización radica en cambiar la identidad humana de algo “dado” en una “tarea”, y en hacer responsable a los participantes de la realización de esta tarea y de los resultados de su desempeño. En otras palabras, reside en constituir un independencia de jure¹⁶, haya o no sido fijada también una de facto¹⁷. Con esta argumentación los seres humanos ya no nacen a su identidad, dice Sartre que no basta con nacer burgués; hay que vivir la vida como un burgués; aunque que esto no funcionaba igual para los príncipes, caballeros, aldeanos y siervos de la época

¹⁶ Otorgada por la ley

¹⁷ Sin tener en cuenta a la norma

premoderna, ni al parecer puede afirmarse de los ricos o pobres por herencia de los tiempos modernos.

El requerimiento de transformarse en lo que se es, constituye el atributo de la vida moderna y exclusivamente en ella; no de la individualización moderna, puesto que esa manifestación es una redundancia cierta; discutir acerca de individualización y modernidad es hablar de una sola e idéntica condición social. La modernidad sustituye la heteronomía de la esencia social definitiva por la imperativa y compulsiva autodeterminación. Esto es indudable respecto de la individualización durante todo el período moderno, en todos sus niveles y para todos los campos de la sociedad.

Conforme a Bauman, puede hablarse de que la división de clases, o igualmente la de género, era una respuesta del acceso desigual a los recursos necesarios para hacer efectiva la autoafirmación. Las clases se distinguían en cuanto al espectro de identidades que proponía y en cuanto a la facilidad de seleccionarlás y adoptarlás.

Con esto no existirá equivocación, ahora, como antes, en los tiempos modernos tanto en su fase líquida y fluida como en su período sólido, la individualización es un destino, no una selección. En el universo de libertad individual de elección, la iniciativa de huir a la individualización y de rechazar a tomar parte de ese juego es algo intensamente no apreciado.

En resumen, se aumenta la grieta entre la individualidad como algo señalado y la individualidad como la habilidad práctica y realista de autoafirmarse. Que no tiene que confundirse con la individualidad determinada en tanto “individuación”, concepto utilizado por Beck para distinguir al individuo que se autoabastece y se autoimpulsa de ser humano que no tiene otra opción más que la de operar, incluso hacia la evidencia imparcial, como si hubiese ya descubierto la individuación. El dato decisivo es que franquear esa brecha no forma parte de esa capacidad.

Tal y como lo pensaba De Tocqueville, liberar a las personas puede convertirlas en indiferentes, es decir, el individuo es el enemigo principal del ciudadano, insinuaba De Tocqueville, el ciudadano es una persona propensa a gestionar su propio felicidad a través del bienestar de su ciudad, mientras que el individuo tiende a la quietud, a la desconfianza hacia la causa común o la sociedad justa, que significa toda actividad que inicien los individuos cuando se fusionan y todos los beneficios que sus trabajos

compartidos les importen un obstáculo de su libertad de pretender lo que consideran provechoso para sí mismos por separado y no ayudan en nada a tales fines.

Y las dos funciones primordiales de utilidad que no esperan y que cumple el poder público son, primero, la observación de los derechos humanos, es decir, que cada uno sigue su propio camino y la segunda la posibilidad de que todos lo realicen en paz asegurando la protección de las personas físicas y sus propiedades, por ende se comprometen a encerrar criminales potenciales, manteniendo así libres las calles.

Al parecer, la otra cara de la moneda de la individualización es la corrosión y la desintegración paulatina del concepto de ciudadanía, y si la individualización pone en aprietos la política y la idea de ciudadanía es porque las preocupaciones de los individuos colman hasta el límite el espacio público cuando éstos expresan ser los únicos ocupantes legítimos y destituyen el discurso público. Lo público se halla colonizado por lo privado ya que se condiciona a la curiosidad por la vida privada de las figuras públicas, y el arte de esta vida queda disminuido a la exhibición pública de temas privados y a confesiones públicas de sentimientos privados. Los asuntos públicos que se soportan sobre esa deducción se cambian en algo incomprensible.

Es importante, dice Bauman, comprender que la individualización ha llegado para quedarse; todo razonamiento acerca de los medios de hacer frente a su impresión acerca del modo en que llevamos avanzando nuestras vidas debe partir de la aprobación de ese hecho. La individualización otorga a hombres y mujeres una libertad de experimentación sin precedentes; pero, a la vez, acarrea la tarea sin precedentes de hacerse responsable de los resultados.

El precipicio que se abre entre el derecho a la autoafirmación y la disposición de controlar los mecanismos sociales que la hacen viable o no parece levantarse como la mayor objeción de la modernidad fluida, una brecha que, por ensayo y error, reflexión crítica, se deberá aprender a confrontar colectivamente.

Lo que compartían los mundos de Orwell y Huxley era el presentimiento de un mundo controlado en el que la autonomía individual no solo estaba hecha polvo, sino insultaba gravemente a la gente entrenada para obedecer leyes y seguir instrucciones; un mundo en el que una elite minoritaria tenía en sus manos todos los hilos, de tal manera, que el resto de población eran solo títeres; un mundo dividido en manipuladores y manipulados, los primeros ocultaban los planes y los otros ni siquiera sentían deseo de

observarlos para comprender su esencia, un mundo en el que cualquier otra alternativa era inimaginable.

Esta percepción horripilante, que acosaba a los dos escritores, era la de hombres y mujeres sin poder de decisión sobre sus propias vidas. Igual que Sócrates y Platón, no se imaginaban una sociedad buena o mala, sin esclavos, Orwell y Huxley no podían comprender una sociedad feliz o desventurada sin jefes, supervisores o planificadores que redactaban el guion que los demás deberían representar; ponían los accesorios de la escena; seleccionaban los parámetros de cada participante y desechaban o encerraban a cualquiera que improvisara su texto. No podía contemplar un mundo sin oficinas de control; todos sus temores, sueños y esperanzas de ese momento giraban en torno al comando supremo.

Al ver estos postulados, podemos dar cuenta de que el individuo se ha mezclado con el sujeto y viceversa; el término individuo se encuentra sobrentendido como egoísmo, arrogancia y prepotencia. En pocas palabras, rompe con cualquier juicio de la moral y la buena costumbre. Como se vio anteriormente, el individuo resalta en el mundo posmoderno, por su compulsión consumista y su fragmentación yódica; individuos formados para la globalización.

Es importante aclarar que el individuo, como tal se conoce, no existía en la edad media, puesto que en ese momento los mecanismos de pensamiento estaban formados alrededor de la comunidad; por el contrario, al trasladarse la producción del campo a la industria se necesitaba de individuos que respondieran por un cargo y, aun así, el concepto de individuo solo se toma en la superficie transformándose en sujeto, con el Contrato Social de Rousseau.

Por esta razón, esta investigación se propuso, además, desvanecer esa concepción de individuo que se ha trastocado, y se busca dar un lugar diferente de posicionamiento, para así despojar al individuo de las ataduras que, como Freud, le ha puesto al condenarlo asegurando que es un perverso que si logra salir a la superficie destruirá la vida del ser humano.

Conclusiones

Luego del complejo recorrido realizado por los laberintos del yo moderno y los sinuosos espacios creados por la postmodernidad que lo fragmentaron, podemos presentar las siguientes inferencias y recomendaciones:

En primer lugar, la revisión documental nos mostró que ni en la época antigua, ni en la edad media existieron el individuo, el sujeto o el yo; que, por el contrario, en esos territorios siempre se hablaba desde la colectividad; pues, en aquellos tiempos, la comunidad abarcaba la totalidad; a ningún hombre se le atribuía una idea propia, ni siquiera la conciencia de sus actos era visible; por eso, las conductas presentes eran de origen divino o perverso, según lo validado por la colectividad. Así mismo, se creía que el alma era prestada para sus cuerpos carnales que no les pertenecían, por lo tanto, no tenían derechos y eran tratados peor que animales.

Más tarde, la producción se dirige hacia las fábricas donde se operaban grandes máquinas; el campo se deja de lado y se inicia el traslado de las personas a las industrias. Este momento requirió del cambio total de configuración mental; ya no era posible que las personas siguieran actuando en comunidad, sino que necesitaban operarios para cada una de las actividades que exigía la era industrial. Es decir, a partir de la división del trabajo, es necesario hablar de individuos. Pero, para lograrlo, fue de suma importancia la creación del yo, por el filósofo Rene Descartes, quien con su teoría daría nacimiento a la Modernidad.

En segundo lugar y antes que nada, es indispensable aclarar que, aunque se trabajó en ese momento el término individuo, este se mezcló con el concepto de sujeto, por el *Contrato Social*, que se construye para someter los derechos de ese individuo al estado, quedando de esta forma convertido en sujeto a la normatividad. También es importante entender que el contrato no existía antes de la modernidad, ya que con la supremacía de la comunidad, ésta aprobaba como buenas o malas las conductas, o sea, imponía el orden. Sin embargo, al comenzar la producción manufacturera, es inevitable pensar en un mecanismo que obligue al otro a someterse al estado.

En tercer lugar, luego de haber comenzado todo el proceso de industrialización, se siguen realizando investigaciones sobre el yo, entonces, aparece en escena el señor Immanuel Kant, quien da cuenta de que hasta el momento la construcción del yo no tiene firmeza en la vida de los sujetos, que hace falta algo que permita que ese yo se

incorpore de manera voluntaria y por ende, inventa al super yo, con el imperativo categórico (deber/ obligación). Con esta premisa, se logra por fin el sometimiento total del sujeto al estado.

El super yo es el nombre que el señor Freud le da al imperativo kantiano; es importante señalar que la *Crítica de la Razón Pura* realiza una descripción del yo y de los fundamentos teóricos del imperativo categórico y condicional, pero es en el libro de *la Crítica de la Razón Práctica* en donde pone en marcha todo el planteamiento. A partir de ahí, el individuo queda enclaustrado y oprimido por la cultura, forzándosele a responder a los juicios y a las normas. De esta manera, el sujeto queda envuelto en contextos de insatisfacción que arriesgan su estado anímico y producen comportamientos anormales.

Por esta razón, a comienzos del siglo XX, el psicoanalista Sigmund Freud, médico de profesión, denota las alteraciones mentales y no físicas que padecen sus pacientes, proponiendo entonces, a partir de sus investigaciones, que existe un lugar sobrio que se encuentra en constante movimiento y que despierta las peores pasiones en el sujeto, a este lo denomino inconsciente.

En cuarto lugar, el inconsciente o ello constituye el polo pulsional de la personalidad; las expresiones que allí se encuentran son, según Freud, esencialmente innatas, heredadas, reprimidas y adquiridas; es pues una represa de la energía psíquica; este lugar, que legitima al psicoanalista como verdadero, tiene el propósito de darle al sujeto un espacio para hacer catarsis, con el fin de generar una salida momentánea a esa energía refrenada por la cultura.

A partir de estos estudios, comienza a fundarse el paradigma psicoanalítico e inicia las investigaciones acerca de la histeria, psicosis, neurosis, entre otras. Los autores, identificados con este enfoque, emprenden el camino para reconocer sintomatología, riesgos, orígenes de enfermedades y, al mismo tiempo, técnicas terapéuticas como la asociación libre para intervenciones con pacientes neuróticos, depresivos, histéricos, bipolares, melancólicos, entre otros.

Hasta este punto de la época, se seguía moldeando y configurando el yo moderno cartesiano; la producción seguía progresando con el capitalismo, cada vez más, los burgueses poseían el control de las fábricas; igualmente, eran dueños de la materia prima; todo estaba siguiendo su curso.

En quinto lugar, a mitad del siglo XX, después de las devastadoras guerras con más de sesenta millones de muertos en el mundo, se inicia una revolución económica, social y política que traería consigo la globalización y emergería, de este modo, una ruptura con el yo moderno, pues, esta nueva época necesitaba de individuos completamente diferentes a los anteriores.

Estamos hablando de los años sesenta con la revolución sexual y social; setenta, a partir de la experimentación de LSD y el desarrollo tecnológico, ochenta y los noventa, la contracultura, que protagoniza el papel más importante en la historia hasta el día de hoy que es el “vaciamiento cerebral”, es decir, se proclama el declive del conocimiento para dar continuidad a la posmodernidad y al posthumanismo.

Para que esto sucediera este yo moderno caracterizado por ser lógico, racional y rígido necesitaba derrumbarse y para lograrlo se comienza la fragmentación de la identidad del yo, con el objetivo de darle los atributos necesarios para la era del consumo que se acercaba silenciosamente. Esta sociedad líquida de los Millennials y de los Centennials, que se basa en consumidores adictos a las compras, relaciones frágiles, trabajos inestables, vaciamiento conceptual, etc., se establece a partir de la liquidez a la que ha llegado el yo.

Los protagonistas más relevantes en este último proceso fueron Sartre, Giddens, Gergen, Llinás y Bauman, quienes también, citan los aportes de Deleuze, Guattari y Foucault. Este grupo de filósofos, antropólogos, psicólogos y sociólogos, aborda de distintas formas la fragmentación y deja entrever la situación catastrófica por la que se encuentra cruzando el sujeto, actualmente.

Como explican estos pensadores, el sujeto posmoderno es como un volcán que está activo; es sólido en un momento y pasa rápidamente a líquido y antes de que se funda para solidificarse, ya se está convirtiendo de nuevo en un líquido inestable. Se resalta, claramente, que la configuración líquida ambivalente permite la manipulación y niega la contraposición a los fenómenos. En efecto, esto significa que el ser humano de ahora se encuentra más enajenado por la cultura que en tiempos pasados.

En sexto lugar, es clara la necesidad de comprender que el propósito de fraccionar al yo es poderlo adaptar al entorno que trae la globalización, en donde el deseo se desborda del recipiente, incluso termina por anularse así mismo, dejando al sujeto en la completa

insatisfacción; porque esta nueva vida no permite posturas, argumentos, ideas, pensamientos propios; solo está la ilusión de ser libre de hacer lo que se quiera.

En séptimo lugar, ahora es imperioso dar cuenta de lo que se aproxima para la mitad del siglo XXI; significa que de nuevo se transforma la vida humana como la conocemos y que se emprende la batalla para fulminar por completo a la especie humana, esto viene siendo el antihumanismo, la muerte del homo sapiens y la evolución final del cambio de carbono por silicio; es el cyborg, los robots y los androides; es el ahora del poshumanismo y el transhumanismo.

Esta nueva figura de desprecio a la mortalidad del hombre quiebra todo vínculo entre humanos, con los animales y la naturaleza. Se desprecian los cuerpos de despliegue biológico y se alteran con la tecnología, lo cual permitiría crear super hombres o cyborgs. Esta postura se ha ido formando desde hace años, con el propósito de “mejorar” el cuerpo humano para volverlo un arma poderosa.

En octavo lugar, y luego de dar cuenta de todo el recorrido histórico del yo moderno de su muerte y de su transformación a estado líquido, de igual modo, con la sociedad del consumo y las adicciones, el deseo eliminado y el hombre aniquilado, se predice un futuro fatal, dramático y angustioso que nos está golpeando y nos pide urgentemente armar nuevos senderos que permitan el despliegue biológico, el fortalecimiento de vínculos, el desarrollo del individuo en toda su expresión.

Este individuo, tomado no desde la identidad, sino desde la alteridad, de esa diferencia que no tiene un espacio, más bien, que transcurre hacia donde la vida se expresa. El individuo que no se divide, que es una unidad única y distinta a otros seres vivos; que piensa por sí mismo creando su propia realidad; basada en la cooperación, el despliegue y el desprendimiento. Estas tres premisas son la base de un nuevo mundo que comienza y que acaba con la civilización; esa estructura social que posee, domina, compite y que trata de llevarnos a la propia aniquilación.

En noveno lugar, se sobreentiende que la postura garavitiana nos dio una luz acerca de la muerte del yo, a través de la transcurividad; no obstante, el pensador Garavito tal vez sin quererlo, impulsa, como sus mentores, la fragmentación del yo como una forma de vida apropiada para el desarrollo humano; y es en esta formulación en la que nos desligamos de su postulado; sin embargo, valoramos mucho el término

“transcursividad” porque nos ha permitido hallar un camino apropiado para enfrentar la complejidad de estos tiempos.

Finalmente, los resultados de esta investigación ponen de manifiesto la necesidad inaplazable de que la psicología comience a discutir y cuestionar lo obsoleto de su pensamiento y a explorar nuevas visiones que le faciliten la construcción de otros paradigmas, que le permitan a la humanidad su desenvolvimiento dinámico para enfrentar estos tiempos haciéndole frente a los problemas actuales con un ánimo transcursor. Igualmente, es necesario promover la investigación acerca de temas como el yo, la identidad, el individuo, la alteridad, poshumanismo, entre otros. Estudios que cuestionen a los autores, que los discutan y que los confronten, con la idea de actualizar las concepciones de la psicología para que estén a la altura de las necesidades sociales contemporáneas.

REFERENCIAS

- Ballesteros, J. (2007). *Bioteología y Posthumanismo*. Pamplona : Thomson Aranzadi.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Berger, P., & Luckmann, T. (2013). *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Bosch, A. (2010). *Historia de Estados Unidos 1776-1945*. Barcelona: Crítica.
- Braidotti, R. (2015). *Lo Posthumano*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Caracol Radio. (25 de Febrero de 2011). Cronología del Carrusel de Contratación en Bogotá. *Caracol Radio*, págs. 1-1.
- Carrizosa, J. (2003). *Colombia de Lo Imaginario a lo Complejo, Reflexiones y Notas sobre Ambiente, Desarrollo y Paz*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Cortés, G., & García, S. (2003). *Investigación documental: Guía de aprendizaje apuntes y ejercicios* . Ciudad de México: E.N.B.A.
- Descartes, R. (1974). *El Discurso del Método*. Barcelona: Bruguera.
- Fernández, E. (2002). *El Narcotráfico y La Descomposición Política y Social. El Caso de Colombia*. Ciudad de Mexico: Plaza y Valdés .
- Ferrater, J. (2001). *Diccionario de Filosofía* . Barcelona: Ariel S.A.
- Ferrer, A., Rodríguez, M., & Badanelli, A. (2014). *Historia de la educación social*. Madrid: Universidad Nacional de educación a Distancia.
- Freud, S. (1923). *El Yo y El Ello*. Berlín: Editorial Alianza.
- Freud, S. (1983). *Psicología de Las Masas* . Madrid: Alianza Editorial.
- Freud, S. (1987). *Metapsicología*. Madrid: Alianza.
- Freud, S. (1993). *Introducción al Narcisismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2003). *Historias Clínicas*. Barcelona: Alianza.
- Galeano, M. (2004). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa* . Medellín: Fondo editorial EAFIT.
- Garavito, E. (1997). *La transcurividad crítica de la identidad psicológica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia .
- Garzon, E. (1990). *Historia de Alemania Un Resumen*. Berlin: Lexikon-Institut Bertelsmann.
- Gergen, K. (1992). *El Yo Saturado*. Barcelona: Ediciones Paidós .
- Giddens, A. (1994). *Modernidad e Identidad del Yo. El Yo y la Sociedad de la Època Contemporanea* . Barcelona: Ediciones Península.
- Gordillo, C. (2014). *Seguridad Mediática. La Propaganda Militarista en La Colombia Contemporánea* . Bogotá: UNIMINUTO.

- Hobbes, T. (1987). *Del Ciudadano y Leviatán*. Madrid: Editorial Tecnos S.A.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2009). *La Era de la Revolución, 1789-1848*. Buenos Aires: Planeta.
- Kant, E. (2002). *Crítica a La Razón Pura*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Kant, E. (2013). *Crítica de la Razón Práctica*. Ciudad de Mexico: Porrúa.
- Laplanche, J., Bertrand, J., & Lagache, D. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Llinás, R. (2003). *El Cerebro y El Mito del Yo*. Bogotá: Editorial Norma.
- Lozano, Á. (2011). *Mundial Breve Historia de La Primera Guerra*. Madrid: Nowtilus.
- Pabón, C. (23 de 08 de 2016). *Gajutunibi*. Obtenido de Gajutunibi:
<http://gajutunibi.jimdo.com/bibliograf%C3%ADa/>
- Richet, D. (1997). *La Francia Moderna*. Madrid : Akal S.A.
- Rojas, I. (2011). Elementos para el diseño de técnicas de investigación: una propuesta de definiciones y procedimientos en la investigación científica. *Tiempo de educar*, 277-297.
- Sandoval, C. (2002). *Especialización en Teoría, Métodos y Técnicas de Investigación Social*. Bogotá: ICFES.
- Sartre, J. (1946). El Existencialismo es un Humanismo. *El Existencialismo es un Humanismo* (págs. 1-20). París: Arlette Elkaim Sartre.
- Schulze, I. (2013). Los medios de comunicación en la Gran Guerra: Todo por la Patria/The Mass Media in the Great War: Everything for Our Country. *Base de Datos Historia y Comunicación Social, suppl. special issue WWI*, 1-18.
- Stein, E., Tommasi, M., Echebarría, K., Lora, E., & Payne, M. (2006). *La Política de Las Políticas Públicas Progreso Económico y Social en América Latina*. New York: Planeta.
- Tubert, S. (2000). *Sigmund Freud, Fundamentos del Psicoanálisis*. Buenos Aires : Edaf S.A.
- Vizcaíno, M. (2006). *Universidad y Medios Masivos. Del Estado de Bienestar al Mercado*. Bogotá: Universidad Cooperativa de Colombia.

Anexos

Base de datos en documento Excel.